



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América
Facultad de Letras y Ciencias Humanas
Escuela Profesional de Filosofía

Límites en la política ecológica de la democracia liberal

TESIS

Para optar el Título Profesional de Licenciado en Filosofía

AUTOR

Ever CONTRERAS QUILICHE

ASESOR

Dr. Octavio Alfonso CHON TORRES

Lima, Perú

2021



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Contreras, E. (2021). *Límites en la política ecológica de la democracia liberal*. [Tesis de pregrado, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Escuela Profesional de Filosofía]. Repositorio institucional Cybertesis UNMSM.

Hoja de metadatos complementarios

Código ORCID del autor	0000-0001-5289-3494
DNI o pasaporte del autor	42082850
Código ORCID del asesor	0000-0003-3905-6784
DNI o pasaporte del asesor	70022085
Grupo de investigación	“—“
Agencia financiadora	NO
Ubicación geográfica donde se desarrolló la investigación	Lima, Latitud: -12.0453, Longitud: -77.0311 12° 2' 43" Sur, 77° 1' 52" Oeste
Año o rango de años en que se realizó la investigación	2015-2020
Disciplinas OCDE	Historia y filosofía de la ciencia y la tecnología http://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.03.02

ACTA DE SUSTENTACIÓN DE TESIS

**PARA OBTENER EL TÍTULO PROFESIONAL DE LICENCIADO
EN FILOSOFÍA**


Reunido el Jurado en sesión virtual, el día viernes 19 de febrero de 2021 a las quince horas, integrado por el Mg. Dante Dávila Morey (Presidente), Dr. Octavio Chon Torres (Asesor), Dr. Miguel Ángel Polo Santillán (Informante) y al Lic. Aníbal Campos Rodrigo (Informante) para calificar la sustentación de la tesis titulada **LÍMITES EN LA POLÍTICA ECOLÓGICA DE LA DEMOCRACIA LIBERAL**, presentado por el bachiller **EVER CONTRERAS QUILICHE**, para optar el título de Licenciado en Filosofía.

Después de la exposición del tesista, la lectura de sus conclusiones y absueltas las preguntas formuladas por el Jurado, este se retiró a deliberar y acordó la siguiente calificación de acuerdo a lo establecido por el Reglamento General de Estudios de Pregrado.

19 (Sobresaliente)

Habiendo sido aprobada la sustentación de la tesis, el Jurado recomendó que la Facultad proponga que se le otorgue el título de Licenciado en Filosofía al bachiller **EVER CONTRERAS QUILICHE**.

Concluido el acto académico a las 17:00 horas, firman la presente acta.



Mg. Dante Dávila Morey
Presidente



Dr. Miguel Ángel Polo Santillán
Jurado Informante



Lic. Aníbal Campos Rodrigo
Jurado Informante



Dr. Octavio Chon Torres
Jurado Asesor

A mi familia, mi selva, sus bosques, sus ríos, que definieron
la primera instancia de mi *ser* en mi cuna selvática,
la otra mitad de mi *ser* la completó la Universidad
Nacional Mayor de San Marcos.

Al Dr. Miguel Ángel Polo Santillán que, gracias a su curso de
filosofía ecológica dictada en la escuela de filosofía, despertó
en mí el interés de hacer la presente tesis sobre esta
temática, y también por las oportunas sugerencias dadas
sobre el presente tema.

Al Dr. Octavio Chon Torres, por las sugerencias recibidas
sobre mi tesis, y por la paciencia de revisar la misma.

“Vive y deja vivir” es un principio ecológico más poderoso
que la exclusión “o bien tú o bien yo”.

Arne Naess

INDICE

INTRODUCCION

CAPITULO I

PLANTEAMIENTO METODOLOGICO

1.1.- Planteamiento del problema	17
1.2.- Pregunta principal	16
1.2.1.- Preguntas secundarias	16
1.3.- Objetivo principal:.....	16
1.3.1.- Objetivos específicos:.....	17
1.4.- Justificación de la investigación:	17

CAPITULO II

LA DEMOCRACIA LIBERAL Y LAS CONSECUENCIAS DE LA IDEA DE PROGRESO

2.1.- Democracia y liberalismo fusionadas en la democracia liberal	18
2.2.- El desarrollo tecnológico como garantía de progreso para la democracia liberal.....	26
2.3.- La crisis ecológica como el primer problema ambiental a resolver por la democracia Liberal.....	36
2.4.- Dos propuestas frente a la crisis ecológica: medioambientalismo y ecología profunda.	43

CAPITULO III

RESPUESTA DE LA DEMOCRACIA LIBERAL FRENTE A LA CRISIS ECOLÓGICA

3.1.- Política ecológica de la Democracia Liberal.	47
3.2.- Postura ecológica compatible con la política ecológica de la Democracia Liberal.	58

3.3.- Postura ecológica opuesta a la política ecológica de la democracia liberal	64
--	----

CAPITULO IV

LÍMITES EN LA POLITICA ECOLOGICA DEMOLIBERAL

4.1.- Detección de los límites en la política ecológica demoliberal	74
4.2.- Consecuencia de los límites de la Política Ecológica demoliberal	89
4.3.- Cambios que la democracia liberal podría tomar en cuenta para superar los límites de su política ecológica.....	99
CONCLUSIONES.....	110
REFERENCIAS	115

INTRODUCCIÓN

La presente tesis está inspirada en la preocupación mundial sobre la situación de peligro en la que se encuentra la vida del ser humano frente a la “crisis ecológica”. Esta crisis entendida como contaminación ambiental, explosión demográfica, agotamiento de los recursos naturales, y toda una variedad de problemas que implican degradación del medio ambiente con repercusiones negativas en los seres vivos. Un problema mundial que ha sido politizado, e ideologizado, al punto de poner engorroso y caricaturesco al mismo término de *crisis ecológica*. Aprovechándose de esa confusión, y a la vez incentivándola, las grandes potencias industriales están haciendo poco y tergiversando los sentidos en cómo debería enfrentarse dicho problema global. Lo que lleva a pensar, a algunos autores como Arias (1999), que la crisis ecológica también debería ser vista como una crisis de nuestra civilización, por involucrar directamente a nuestra forma de vida antrópica como la causante de todo este daño.

Al estar involucrado muchos factores convierten a la crisis ecológica en un tema complejo. Razón por la cual el problema ecológico viene siendo atendido desde diferentes disciplinas por su alto nivel de complejidad, como la ecología, la sociología, la filosofía, la política y la economía. Asumir que solo la ciencia y la tecnología, sin participación política, van a poder resolver este problema resulta carente de fundamento; pues ellas, si bien son realizadas por los investigadores y científicos, no elaboran el marco de acción política necesaria para concretizar acciones en la sociedad frente a una gigantesca situación problemática como es la crisis ecológica.

De ahí la importancia de evaluar desde otros enfoques a la crisis ecológica. Siendo una de ellas, de nuestro interés, el papel de la política, objeto de estudio de este trabajo en función de su actuar sobre el problema ecológico. ¿Por qué la política? Porque de ella dependen muchas decisiones que competen al problema medioambiental. Una decisión sobre disminuir las emisiones de CO₂ no viene de un científico, sino de un político y, por último, de una decisión política, tenga base o no en fundamentos científicos (solo basta ver las polémicas

decisiones de la actual administración de Donald Trump respecto al cuidado del medioambiente en Estados Unidos de Norte América).

Dentro de la diversidad política resaltamos a la Democracia Liberal en su manifestación actual, por el simple hecho que la mayoría de estados en el mundo se desarrollan dentro de dicho marco. De dicha política nos centramos en su programa medioambiental que apunta a solucionar la crisis ecológica desde su marco de acción administrativo. Lo que implica que la tesis no trata de la crisis ecológica en sí, sino sobre la política ecológica demoliberal que plantea soluciones a la crisis ecológica. Centrándonos con especial énfasis en los lineamientos ambientales que se proyectan desde los organismos internacionales, y que engloban los intereses de los países demoliberales.

Por eso, para ubicarnos dentro de la corriente de la democracia liberal, y entenderla, tenemos que retroceder a su raíz cuando mostró un impulso de defender su libre crecimiento económico. Pero su crecimiento económico desde el siglo XIX solo tenía y tiene sustento, hasta los días presentes, con el soporte de la industria. Y esta industria solo tiene sentido hasta la actualidad, al recibir apoyo de la ciencia mecánica. Esta colaboración entre ciencia e industria, bajo la dirección de una política de libre mercado, conllevó a que en la década del 70 del siglo pasado saliera a relucir ante el mundo, el nivel alarmante del grado de contaminación y destrucción del planeta que se había cometido como consecuencia de la búsqueda desmedida del crecimiento económico en los países demoliberales.

Es a partir de dicha alarmante contaminación del ecosistema, convertida en crisis ecológica, la democracia liberal empieza por armar una política ecológica, o un programa político medioambientalista. Dicha política ecológica empieza a formarse en la década del 70, del siglo XX, y llega a consolidarse por los 90. Dicha consolidación está relacionado a los encuentros mundiales sobre medioambiente como Estocolmo (1972), Río (1992) y Johannesburgo (2002). Sintetizándose en el famoso *desarrollo sostenible*, que ya en agosto de 1987 había sido expuesto en el *Informe Brundtland*, y que tenía un sentido tridimensional en cuanto el término *desarrollo* envuelve a lo económico y social, y el término *sostenible* hace referencia netamente al cuidado del medioambiente.

Esto, lo convierte, en un principio, que tenga fuerte inclinación de cuidar el medio ambiente frente a la arremetida del industrialismo enfocado en dar continuidad al crecimiento económico capitalista.

Sin embargo, el Informe de Brundtland será desnaturalizado en sus tres dimensiones en Río+10 (Johannesburgo 2002), y con más vehemencia en Río+20 (a 20 años de Río de 1992), al crearse la teoría de las tres sostenibilidades: económica, social y ambiental. Desnaturalización que es llevada a cabo por los grupos de poder que justamente velan por el cuidado del medioambiente, y que están bajo la venia de los Organismos Internacionales como la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Conllevando a que más adelante el giro del *desarrollo sostenible* será total en cuanto ya no hablaran de las tres dimensiones que plantea el Informe Brundtland sino de *crecimiento verde, economía verde etc.*, con el fin de regresar a sustentar una política de crecimiento económico ilimitado, y que no debe detenerse por cualquier índole; planteando como solución el *seguir creciendo* económicamente, pero con un grado de tolerancia y respeto hacia la naturaleza. Lo que hace que en la práctica la política ecológica no esté dando los frutos deseados, en cuanto todo crecimiento industrial sigue dejando contaminación. Este doble discurso moral y político está afectando al mismo desarrollo sostenible, pues por un lado se pide tolerancia hacia la naturaleza y por el otro se aplaude el crecimiento económico.

Esto nos lleva a sostener que la política ecológica de la democracia liberal – consolidada en los tres encuentros mundiales ya mencionados – tiene límites, y que se ve reflejado, pese al esfuerzo, en el hecho de no poder frenar la contaminación ambiental, según vemos el Océano Pacífico está a punto de ser llenado con desechos de plásticos. Teniendo en cuenta que si la política ecológica demoliberal tiene límites que se refleja en no poder detener la contaminación ambiental, entonces nos vemos obligado a preguntarnos ¿cuáles son los límites de la política ecológica de la democracia liberal? Como respuesta podemos explicitar tres límites profundos que afecta a dicha política ecológica, y que no ha sabido reconocer a tiempo la democracia liberal.

El primer límite se sustenta en que la política ecológica tiene como base de su concepción a una ciencia mecanicista, que disecciona la naturaleza para

estudiarla y más aún transformarla a capricho de los individuos según el mercado del crecimiento ilimitado. Sin embargo, la democracia liberal piensa que ese mismo tipo de ciencia será la salvadora de la crisis ecológica, al buscar reparar la naturaleza por medios técnicos, repararla de los destrozos antrópicos. Como *Segundo límite*, tenemos el mal uso de esa ciencia que se hace desde una concepción moral antropocéntrica; así, el uso de esas herramientas tecnocientíficas cae bajo el dominio de nuestras pasiones, en cuanto hace sentir al hombre ser el dominador de todas las cosas, llevando a más contaminación y destrucción del mundo natural. *El tercer límite*, está en nuestra naturaleza artificializadora de nuestro medio, y que va más allá de todo intento por frenar la manipulación del entorno natural. Hasta ahora no se ha logrado desviar ese instinto transformador de nuestro ser hacia otro objeto que no sea *destrucción del entorno natural* para adecuarlo a capricho nuestro.

De los argumentos antedichos, sostenemos que la presente tesis se justifica al tener como núcleo central el detectar y aclarar su razón de ser de esos límites en la política ecológica de la democracia liberal, para luego dar alcances positivos que nos puedan ayudar como sociedad a entender la magnitud del problema ecológico. Pues consideramos peligroso el pensar que ya se tiene una solución efectiva cuando en realidad el problema ambiental sigue incrementándose, y pareciera que se nos está escapando de nuestro control. Evidenciando más sombras que luces en la política ecológica de la democracia liberal al tratar de buscar cumplir la Agenda 2030 de la Organización de las Naciones Unidas.

Esto, hace que al detectar estos límites en la política ecológica demoliberal y explicitar los mismos, ayudará a reformular nuestras posiciones políticas con respecto a este tema, y servirá como punto de partida para una auténtica política ecológica con intereses medioambientales reales. Caso contrario, de no prestar atención a nuestras razones expuestas sobre los límites de la política ecológica de la democracia liberal, corremos el riesgo de terminar por empeorar la condición medioambiental del planeta. Es decir, hacer caso omiso a los límites de la política ecológica, significaría que no se ha abandonado la *idea de progreso* de la modernidad, y evidenciaría que aún se vive de acuerdo

a la fe ciega en dicho progreso. Esto es peligroso en cuanto estaríamos entrando en un círculo vicioso del pretender salvarnos por el mismo mecanismo industrial, desconociendo que dicho mecanismo nos está llevando al borde de la extinción.

En ese camino, para lograr nuestro objetivo principal de analizar esos límites de la política ecológica de la democracia liberal, el presente trabajo se basará en fuentes primarias y secundarias de la literatura referente a ese tema. Dicha revisión bibliográfica de los autores que estudian el tema de la problemática ambiental se realizará a la luz de la filosofía ecológica. Por este motivo la forma de analizar con objetividad dichos textos será de valiosa utilidad ya que se va evaluar las posiciones y enfoques, para ello se ha escogido como metodología de trabajo el descriptivo en cuanto se va evaluar ciertas características – en este caso las limitaciones de la política ecológica demoliberal – que conllevará a entender en qué consiste dichas limitaciones, y cuáles son los peligros que se corre de no atender a los mismos.

Para explicar estas razones, junto a su recorrido, la tesis se ha dividido en cuatro capítulos principales y cada uno subdividido por sus respectivos subcapítulos. El *primer capítulo*, básicamente se expone el planteamiento metodológico de la tesis en general, la pregunta principal y secundarias, así como los objetivos a alcanzar por la presente tesis, y su respectiva justificación. El *segundo capítulo* está dividido en cuatro partes. El primer subcapítulo, se enfoca a dar razones de porqué aun es dable seguir usando el concepto de democracia liberal. A la vez, exponemos que la democracia liberal, como sistema político representativo moderno que protege los derechos y nuestras libertades individuales, se expone como la fusión de dos conceptos: *democracia* y *liberalismo*, y por eso tiene en su base la idea de progreso económico y “el mayor invento moderno” – como lo decía Abugattas - del *individuo*. Finalizamos resaltando que el espíritu de este capítulo va centrarse en los lineamientos de la democracia liberal actual que plasman, y diseñan, los países industrializados desde su organismo universal de las Naciones Unidas.

El segundo subcapítulo, está dedicado a explicar la principal fundamentación que da fortaleza y vida a la democracia liberal y al individuo, la idea de un progreso sustentado en el desarrollo tecnológico de corte industrial,

que alimenta un desmedido crecimiento económico liberal, y que hace ver al individuo que su vida material tiene que progresar. El tercer subcapítulo, es la fundamentación de las razones de cómo este mismo sistema demoliberal, una vez desplegada toda su fuerza de desarrollo gracias a la fe en la idea de progreso, devino a crear un problema en su seno: *la crisis ecológica*. Aquí expongo lo que es una *crisis ecológica*, junto a las polémicas surgidas en torno a este concepto. En el cuarto subcapítulo expongo brevemente el marco teórico de la ecología profunda, pues muchos conceptos razonables de ésta me han servido para cuestionar a la *política ecológica* de la democracia liberal. Conceptos como el de ver a la vida de los individuos formando una red biosférica, donde todos nos necesitamos a todos, sin ponernos uno por encima de otros.

El *segundo capítulo*, después de haber ubicado el problema de la crisis ecológica, y a la cual se va enfrentar la democracia liberal, se divide en tres partes. La primera, está enfocada en el planteamiento de la democracia liberal, como respuesta a la crisis ecológica; es decir, su denominada *política ecológica* plasmada desde la Organización de las Naciones Unidas. La denominamos así, o también la podemos denominar simplemente su política medioambiental; pues dentro de la democracia liberal parece ser usado indistintamente el concepto de *política ecológica* o *política medioambiental* en cuanto refiere solamente a cuidar el medio ambiente desde su actual sistema de organización política - económica e institucional. Y sin abandonar su valoración del mundo netamente antropocéntrico y económico.

Resaltando que esta política ecológica tiene como fundamento los tres grandes encuentros ambientales como son la Conferencia de Estocolmo de 1972, Conferencia de Río de 1992, y la Cumbre de Johannesburgo en 2002. A lo largo de dichos encuentros se logró sintetizar su enfoque programático en el concepto político del *desarrollo sostenible*, que se consolidó dicho concepto oficialmente en la Conferencia de Río, redactada bajo un instrumento específico de implementación y en lo que hoy se conoce como la Agenda 21. ¿Que plantea el desarrollo sostenible según Brundtland? que podemos satisfacer nuestras necesidades actuales, con recursos del presente, pero sin comprometer la capacidad de recursos para las generaciones futuras [esta primera versión de

desarrollo sostenible es la que desnaturalizaron]. En teoría es un mensaje alentador, pero desde inicios del siglo XXI ha sido tergiversada al punto de entender como desarrollo sostenible al mismo crecimiento económico ilimitado de antaño y que fue la responsable de la crisis ecológica. Justamente a este último tipo de política ecológica es la que vamos a cuestionar a lo largo de la tesis.

Este concepto del desarrollo sostenible, que no es una teoría, llamémoslo “paradigma” en un sentido laxo, y que desde 1992 fue sacado de contexto de lo que fue el *Informe Nuestro Futuro Común* (conocido como Informe Brundtland – 1987), termina por englobar todos los intereses defendidos por la democracia liberal desde cómo ha venido desarrollándose. Justamente alrededor de este *desarrollo sostenible* tergiversado va girar, y está girando, toda la política ambiental de la democracia liberal, como lo es en política, economía, educación, y está siendo plasmada desde sus principales Organismos Internacionales como Naciones Unidas, PNUMA, y otras. Estos actores institucionales que aquí mencionamos, desde un marco común, representan a la democracia liberal en general, en cuanto sus principios y lineamientos generales son cumplidos, con algunas particularidades, por los estados miembros de dichos Organismos Internacionales. Por tal motivo, esta tesis no se circunscribe a hablar de la política ambiental en función a un solo país, sino que nos centramos en esa política ambiental proyectada desde ese marco común de sus instituciones internacionales de la democracia liberal. Razón por la cual, se resalta nuestro interés por los tres encuentros ambientales internacionales ya mencionados.

En el segundo subcapítulo rescatamos las diferentes propuestas que surgieron ante el problema ecológico. Como era de esperarse aparecieron, casi al mismo tiempo de la política ecológica de la democracia liberal, propuestas verdes de cuidar el medio ambiente, muy diferente a lo propuesto por la democracia liberal, en cuanto al enfoque y sentido de entender la “naturaleza” en general. Por tal motivo, siguiendo las reflexiones de pensadores “verdes”, críticos al desarrollo sostenible, consideramos que hay dos variantes de pensamiento cuando se habla de afrontar el problema ambiental: *el ambientalismo* y *la ecología profunda* (Deep ecology). Ambas posturas tienen un

sustento filosófico y político, aunque con más fuerza filosófica la ecología profunda. Este segundo subcapítulo muestra que el medioambientalismo es la postura que acepta la tesis demoliberal del *desarrollo sostenible*, en cuanto quienes participan de ello son tecnócratas y reformistas del actual sistema demoliberal.

En cuanto al tercer subcapítulo se expone la postura verde que se hace llamar *ecología profunda*, y su planteamiento es totalmente opuesto a una visión reformista a la hora de afrontar el problema ecológico; es decir, no compatibiliza con el *desarrollo sostenible* que es núcleo central de la política ecológica de la democracia liberal. Simplemente la ecología profunda busca cambiar de concepción al hombre tardomoderno, descentrarlo, y reemplazar nuestra actual visión antropocéntrica por un ecocentrismo. Donde la naturaleza en conjunto la aceptemos con un valor y fin en sí misma, más no valorar a la naturaleza, y sus elementos, por el solo hecho de que sirva para fines humanos. Lo que implicaría cambiar los estilos de vida, cambiar la forma de hacer economía, y no repetir lo que viene haciendo el sistema capitalista hoy en día el de administrar los recursos de una forma centralizada; y sobre todo, la ecología profunda apunta a cambiar el mundo de la forma actual de vida. Como se ve, la ecología profunda es opuesta a la política ecológica demoliberal en cuanto no apunta a realizar reformas, sino a cambiar el sistema actual por una nueva concepción del mundo en el pensar y actuar del hombre *con* la naturaleza.

En el *tercer capítulo* se expone ampliamente los límites de la *política ecológica demoliberal*, sobre todo en su primer subcapítulo. Límites que son inherentes a la política ecológica de la democracia liberal en cuanto cómo ha sido construida y cómo está siendo plasmada. Tres son los límites detectados. La primera es de índole intrínseca a la ciencia-tecnología misma en cuanto cómo ha sido desarrollada como una ciencia mecánica, reduccionista, y diseccionadora de la naturaleza. Y que se pretende solucionar la crisis ecológica apelando a ese mismo tipo de ciencia. La segunda la ubico fuera de la ciencia y la tecnología, está en el mal manejo programático-político y económico que se hace de las mismas, desde el marco cultural de la idea de progreso, y sumándose nuestra relación antropocéntrica que solo respetamos a seres

semejantes a nosotros, todo lo que queda excluido de dicha valoración quedará sometido bajo manipulación del “individuo”. Agravándose con el uso de dichos conocimientos científicos y entes tecnológicos que sirven para aumentar la manipulación del entorno natural.

Un caso paradigmático es el uso tecnológico en las dos guerras mundiales que sirvió solo para matar a la misma especie, es decir nos quedamos en el *cómo* a la hora de hacer ciencia y tecnología, miopes a lo que puedan hacer los políticos con los entes tecnológicos. Pues tiramos al olvido la pregunta del *para qué*, cuando en el desarrollo de los entes tecnológicos deberíamos anteponer dicha pregunta. Por esa misma razón, quizá, la tercera y última limitante, la encuentro en el lado espiritual del hombre en *sí*, en cuanto tiene como rasgo principal su carácter artificializador de su medio. Este último es un serio obstáculo a todo planteamiento de política ecológica reformista si no se pretende cambiar la concepción de la vida. Pues es casi imposible decirle a alguien que no manipule a la naturaleza o contamine menos si su naturaleza es siempre artificializar su medio, y por ende producir contaminación. Más aun, cuando te dice el sistema demoliberal tienes que progresar bajo los cánones planteados por el crecimiento económico (hoy, mal llamada economía verde o crecimiento verde).

El segundo subcapítulo, es lo que podríamos deducir a partir de los límites detectados y explicados anteriormente. Ante dicha evidencia que la política ecológica de la democracia liberal tiene límites, y que son difíciles de superar de la noche a la mañana, podríamos decir que de hacer caso omiso a esos límites entraríamos a consecuencias nefastas. Pues llevaría a que la democracia liberal no llegue a dar una solución completa al actual problema ecológico a nivel mundial, corriendo el riesgo de arruinar por completo la presente civilización, y la extinción de otras vidas que coexisten con nosotros. Es decir, el detectar los límites conlleva a despertarnos de esa seguridad que nos venden, de hacer creer que la solución ya está dada con el *desarrollo* sostenible tergiversado. Pero en la práctica la crisis ambiental está ganando la batalla, dejando en claro que dichos límites son un serio obstáculo de la política ecológica de la democracia

liberal, y no estaría solucionando a cabalidad el problema ecológico a nivel mundial.

Además, este segundo subcapítulo lo radicalizo con una idea más profunda – siguiendo las palabras de Goleman – en que todos padecemos un tipo de *ceguera cultural*. Pues no hemos desarrollado un instinto de detectar los problemas a tiempo de lo que produce nuestras acciones a un nivel macro de todo un grupo social, evidenciándose en que nos preocupa los desastres locales y no el desastre mundial. Eso conlleva a que se haga caso omiso a las advertencias de investigadores serios y terminemos por seguir contaminando más, al hacernos los ciegos frente a hechos evidentes. Quizá el antídoto para esta ceguera cultural es la respuesta de la ecología profunda, y por esa razón no puse a esta *ceguera cultural* como cuarto límite de la política ecológica demoliberal. Sin embargo, a esta ceguera cultural he decidido exponerla en esta parte de la tesis porque quizá explica mejor las razones de porqué nuestro comportar caprichoso hace oídos sordos a las llamadas de alarma de destrucción de nuestro planeta.

El tercero, y último subcapítulo, lo he desarrollado tratando de ir más allá de las limitaciones, aunque no es sugerencia en estricto, pero que muy bien podrían cumplir dicha función. Es decir, la misma explicitación de los límites de la política ecológica de la democracia liberal nos llevó a ver otros puntos de partida que podría ayudar a mejorar la política ecológica de la democracia liberal. Puesto que no todo puede ser gris en la vida, y más aun formando parte de este problema ecológico, junto a mi formación occidental, es que me veo casi obligado a abrigar las esperanzas en cambios secuenciales y no radicales de la noche a la mañana. En ese sentido, este último subcapítulo describe tres cosas fundamentales que la democracia liberal podría tomar en cuenta.

Uno de ellos sería volver a reconocer las limitaciones del hombre ante el mundo que lo rodea; dos, ampliar los valores morales hacia otros seres vivos y/o no vivos, lo que implica dar otro sentido diferente de valoración al mundo que nos rodea; tres, la actividad tecno-científica debería de tomar en cuenta o tratar de recoger la pregunta perdida en los albores de la modernidad ¿por qué? Y ¿para qué?, preguntas que tratan de interrelacionar particularidades de la vida a

la hora de hacer tecnología, sopesando implicancias negativas en lo socioambiental a futuro. De lo contrario, todo lo que se teja desde la concepción antropocéntrica, bajo la luz del faro netamente capitalista de pensar solo en crecer económicamente, mediante su crecimiento verde, siempre conllevará a reproducir contaminación desmedida en nuestro entorno.

CAPITULO I

PLANTEAMIENTO METODOLOGICO

1.1.- Planteamiento del problema

El problema de la “crisis ecológica” puede entenderse como el “resultado de la confrontación de la naturaleza y la acción humana, las leyes naturales contra las sociales” (Maldonado & González, 2006, p. 195). Además, dentro de dicha confrontación – que aun aviva más – se encuentra la sobrepoblación descontrolada y sin planificación adecuada en los países en vías de desarrollo, y la híper industrialización de los países desarrollados para atender la demanda de esa misma sobrepoblación. Estos temas fueron puestos sobre la mesa de debate a nivel mundial a raíz del informe del Club de Roma en 1972.

La toma de consciencia sobre esta problemática ha ido aumentando a medida que pasan los años, y ante la escalonada de contaminación ambiental que se está observando cada día a nivel mundial. Ante la complejidad del problema ecológico, actualmente viene siendo atendido desde diferentes disciplinas, como la sociología, la filosofía, la política y la economía. Debido a que la ciencia y la tecnología por sí mismas no pueden intervenir con la misma fuerza de cómo se toma decisiones en el campo de la política. Pensar lo contrario sería caer en un reduccionismo.

De tal modo, aquí resaltamos el papel de la política frente a la crisis ecológica, en especial el sistema político de la democracia liberal, tanto porque ella, combinada con los manejos económicos, ha sido la causante de la presente crisis ecológica como fruto de sus sistema político; y por otro lado, porque esas mismas decisiones a nivel político pueden servir para ayudar a mitigar la crisis ecológica a nivel mundial, decisiones que en última instancia están por encima del científico y el tecnólogo a la hora de ejecutar programas económicos. En este caso, delimitando la temática a trabajar, nos centramos en analizar su política ecológica de la democracia liberal, un planteamiento de solución nacida desde el mismo sistema político demoliberal con el que apunta a solucionar la crisis

ecológica. Teniendo como base a los tres encuentros mundiales sobre el medio ambiente, como es la Conferencia de Estocolmo de 1972, Conferencia de Río de 1992 y la Cumbre de Johannesburgo en 2002, en torno a los cuales nació la política ecológica de la demoliberal.

Sin embargo, esas decisiones tomadas desde la democracia liberal no vienen a ser más que simples ajustes técnicos desde la administración, esperanzados que afrontar la crisis ecológica solo basta con pretender hacer aquello. En la práctica se trasluce en intentar solucionar la contaminación industrial con el accionar de la industria misma, tal como lo predica el discurso de su política ecológica del desarrollo sostenible tergiversado. En otras palabras, estaríamos frente a un doble discurso moral y político. El resultado de aquello, deja en evidencia que la contaminación ambiental en el mundo no se ha detenido, mas por el contrario los mares siguen recibiendo toneladas de plástico cada año. Estos hechos negativos, nos lleva a reflexionar que la política ecológica de la democracia liberal tendría límites, lo que obliga a preguntarnos lo siguiente:

1.2.- Pregunta principal

¿Cuáles son los límites en la política ecológica de la democracia liberal?

1.2.1.- Preguntas secundarias

¿Cuál es el punto de apoyo de la democracia liberal para no cuestionar su modelo político – económico ante esta crisis ecológica?

¿Cuáles son las razones de la democracia liberal para sintonizar con la ecología superficial (medioambientalismo) buscando superar las críticas contra su paradigma?

¿Cómo se evidencia la contradicción moral de la política demoliberal sobre el medio ambiente?

1.3.- Objetivo principal:

Analizar los límites en la política ecológica de la democracia liberal

1.3.1.- Objetivos específicos:

Identificar el punto de apoyo de la democracia liberal para no cuestionar su modelo político – económico ante esta crisis ecológica.

Evaluar las razones de la democracia liberal para sintonizar con la ecología superficial (medioambientalismo) para superar las críticas contra su paradigma.

Analizar la contradicción moral de la política demoliberal sobre el medio ambiente.

1.4.- Justificación de la investigación:

La presente tesis está dedicada a detectar los límites en la política ecológica de la democracia liberal del desarrollo sostenible, para luego dar alcances positivos que nos puedan ayudar como sociedad a entender la magnitud del problema ecológico. Es peligroso considerar que se cuenta con una solución efectiva, como medio propagandístico, cuando en realidad el problema sigue incrementándose. Puesto que, si no nos percatamos de esos límites detectados en las alternativas de solución demoliberal corremos el riesgo de empeorar la condición medioambiental del planeta. En tal situación, el hacer reflexión sobre los límites en la política ecológica es el camino correcto para llegar a una auténtica política ecológica con intereses medioambientales.

Caso contrario, a pesar de nuestras razones expuestas sobre los límites de la política ecológica de la democracia liberal, si no prestamos su debida atención, corremos el riesgo de terminar por empeorar la situación actual. Es decir, hacer caso omiso a los límites del desarrollo sostenible, significa que no deseamos abandonar la *idea de progreso* de la modernidad, y que aún mantendríamos la fe ciega en el desarrollo lineal tecno - industrial. Y esto es peligroso, en cuanto estaríamos entrando en un círculo vicioso pretendiendo salvarnos de la crisis ecológica por el mismo mecanismo industrial.

CAPITULO II

LA DEMOCRACIA LIBERAL Y LAS CONSECUENCIAS DE LA IDEA DE PROGRESO

2.1.- Democracia y liberalismo fusionadas en la democracia liberal

Si bien aquí la época medieval la hemos obviado es por el simple hecho que la política y todo quehacer humano, en este periodo, estaba supeditado a la providencia. En cambio, la democracia de los antiguos griegos tiene muchos rasgos en común con la democracia liberal actual, en cuanto “forma de gobierno”. De allí nuestra insistencia, para este capítulo de tesis, en resaltar estas dos épocas en cuanto sus diferencias y sus rasgos en común que dieron como resultado a un individuo que hoy en día se rige para sí mismo. Individuo que ya no sustenta su pensamiento en cuanto él depende de un sistema organizado, sino más bien el sistema organizado esta allí para proteger los intereses de los individuos. Ese sistema es la actual *democracia liberal*.

La historiografía nos enseñó a ver en los griegos que, en materia de política, nos legaron un concepto del cual no hemos podido desprendernos, ni tampoco nos atreveremos hacerlo. Dicho concepto es la *Democracia*, concepto que continúa siendo válido hasta hoy en cuanto la usamos en el sentido del gobierno del pueblo, más no en cuanto a cómo se gobernaría ese pueblo. En cambio, en la modernidad nace el concepto de *democracia representativa* refiriéndose a que el mismo pueblo ya no puede tomar directamente las decisiones debido a las inmensas ciudades que han llegado a convertirse lo que alguna vez fueron las pequeñas urbes, en comparación a la ciudad-estado en la Grecia clásica. Estos ciudadanos de hoy eligen a sus representantes que representan sus intereses. Bajo esta nueva modalidad se construyeron los nuevos gobiernos de la Francia revolucionaria como también la de los Estados Unidos después de que obtuvo su independencia. A la actualidad esa modalidad se ha estandarizado en cuanto al modo de entender la Democracia. Bobbio lo sustenta así:

Lo que se considera que cambió en el paso de la democracia de los antiguos a la democracia de los modernos [...] no es el titular del poder político, que siempre es el “pueblo” [...] sino, la manera, amplia o restringida, de ejercer este derecho: en los mismos

años en los que mediante las Declaraciones de los derechos nace el Estado constitucional moderno, los autores del *Federalista* oponen a la democracia directa de los antiguos y de las ciudades medievales la democracia representativa, que es el único gobierno popular posible de un Estado grande. (Bobbio, 2002, pp. 32-33).

Además de ese giro de *democracia directa de los antiguos* a una *democracia representativa* en los modernos, hay que agregar que la democracia de los griegos no estaba aún concebida junto al concepto *liberal*. Este concepto es muy moderno que, además de estar relacionado a categorías económicas, tiene como base al *iusnaturalismo* que sustenta una teoría de los derechos naturales del hombre. En que el hombre por sí debe gozar de ellos porque nace con ellos, y que vendría a ser, dichos derechos, anteriores a cualquier forma de gobierno. Por tanto, los liberales piden que exista una restricción al poder del estado, para salvaguardar esas libertades del individuo; en cambio, la democracia pide más participación del pueblo en el gobierno, busca extender ese poder entre los demás. Ahí el problema, en que muy poco llegan a entenderse la democracia con el liberalismo. Sin embargo, a pesar de sus contradicciones, hoy podemos hablar de una *democracia liberal*; los motivos de sus coincidencias, pasamos a explicarlos a continuación.

La mejor manera de entrar a dicho tema es sopesando la *libertad* de los antiguos griegos con nuestra libertad. Para ello, hablando “doctrinariamente, el trato entre el liberalismo y la democracia parten del célebre discurso pronunciado por Benjamin Constant en el Ateneo Real de Paris en 1818” (Fernández, 2006, p. 93). Como sostiene Fernández, quien hizo estas diferenciaciones fue Benjamin Constant (1767-1830); pues, en su discurso dejó muy en claro cuál era el abismo que nos separaba del accionar político de aquellos hombres en su polis, su “libertad” en cuanto cómo lo manifestaban. En la otra orilla, hasta donde él entendió, la libertad de los modernos que ya no se sujetaba a una polis reducida, sino que abarcaba un horizonte cultural más vasto de lo que cualquier griego pudo haberse imaginado, y sentencia así:

La finalidad de los antiguos era compartir el poder social entre todos los ciudadanos de una misma patria. Estaba ahí lo que ellos llamaban libertad. La finalidad de los modernos es la seguridad de los goces privados; y ellos llaman libertad a las garantías acordadas a esos goces por las instituciones (Constant, 1995, p 58):

No se equivocaba al señalar esas características. Pues los antiguos tenían una libertad política muy comprometida de sus valores hacia las leyes de su polis.

Todo ello respaldada por ser una ciudad reducida, y del goce de ocio por parte de los ciudadanos libres que podían llevar a cabo muy bien las deliberaciones y fiscalizaciones hacia sus gobernantes. Todavía no estaba marcado en sus consciencias el desobedecer o romper las leyes de la polis; pues aún el “individuo” como tal no superponía sus intereses particulares a los de la polis. Por la sencilla razón, como Abugattas (2005a) sostuvo, y entre muchos autores más que llegaron a esa misma idea, de que “no existió antes de la modernidad europea el tipo de ser que se llama 'individuo' [...] [Éste] es el más importante invento moderno” (p.25). Este individuo conllevó cambios en la modernidad, en cuanto estimuló una atomización de valores en toda la sociedad. Pues, la determinación del individuo llevó a “la atomización del complejo social en individuos aislados: indeterminados, desligados, sin arraigo, la atomización...” (Bauman, 2009, p. 219). A comparación de los “ciudadanos” de la antigüedad que tenían una participación directa en el poder político, y traicionar a dichas leyes de la polis los convertía en unos traidores de ellos mismos. Al contrario, el individuo moderno buscaba que sus goces privados sean protegidos por un régimen político a la medida de sus intereses comunes.

Por eso Constant, asentado en otros tiempos y obedeciendo a su postura liberal, hace una aguda observación de dicha libertad; encontrando que en dicho sistema de la antigüedad el “individuo” como persona pierde su libertad, en cuanto queda sometido a la autoridad del todo. Dicha inversión se refleja cuando nos dice que:

Las leyes regulan las costumbres y como las costumbres sostienen todo, no había nada que las leyes no regulasen. Así, entre los antiguos, el individuo habitualmente casi soberano en los asuntos públicos, era esclavo en todas sus relaciones privadas. Como ciudadano, decidía sobre la paz y la guerra, como particular estaba limitado, observado, reprimido en todos sus movimientos; como parte del cuerpo colectivo, interrogaba, destituía, condenaba, despojaba, exiliaba, atacaba a muerte a sus magistrados o a sus superiores; como sometido al cuerpo colectivo, podía ser, a su vez, privado de su estado, sus dignidades, desterrado a muerte, por la voluntad discrecional del conjunto del que formaba parte. Entre los modernos, al contrario, el individuo, independiente en la vida privada, es, aun en los Estados más libres, sólo soberano en apariencia. (Constant, 1995, pp. 53-54).

Se entiende que los antiguos griegos muy bien podían dar un orden *de su mundo*, porque ellos mismos se habían limitado bajo normas morales como el *bien* y la *virtud*. Ir más allá de esos límites era quebrantar las buenas costumbres,

era atentarse contra el cuerpo colectivo de quien, y gracias a él, se debía la existencia como ciudadano, y fuera de ella, solo la muerte le esperaba a cualquier individuo. Lo que Aristóteles – en su *Política* – llegó a sintetizarlo en cuanto el todo es anterior a las partes, un punto de vista organicista propio de su época que ya estaba manifestado en su ámbito social.

Eso ha quedado muy bien reflejado en el juicio que se siguió a Sócrates (tal como se cuenta en escritos platónicos como *Apología*, *El Critón* y *Fedón*), donde éste sucumbe ante las normas de su polis, incluso ni la fuga está concebida dentro de sus códigos morales. Eran tiempos donde todavía reinaba la ética y la política como uno solo, como algo indivisible que la una no podía existir sin la otra, y que primaba en el hombre político hacer el bien público bajo la voluntad de ese cuerpo social.

Sin embargo, este hablar de diferencias y relaciones entre democracia y liberalismo, no fue solo de Benjamín Constant, sino que también “Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill son pensadores que abordaron la relación entre el liberalismo y la democracia desde ópticas distintas” (Fernandez, 2006, p. 101). Tocqueville mostrando la democracia como supeditada al liberalismo, y Mill nos muestra como interdependientes.

La unidad de lo ético y político va a romperse en el transcurso del tiempo. La historia de teóricos políticos encuentra dos responsables en los inicios de la modernidad: Maquiavelo, y Hobbes. “Aristóteles no conocía ninguna escisión entre la constitución promulgada políticamente y el *ethos* de la vida ciudadana en la ciudad. Maquiavelo y Moro, cada uno a su modo, consumaron la separación de ética y la política” (Habermas, 1987, p. 61). Pero en el fondo, los modernos fueron lo que reflejaron con más precisión lo que ya se vivía en aquel entonces, simplemente encausaron ese espíritu *secular* que ya bullía en el seno de las sociedades producto de un desarrollo técnico y comercial cada vez más activo. Sumado a ello, como se sabe, para esa época moderna, ya estaban en el marco cultural conceptos científicos que empujaban a un conocimiento práctico-productivo, como lo veremos en el siguiente subcapítulo, y que mediante el cual ya no se buscaba moralizar a la persona con dichos conocimientos sino

simplemente valerse de ellos para poder alcanzar otros objetivos personales y económicos.

Esto nos da una idea central en cuanto a cómo los modernos hacen un gran giro en su pensar hasta trastocar el orden teocéntrico de la época medieval, y el criterio práctico del buen vivir, como lo entendieron los antiguos griegos. Con Maquiavelo, Hobbes, Locke aparecerán nuevos conceptos dentro de la teoría política, y éstos, poco a poco vendrían a formar del cuerpo político en lo que refiere a la concepción moderna. Hasta hoy sustentamos nuestro sistema político con tales conceptos como individuo, sociedad civil, libertad, etc.:

El contractualismo moderno [...] ya no hace de la sociedad un hecho natural que existe independientemente de la voluntad de los individuos, sino un cuerpo artificial, creado por los individuos a su imagen y semejanza para la satisfacción de sus intereses y necesidades y el más amplio beneficio de sus derechos. (Bobbio, 2002, p. 16).

Esta forma de ver a su sociedad como una artificialidad de los individuos nos lleva a preguntarnos, lo que en un inicio dejamos en el aire, ¿cuándo surge el estado liberal? Y ¿en qué momento llegan a entenderse el pensamiento liberal con la democracia? No podemos ser específicos en el sentido de mostrar una fecha de cuándo surgió un estado liberal, aunque algunos estudiosos coinciden en que el estado liberal se instauró después de la Revolución francesa, en cuanto este cambio político fue un corte radical contra del Estado Absoluto. Revolución que dio libertad a los individuos en un ambiente social que cada día se volvía más comercial y que se sustentaba en la propiedad privada, sumado la división de poderes a nivel político en la manera de gobernar.

Este pensamiento liberal poco a poco fue comprendiendo el sentido de una democracia, pues necesitaba reafirmarse, y así poder defenderse del antiguo sistema absoluto y feudal que aún se hacía difícil en ser destruido en algunas partes de la Europa occidental. Esto se vio clarísimo que “después de un primer periodo de distanciamiento [entre democracia y liberalismo], ambas tuvieron que aliarse contra, por lo menos, dos grandes adversarios: Estado absoluto y el Estado Confesional” (Fernández, 2006. p. 101). Sin embargo, dicha democracia aún no se le puede llamar estrictamente *demócrata liberal*, ya que hasta inicios del siglo XIX se entendía una democracia, en lo estricto, solamente a dos modos

de entender la sociedad. Pues, “para la mayoría de ellas la democracia *era* una sociedad sin clases o de una sola clase, y no meramente un mecanismo político que adaptar a una sociedad de ese tipo” (Macpherson, 2003, p. 21). Es decir, siempre se le pensó a la democracia desde la visión de una clase, como es el caso de la visión aristocrática en que no se podía dejar el gobierno en las manos del populacho, o caso extremo a la democracia se le entendía como una sociedad sin clases.

En contraste, la democracia moderna es la llamada *democracia liberal*, presenta una naturaleza representativa, además es entendida y pensada como instrumento político, junto a la división de poderes dentro de los estados que iban formándose por la Europa Occidental. Asumimos que “en la segunda mitad del siglo XIX el ideal liberal y el democrático confluyen uno con otro [...]. La feliz coyuntura histórica que los ha atado, ha cancelado los confines respectivos” (Sartori, 1993, p. 158). Hitos históricos como la revolución francesa de 1848 y la Comuna de París 1871 fueron clave para que ambos pensamientos se fusionen entre sí. Desde entonces, el individuo devino en el actor principal de los procesos políticos y sociales, y más aún cuando las categorías de mercado de la economía moderna, de corte liberal, se generalizaron en un espíritu capitalista a nivel social. Llevaron al individuo hacia un comportamiento burgués, quien buscaba maximizar sus ganancias con el comercio, la especulación, incluso con la aventura en busca de tesoros. Lo que era obvio que para fines del siglo XIX llegó un individuo cuajado de pleno espíritu capitalista:

El espíritu capitalista comienza a adueñarse de los hombres para fines del siglo XV. ¿Y qué significa esto? Pues, nada menos, que el objeto principal de la acción humana era la búsqueda de la riqueza [...] hacen falta nuevas concepciones que legitimen las nuevas oportunidades de riqueza que se han venido descubriendo poco a poco en las épocas precedentes (Laski, 1992, pp. 18-19).

De tal modo, asentimos en sentido pleno, que la *democracia liberal* tuvo una sustentación teórica dentro de una sociedad de espíritu “capitalista”; como se decía en aquel entonces que el mercado hace al individuo y al hombre. Por eso, 1848 – como ya se mencionó – es fundamental para marcar una diferencia entre la *democracia liberal* y los antiguos modos de entender la democracia.

Más aún, la democracia liberal encontró fundamentación teórica con Bentham y su discípulo Mill. A lo cual Macpherson (2003) sostiene que “el concepto de democracia liberal no resultó posible hasta que los teóricos [...] encontraron motivos para creer que la norma de “un hombre, un voto” no sería peligroso para la propiedad [privada], ni para el mantenimiento de sociedades divididas en clases” (p. 22). De ahí que el individuo siempre es el punto central en este proceso, pues tuvo la idea de que necesariamente tiene que progresar a medida que sus derechos se fueron protegiendo. Razón suficiente para decir que el “nexo entre el liberalismo y democracia es [...] el individuo; los dos reposan en una concepción individualista de la sociedad” (Bobbio, 2002, p. 49). Hasta llegar a la conclusión muy aceptada, de hoy en día, que solamente estamos dentro de un gobierno democrático liberal en cuanto el sufragio de las personas pueden poner a un nuevo gobierno como también cambiarlo de acuerdo a sus intereses económicos de mercado (Macpherson, 2003, p. 38).

Así nació el concepto muy conocido hoy en día, la denominada *democracia liberal*. Estamos muy acostumbrados, a pensarlo, como si ambos conceptos fuesen uno solo. Sin embargo, ambas posiciones tienen principios y fines aun discrepantes que no han llegado a un acuerdo en cuanto al concepto de *igualdad*, ambas lo entienden de diferente manera y a su modo. Pero, coinciden en su defensa del *individuo*. Esto ha llevado hoy en día a dar una idea que la democracia en su defensa del individuo indirectamente soporta el ideal liberal, así como el ideal liberal al dar libertad al individuo, en sus decisiones y desarrollo espiritual, fortalece a la democracia. Al respecto, Bobbio (2002) sostiene que hoy el método democrático es necesario para salvaguardar los derechos fundamentales de la persona (base del Estado Liberal) y que la salvaguardia de estos derechos es necesaria para el funcionamiento correcto del método democrático (p. 46).

Sin embargo, hoy se ha puesto en entre dicho a la democracia liberal, al mencionarse que ya está extinta, y que ha sido sustituida por conceptos como el Neoliberalismo o la Globalización. Con lo que se piensa que se ha llegado a trastocar los conceptos económicos, políticos y culturales de hoy en día. Pareciera que tienen razón, pero en estricto, la democracia liberal no ha

desaparecido del terreno político. Por el contrario, ésta aún hoy en día sigue sustentando la libertad de los individuos como partícipes de una sociedad más interconectada e informada por los adelantos tecnológicos. Si nos quedamos con el concepto clásico de capitalismo se podría decir que la democracia liberal se ha debilitado, felizmente ésta no se reduce solo a lo económico, sino que también su sustentación teórica obedece a otros factores:

¿Debemos considerar, pues, que la democracia liberal está tan a punto de desaparecer que ya se puede uno arrojar el derecho de escribir acerca de su época? [...] la respuesta más breve [...] es que “sí”, de suponer que se entienda la democracia liberal, como se suele entender todavía, como la democracia de una sociedad capitalista de mercado [...]; pero que “no forzosamente”, si se entiende que democracia liberal significa, como interpretaba John Stuart Mill y los demócratas liberales éticos seguidores suyos de fines del siglo XIX y principios del XX, una sociedad en la cual todos sus miembros tengan igual libertad para realizar sus capacidades. Por desgracia, el término de democracia liberal puede significar cualquiera de las dos cosas. Porque “liberal” lo mismo puede significar la libertad de los fuertes para aplastar a los débiles mediante la aplicación de las normas del mercado que una libertad efectivamente igual para que todos utilicen y desarrollen sus capacidades. La segunda libertad es incompatible con la primera [...] el problema reside en que la democracia liberal, durante la mayor parte de su existencia [...] ha tratado de combinar ambos significados (Macpherson, 2003, pp. 9-10).

Con esto, Macpherson muy claramente ha sabido entender y diferenciar estas dos acepciones de la democracia liberal, pero en la práctica las delimitaciones parecen ser demasiado borrosas como para declararla extinta a la democracia liberal. Concluimos diciendo que hay razones suficientes para que durante el recorrido de esta tesis aún se siga hablando de democracia liberal, al hacer referencia al sistema político-económico imperante a nivel planetario, del cual participan los países miembros de la ONU, que implícita o explícitamente aceptan, casi todos, con algunas excepciones de China y Rusia, estos principios de la democracia liberal.

2.2.- El desarrollo tecnológico como garantía de progreso para la democracia liberal

Antes de hablar extensamente en lo que ha devenido el desarrollo tecnológico como una fuente (de las muchas) de sustentación para la idea de progreso, quiero especificar bajo qué circunstancias podemos hablar aquí de tecnología. Pues autores como Miguel Ángel Quintanilla (1999), en su libro *Tecnología y sociedad*, hace unas especificaciones detalladas en lo que refiere a la hora de abordar el tema de la tecnología, y es de suma importancia aquí mencionarlo. Resulta que divide en tres enfoques cuando nos referimos al término *tecnología*, dado que con ello podemos referirnos a conocimientos, artefactos, o acciones.

El primero, es el *enfoque cognitivo*, donde el progreso tecnológico consiste en el aumento de nuestro conocimiento tecnológico con ayuda de la ciencia. Segundo, el *enfoque instrumental*, donde el progreso tecnológico se refleja en función de la cantidad e importancia de las necesidades humanas que los entes tecnológicos nos permiten satisfacer. Tercero, el *enfoque praxiológico*, donde el progreso tecnológico se interpreta como el aumento de nuestra capacidad de control de la realidad, a través de los sistemas técnicos (p. 118). Aunque en la práctica – y lo reconoce también Quintanilla – se pueden dar la combinación de los tres enfoques descritos, de acuerdo al contexto, y su valor moral que le da cada cultura. Sin embargo, para explicar nuestra postura sobre la idea del progreso en cómo la tecnología alimentó a esta idea, es que los ejemplos siguientes están más cerca del tercer enfoque: *el praxiológico*, dado que las sociedades se han dejado más guiar por la superficialidad de la tecnología. Más se han movido en función a los resultados de dominar y manipular su entorno a su antojo antes de hacer cuestionamientos de otro tipo.

Por tal motivo, habiendo hecho las clarificaciones del caso, entramos a rastrear el concepto de la idea del progreso en su principal aspecto, en su ligazón al desarrollo tecnológico. Concepto que aún atraviesa a la política ecológica de la democracia liberal, y no nos deja avanzar a solucionar el problema de la crisis ambiental. Un investigador de esta idea del progreso como Rober Nisbet, nos

habla que la Idea de Progreso no es tan moderna como muchos autores nos ha hecho creer, por ejemplo, John Bury en su libro *La idea del Progreso* (1920). Incluso llega a decirnos que la idea de progreso se puede rastrear desde la antigüedad griega. Basándose en Ludwig Edelstein, de quien resalta su investigación, llega a decir que Jenófanes habría hecho “la primera declaración en Occidente de la idea de progreso”. Teniendo como base la sentencia de Jenófanes “los dioses no revelaron a los hombres todas las cosas desde el principio, pero los hombres, gracias a su propia búsqueda, encuentran en el transcurso del tiempo lo que es mejor para ellos” (Nisbet, 1996, p. 29).

Sin embargo, Nisbet no presta atención que la idea de progreso no podía germinar en la Grecia clásica, ni ser tomada como suya en un ambiente cultural donde se creía que la raza humana cada día estaba en decadencia. Otra cosa es la interpretación que quieren hacer del tema, muy alejado de lo que verdaderamente querían reflejar aquellos primeros autores. Solo recordemos, su creencia de los antiguos en su “ideal de un orden absoluto de la sociedad que, una vez establecido, no podía ser alterado sino para empeorar” (Bury, 2009, p. 23). Por ello, se apelaba a una edad de oro donde los humanos nunca sufrieron; y “no se le ocurrió ni a Platón ni a ningún otro pensador que el orden perfecto pudiera alcanzarse a través de una larga serie de cambios y adaptaciones” (Ibídem, p. 23).

En cambio, en la época moderna sí podemos hablar con toda autoridad de una idea de progreso bien marcada, como diría Bauman (2009) “sólo la modernidad se piensa en un movimiento progresivo” (p. 215). Es que en la modernidad ya se tomaba con seriedad a las generaciones futuras de la humanidad, y esto ya es un rasgo de la idea del progreso. Pues a medida que avanzamos, los humanos vamos progresando en el terreno moral y material hasta llegar a encontrarnos, “supuestamente”, con una felicidad casi completa que como individuos siempre la buscamos. Esto queda sentado en que:

El concepto de Progreso deriva su valor, su interés y su poder de sus referencias al futuro [...] la idea de Progreso no aparece hasta que se conciba que la civilización está destinada a avanzar indefinidamente en el futuro [...] los obstáculos a su aparición no empezaron a ser superados definitivamente hasta el siglo XVI, en el que gradualmente comenzó a prepararse una atmosfera favorable (Bury, 2009, p. 19).

Sin embargo, esta idea de progreso indefinidamente hacia el futuro no se ha sostenido en el aire, sino que su fundamentación ha estado sujeta al desarrollo de la ciencia y, en especial, al desarrollo de la tecnología que conllevó a un crecimiento material (teniendo como un máximo exponente del progreso teórico a Auguste Comte). De ahí que estudiar el desarrollo tecnológico, junto a la idea de progreso, en el seno de la sociedad moderna, es intentar escudriñar la esencia de su existencia misma de dicha sociedad.

Tener en cuenta que el nacimiento del desarrollo tecnológico no ha sido mecánicamente de la noche a la mañana; todo lo contrario, ha sido fruto de un lento proceso combinando resultados del método científico con elementos sociales, que empezó a ser visible en el quehacer científico de la modernidad con pensadores como Descartes, Bacon, Galileo, y Newton. Esa nueva ciencia moderna que racionaliza la naturaleza, la matematizaba, y llegaba a manipularla, llevó a reducir todos los conocimientos a un solo método, al llamado *método científico* de occidente.

Sin embargo, muchos planteamientos científicos no llegan a universalizarse, salvo cuando “atravesaron las barreras de la filosofía y de la ciencia y fueron bien acogidos en los territorios de la sociología y la economía” (Novo, 2006, p. 13). Como lo fue el destino de esta nueva ciencia en Occidente, que fue muy bien recibido por una sociedad moderna que ya estaba supeditando la libertad de la razón a la directriz de la revolución industrial. Donde lo más importante era producir, vender sus productos, y comprar; y para desarrollar estos nuevos productos industriales se echó mano de esta nueva ciencia que resultaba útil en la resolución de problemas concretos. Como resultado llevó al hombre moderno a tomar una actitud de *control* sobre la naturaleza, dentro de una sociedad cada vez más abierta económica y políticamente. Pero su condicionante, de ese crecimiento económico, era los avances tecnológicos:

El rápido crecimiento de la economía mundial desde 1750 es el resultado de años de avances tecnológicos, entre ellos el motor de vapor y el transporte basado en el vapor, el motor de combustión interna, la electrificación, la química industrial, la agronomía científica, la aviación, la energía nuclear y las TIC (Sachs, 2015, p. 27).

El economista Sachs – que acabamos de citar –, en su libro de 600 páginas, le dedica varias páginas al factor tecnológico en el nacimiento de la

Revolución Industrial, y en el incremento del capital económico. Aunque también tiene sus reparos sobre el mismo, pero lo que no cuestiona es que el *progreso económico* tenga una deuda muy profunda con los avances tecnológicos, e incluso lo comenta a Keynes en que éste también le dio cabida al factor tecnológico en el desenvolvimiento del crecimiento económico¹. Y obviamente cuando hablamos de crecimiento económico en países ricos, implica buena alimentación, mayor salud, y mayor esperanza de vida, lo que les condujo a las personas (que gozaban de esa bonanza) a alimentar aquella fe en el progreso.

Basado en ello, es que mi planteamiento aquí busca mostrar que sin el desarrollo tecnológico la *idea de progreso* hace tiempo hubiese desaparecido del acervo cultural del hombre occidental; y sin embargo, gracias a ella, dicha idea se ha estandarizado y se ha mostrado como válida, a pesar de recibir serias críticas, ésta sobrevive por todos los rincones del planeta bajo el amparo de la democracia liberal. La idea del progreso podrá haber sido criticada y debilitada, pero no muerta. Para tal caso, Robert Nisbet² (1996) – más allá de ser polémica su opinión sobre los orígenes de la Idea de Progreso, coincidimos en otros puntos de contenido sobre la Idea de Progreso – quien sustenta diciendo que darle contenido a la idea de progreso como “avanzar” ha conllevado a lo largo de la historia dos posturas: una que se ha enfocado a ver que el progreso se haya dado a nivel del aumento del conocimiento, técnico, artístico, en general de cosas materiales; y el otro enfoque se centra en el plano moral espiritual, es decir que nos hemos ido refinando nuestra conducta a nivel social para poder vivir sin los problemas que la naturaleza nos impone. Lo cual está muy ceñido al perfeccionamiento de nuestra naturaleza humana como tal, en otras palabras: civilización.

En tal sentido, con más fuerza, al parecer estamos más cerca del primer enfoque, sin desmerecer o apartarse del segundo enfoque, que consideramos al

¹ Para los versados, aquí no viene al caso entrar en debates si el desarrollo tecnológico cumple un papel determinista de las sociedades, o si es un manejo netamente cultural de cada tiempo. Este debate no quita el papel protagónico del factor tecnológico en el desarrollo de las sociedades demoliberales.

² Citamos a Nisbet porque con Bury coinciden que la idea de progreso es avanzar. Lo que no coinciden es en el tiempo y lugar de inicio sobre esta idea del Progreso. El primero busca sus raíces desde la Antigua Grecia; en cambio, el segundo sostiene que la idea de progreso es netamente moderna.

segundo como complemento del primero. Pues, nuestros padres modernos depositaron toda su fuerza espiritual en confiar en la nueva ciencia y su materialización tecnológica³. “Una confianza en que la palabra clave resulto ser 'progreso' [...] un progreso que, desdeñando el presente, proyectaba a las personas y a los pueblos hacia un futuro [...] en que se cumplirían los sueños de una humanidad liberada” (Novo, 2006, p. 23). Aunque dicho sueño haya sido realizado para unos pocos, pero es demasiado alentador e ilusionador que aún perdura alimentando a la política y economía de la democracia liberal.

Bajo esta lógica de *progreso* ha encaminado su núcleo central político-económico el sistema demoliberal. Se valió de la ciencia moderna reduccionista, para sustentarse en un sistema económico llamado *sistema capitalista*, una economía de libre mercado, una industrialización colosal de las sociedades para responder a dicho desarrollo capitalista con apoyo de la innovación tecnológica. Que hasta el día de hoy sigue mostrándose como válido, amparándose en la *idea de progreso* como fuerza espiritual, que día tras día sigue alimentando más el desarrollo industrial y tecnológico. Esto evidencia que sin el *desarrollo tecnológico* la idea de progreso no hubiese tenido un sustento práctico, o un sustento fundacional que ayude a guiar los criterios mundanos de las personas, y que con el correr de los años hubiese terminado simplemente por ser una utopía más, de las tantas que se escribieron en el periodo pre-moderno, o hubiese terminado por ser una simple característica epocal. Pero no fue así. Queda reflejado en las siguientes palabras:

La penicilina es superior a otros remedios anticuados como la sangría y la aplicación de sanguijuelas, y este es un hecho que puede ser demostrado. Del mismo modo, la artillería moderna es superior a las ballestas o las catapultas. (Nisbet, 1996, pág. 22).

Como dice la argumentación que estos hechos *pueden ser demostrados*, he aquí el juego de la seducción de amar a lo tecnológico. Que se pueda ver ese desarrollo progresivo, en las cuestiones materiales, ayuda más a inclinar a los seres humanos, que mayormente nos guiamos por el sentido común de los criterios prácticos, a seguir puliendo y trastocando el medio que nos rodea. Por

³ Aunque habría que resaltar y aclarar aquí, dentro lo posible, no toda investigación científica ha devenido en tecnológica en sus inicios. Una prueba de ella fue la primera máquina a vapor, después de creado el artefacto vino la ciencia en su auxilio e investigación; pero para el siglo xx, casi todas las investigaciones científicas han sido materializadas por un fin práctico y económico.

consiguiente, la espiritualidad del hombre se llena de optimismo al creer, y no solo creer, sino ver, que en realidad está avanzando desde un punto en que no tenía dichos goces materiales y que hoy los tiene. Es decir, en ese acto del mismo quehacer material ya se estaría fortaleciendo más y más a la idea de progreso, siempre y cuando no existan elementos que en ese mismo quehacer material frenen o desestabilicen esa inercia.

Ese mismo quehacer material conlleva a sustentar una “idea del Progreso humano es, pues, una teoría que contiene una síntesis del pasado y una previsión del futuro” (Bury, 2009, p. 17) ¡lo que no se tiene en el pasado, pero que se puede obtener en el futuro! Esta misma *previsión del futuro* es que dió seguridad optimista a los humanos de seguir desarrollándose como tales, desarrollando su ciencia, su técnica, su economía y sus valores morales hasta formar una sociedad civilizada tal como se la conoce hoy en día ¡allí está la razón del amor humano hacia el progreso!

Para complementar la idea, les dejo una aguda observación de Werner Sombart, que sentencia así

Pues la absurda idea del “progreso” tiene algún sentido, éste reside con toda seguridad en el dominio de la capacidad técnica. Desde luego no puede decirse que Kant haya “progresado” con respecto a Platón, o Bentham, con respecto a Buda, pero sí que la maquina a vapor tipo 1913 supone un progreso con respecto a la de watt. (Sombart, 2005, 340)

Con ello, nos está diciendo que el sentido de su fundamentación práctica de la *idea de progreso*, y atrayente para el sentido común, solo se encontraría en *el dominio de la capacidad técnica*. Ahí encuentra su fundamento, y también a través de ella se muestra la *idea de progreso* en la vida cotidiana como válida. El resultado en este mundo de la vida material, es que la tecnología muestra su progreso, su adelanto, su mejoramiento; y junto a ella cree, y así lo muestra el discurso de la democracia liberal, el hombre seguir avanzando al mismo modo que el perfeccionamiento de sus máquinas.

Esta visión moderna de la ciencia es la que nos ha traído hasta aquí; ya que “esta ciencia muy útil para resolver problemas concretos (fabricar aparatos, potabilizar las aguas, favorecer las comunicaciones [...]), se fue moviendo en una concepción *progresista* [...] cada nuevo paso científico era un escalón más en el

progreso hacia la verdad y el bienestar” (Novo, 2006, p. 26). Y cuando los hombres descubrieron que la técnica les dio bienestar material, más fue su apego hacia ella; ya que en el fondo somos seres de bienestar, y poco le ha importado mirar más allá de sus fronteras humanas sin antes de haber satisfecho sus necesidades primarias. De ahí que Gasset llame “el bienestar y no el estar es la necesidad fundamental para el hombre, la necesidad de las necesidades” (Gasset, 1968, p. 30). Razón suficiente para entender que la *idea de progreso*, bajo esta modalidad, se lo toma y vive como un acto de fe.

Sin embargo, aunque hoy en día el desarrollo tecno industrial ha recibido duras críticas desde la ecología, o las observaciones desde su mismo círculo económico político como fue el caso del Club de Roma y su famoso informe *Los límites del crecimiento* (1972); pese a ello, aun ha sobrevivido esa idea en que el factor tecnológico nos lleva a un progreso. Pareciera que ésta, la idea de progreso, en vez de debilitarse se fortalece, y sigue viva frente a una crítica visceral. Ya que efectivamente en la actualidad el *desarrollo tecnológico* ha llegado a tal punto de convertirse visiblemente en su complemento, y fundamento, necesario de la *idea de progreso*, o simplemente la construcción de aparatos tecnológicos ya se le concibe como progreso. La mejor prueba en cuanto la *idea de progreso* aún vive con fuerza, está que en ninguna parte del planeta se encuentra en el discurso político, de la democracia liberal, una alusión como decir: señores, a partir de hoy nuestra sociedad se plantea la imperiosa necesidad de no progresar ¡dicha propuesta sería rechazada en el acto! Estoy seguro que dicho político acaba de pronunciar su último discurso (pues todos quieren avanzar sin saber a dónde).

El no cuestionar a profundidad a la *idea de progreso*, quizá obedece a que el “desarrollo científico tecnológico es concebido como una *variable independiente universal* que va transformando sociedades y culturas en su desarrollo inexorable” (Lander, 1992, p. 8); o tal vez, ello se deba a que en el fondo somos “seres tecnológicos” como lo dice José L. Molinuevo en su libro *Humanismo y nuevas tecnologías*. E incluso, como se afirma, que “el hombre empieza cuando empieza la técnica” (Gasset: 1968, p. 53). Más allá de eso, demás está decir que este sistema demoliberal no puede dejar de lado el

desarrollo tecnológico porque su éxito y desarrollo se ha basado y sustentado en él. Solo basta revisar los cambios políticos y sociales que se dieron a raíz de las dos revoluciones industriales. A raíz de la cual se acentuó el capitalismo, llegando a fundamentar la teorización demoliberal. Que – como sostiene Gasset (1968) – “serie tras serie de desarrollos técnicos han barrido los procesos industriales de cada década, desde 1800, para dejarlos reducidos a métodos anticuados del pasado” (p. 106). Lo que implica que sin este desarrollo tecno-industrial la idea de progreso no hubiese tenido asidero en la espiritualidad del hombre occidental.

A estas alturas, primeras décadas del siglo XXI, la democracia liberal se le hace difícil desprenderse de esa idea del progreso ligada a la tecno-industria. Y en esto tienen razón algunos pensadores que sostienen que el desarrollo tecnológico e industrial tiene implicancias en el aspecto cultural del hombre; ya que “las técnicas aparecen y se desarrollan en un determinado ámbito cultural y contribuyen, a su vez, a configurar la cultura de la sociedad” (Quintanilla, 1991, s.p), obviamente sin considerar a la tecnología como un determinismo de la sociedad, pero si como algo fundamental a tomar en cuenta. De ahí que la idea de progreso se entienda muy bien con el desarrollo tecnológico en cuanto ambas vienen a formar un nudo cultural difícil de desatar, y que nos ha llevado a pensar en la idea de un progreso social continuo. Por eso, esta idea de progreso no es tan fácil que nuestra civilización llegara a eliminar de su seno, y de llegar a hacerlo, pues tendría serios problemas, en cuanto “[...] que si la idea de progreso llegase a morir, también morirían otras muchas cosas muy queridas por nuestra civilización” (Nisbet, 1996, p. 12).

Por eso los defensores de este paradigma demoliberal salen con respuestas muy creíbles como “¿cuándo estuvimos mejor que ahora? ¿No estamos acaso mejor alimentados, mejor vestidos y mejor alojados que nunca – inclusive mejor educados –?” (Schumacher, 1983, p. 20). Por ningún motivo se busca detener el incentivo tecnológico y el crecimiento económico, tampoco lo harán, ya que en el fondo lo que aún sigue viviendo la democracia liberal es aquella idea de *progreso* sustentada en el desarrollo tecnológico. Solo que hoy se hace de una manera más sutil o simplemente, dada las críticas, se ha

cambiado de nombre a la de *idea de progreso* por la de “*desarrollo sostenible*”. Pero en el fondo se persigue el mismo objetivo. Razones no faltan para ello

“si la gente sale a protestar y rebelarse necesitaremos más policías con mejores equipos. Si hay problemas con el medio ambiente necesitaremos leyes más estrictas en contra de la contaminación y un crecimiento económico más veloz para poder financiar las medidas anticontaminantes” (Schumacher, 1983, p. 162)

Razón por la cual, dado ese impulso de progreso en el espíritu de los hombres, para el siglo XX, siendo exactos en la segunda mitad, aparecieron nuevas formas de tecnología más específicas y más veloces que ayudó a ordenar los mercados y cuentas bancarias. No olvidemos, que ya era una costumbre – ordenar las cuentas – desde que maduró el capitalismo, en comparación con la fase pre-capitalista, de fines del medio evo, donde los comerciantes tenían cuentas desordenadas, pues “no se pretendía ser exacto [...] es una idea [...] moderna la de que las cuentas hayan de 'cuadrar'” (Sombart, 2005, p. 25-26). Por tanto, en este siglo XX-XXI estas nuevas tecnologías más incentivaron la idea de progreso:

Todo cambió en un plazo de tiempo bastante corto: ordenadores personales en red en cada mesa de trabajo, correo electrónico e internet, videoconferencias y telecomunicación [...] éste era un cambio cualitativo inequívoco, que creó una sensación de progreso importante que no estaba al alcance de meras mejoras cuantitativas. Y esa sensación de progreso contribuyó a infundir un nuevo optimismo ante el capitalismo. (Krugman, 2009, p. 27)

Es decir, estas nuevas tecnologías, llegaron a dar un nuevo impulso en la espiritualidad del individuo en cuanto tuvo desarrollo económico, sintió que había un progreso en su vida, sintió prosperidad. Ya que estas nuevas tecnologías dieron facilidad a los individuos para crear riqueza. Con lo cual podemos concluir, este apartado, diciendo que este progreso colosal de tecnología y capitales en expansión, que la democracia liberal muy bien aplaude, bajo el paraguas de la *idea de progreso*, es lo que en poco tiempo de historia nos llevó a un serio problema: el deterioro ambiental. Como sostiene Aznarán (2003), con la cual coincidimos – al describir siete desventajas de la globalización, siendo una de ellas la de orden ambiental – que “el tipo de desarrollo, capitalista y de mercado imperfecto, además de despilfarrador de recursos, es el causante del deterioro ambiental y del agotamiento de los recursos naturales” (p. 27). Por lo tanto, frente a un problema ambiental de carácter mundial, que se generó por el propio

desarrollo de nuestras sociedades, al liberar la fuerza espiritual antropocéntrica de un individuo moderno que cree ciegamente en el progreso, es lo que llevó a la democracia liberal a enfrentar su propia “crisis ecológica”.

2.3.- La crisis ecológica como el primer problema ambiental a resolver por la democracia Liberal

Cuando se habla de *crisis ecológica*, nos vemos enfrentados a un abanico de problemas al querer entender qué es una crisis ecológica o ambiental, y a un amplio debate que empezó después de la segunda mitad del siglo XX. Para algunos, la crisis ecológica no es una crisis en el medio ambiente, sino que es una crisis de nuestra cultura, de nuestra civilización: “La crisis ecológica es también crisis de civilización” (Arias, 1999, p. 176). Para otros, esta crisis es consecuencia de nuestras relaciones políticas-económicas que un sector de la sociedad ha creado al basarse en la ayuda de la ciencia y la técnica para hacer una industria colosal que terminó por destruir nuestro entorno ambiental: “cuando hablamos de crisis ambiental, si bien pareciera que aludimos a un problema físico, lo cierto es que, por sobre todo, es un problema político, ya que estamos hablando de una “una crisis socialmente provocada”, o antropogénica” (Estenssoro, 2014, p. 22). E incluso – yendo un poco al extremo, se pone en tela de juicio a la misma crisis ambiental – en un artículo titulado *¿Es posible un capitalismo sostenible?*, donde se aborda la problemática ambiental desde un ámbito económico, sostienen que el termino de *crisis ambiental* es problemático en sí, porque se puede dar solución a las carencias de algo importando desde otro lado. Ponen como ejemplo la bahía de Monterrey, California, donde las aguas dulces están disminuyendo, a lo que plantea – el autor – que eso no es una crisis ambiental dado que se puede importar agua (O’Connor, 2000, p. 11).

Este debate, pone sobre la mesa lo problemático que ya es de por sí hablar de crisis ambiental. Aunque dentro de toda esa plétora de intentos por esclarecer qué es una crisis ambiental, existe un punto en común que a casi todos los une: el de tener por responsable al hombre, que cegado por la idea de progreso ha ido desarrollando industria, tecnología, a partir de la *revolución industrial*⁴, que hasta el momento ha llegado a poner en un estado crítico a nuestra propia civilización en su conjunto. Dentro de esa línea, existe un opinión aceptable

⁴ Para este tema de investigación hablamos de *Revolución Industrial* del siglo XVIII, donde la invención tecno-industrial empezó a jugar un papel importante a nivel social y económico.

sobre lo que es una *crisis ambiental*, y es la que propone María Novo – citado por Estenssoro (2014) –, y que se basa siguiendo los parámetros del Programa de Naciones Unidas Para el Medio Ambiente (PNUMA), de los cuales solo tres de ellas aquí las resumimos: a) explosión demográfica en los países pobres, y envejecimiento en los países ricos, b) contaminación del medio ambiente en todas sus áreas: ríos, lagos, mar, atmosfera, etc., c) deforestación acelerada del planeta, y por ende erosión de los suelos (pp. 20-21).

Frente a ello, coincidimos con Estenssoro (2014) – dentro de los muchos planteamientos – que esta crisis ambiental es una crisis política y económica, “y su solución sólo será posible en el campo de la política” lo que no implica desconocer el papel importante de las ciencias y la tecnología en su actuar; sino que cuando decimos que la solución será política es porque “lo que se está afirmando es que ningún adelanto técnico por sí solo y ningún diagnóstico proveniente de la ecología o de las ciencias de la tierra por sí solo, va a solucionar la crisis ambiental” (p. 25); lo que convierte en protagonista de actuación a la política institucionalizada en el presente.

Una vez que hemos tratado de clarificar lo que es una “crisis ecológica”, quisiéramos resaltar históricamente de cómo es que el problema ambiental, y la naturaleza se problematizaron en el ámbito de lo político. Cómo es que se volvió tan importante para el mundo político y económico de la democracia liberal el problema del medio ambiente, puesto que “sólo en la actualidad goza la naturaleza de la condición de cuestión pública y políticamente relevante” (Arias, 1999, p. 175). A pesar que desde tiempos antiguos ya se hablaba y entendía lo que era la naturaleza desde una forma no publica ni politizada sino más bien religiosa, académica, o de sentido común de acuerdo a su marco cultural de cada época.

Empecemos por entender, que la mayoría de economistas demoliberales del siglo XX, por no decir casi desde la modernidad, estuvieron alimentados de ese optimismo de progreso, al considerar que el problema de la producción está resuelto. Pero nunca prestaron atención a viejas advertencias, que el mismo Russell (1968) – sin ser un especialista en economía o sociólogo, sino más bien un lógico-matemático – parecía ya darse cuenta de lo que se venía, gracias a su

aguda observación; pues sostuvo, en una de sus conferencias, que “las minas, los bosques, los trigales del mundo, están siendo explotados a ritmo tal, que en fecha no lejana quedarán prácticamente exhaustos” (p. 33).

Sin embargo, los economistas demoliberales, en vez de meditar sobre problemas de límites naturales para nuestro desarrollo, sostuvieron que no hay razones para preocuparse, basándose en que la tecnología es capaz de hacer más prodigios de lo que estamos acostumbrados a ver, ya que los “adelantos científicos y técnicos, ha producido como consecuencia la ilusión de haber resuelto el problema de la producción” (Schumacher, 1983, p. 14). Dicha *ilusión* llevó a un tipo de razonamiento en los economistas, y que estaba justificado con la tesis central de la economía neoclásica en que “la tierra, los recursos naturales [...] y el capital económico eran sustitutos [...] el avance tecnológico [...] *crearía* nuevos recursos en sustitución” (Rojas, 2003, p. 24). No imaginaron que los recursos naturales terminarían considerándose como *finitos*. A lo cual hay que sumarle la sobrepoblación que cada día va en aumento, desbordando los 7 mil millones de personas en este mundo, y aun ritmo cada vez mayor en los países en vías de desarrollo.

Entonces nos preguntamos ¿en realidad la producción estaba asegurada para la humanidad entera o era solamente un sueño utópico que los políticos y economista no querían reconocer por temor a desmoronar su optimismo de progreso? Pues, sencillamente la respuesta a esta ilusión infinita de progreso de la humanidad se va dar en 1972 con el informe *Los límites del crecimiento*, dirigido por Donella Meadows en el Instituto Tecnológico de Massachusetts por encargo del Club de Roma. Este Club de científicos, economistas y políticos, van a mostrar claramente que no se puede dar un crecimiento infinito dentro de un planeta con recursos finitos, lo que puso en jaque a todo optimismo económico demoliberal. Y fue el momento en que la *naturaleza* se ponía en el escaparate de la política demoliberal:

Este Club de Roma [...] descubrió que por desgracia si se tratase de producir lo necesario para que la totalidad de familias del planeta consumiese lo mismo que una familia promedio de los Estados Unidos, no alcanzarían todos los recursos descubiertos y por descubrir (Abugattas, 2005a, p. 125).

Por tanto, podemos decir que el *problema ecológico como crisis*, y como cuestión política, empieza a ser central en la mesa de debate de la democracia liberal en la década del 70 del siglo pasado. Tanto por el informe del Club de Roma como por la Conferencia realizada por las Naciones Unidas. Este “tema del medio ambiente se instaló formalmente en la agenda política mundial tras la realización de la Conferencia sobre el Medio Humano, citada por la Organización de las Naciones Unidas y realizada en Estocolmo en 1972” (Estenssoro, 2015, p. 82). Desde entonces el tema ecológico ha tomado una relevancia mundial, y teniendo a la ciencia ecológica como punto de partida. Lo que lleva a preguntarnos es sobre las razones de ¿por qué recurrir a esta fecha y no a otras más antiguas como por ejemplo tomar como referente la fecha de 1873 en que fue usada, por vez primera, la palabra “ecología”, por el alemán E. Haeckel? Tengo dos razones centrales que dar como respuesta frente a dicha pregunta.

Primero, podemos decir que el deterioro medioambiental a inicios de la época moderna, o mejor dicho recién con las revoluciones industriales, empieza a ser un tema de consideración la contaminación. En esto concuerdo con Dobson (1997) en cuanto que la cuestión ecológica tomó forma en la modernidad, ya que “la mayor parte de los problemas de recursos, residuos y contaminación que se plantearon en tiempos anteriores tenían un carácter fundamentalmente local” (p. 57). Obedeció, a que en la época moderna hubo un desarrollo exponencial de industrialismo en función de la creación de nuevas tecnologías, por ejemplo, “antes de la invención de las bombas hidráulicas (en el siglo XVI) llegaba un momento en que había que abandonar las minas porque no se conocía ningún método para extraer el agua de ellas” (Sombart, 2005, p. 332). Pero una vez que ya se tenía la manera de solucionar ese problema, se reaperturaron minas antiguas, e incluso se profundizaron algunas más allá de lo que se creía imaginado, generando optimismo en la espiritualidad de los líderes políticos y económicos. Como también generando una contaminación ambiental de orden local (por lo que aún no sonaban las alarmas mundiales en ese entonces).

Segundo, el problema ecológico, a pesar que en la modernidad ya había empezado a sentirse, antes de la década del 70 del siglo XX nunca se lo tomó con seriedad, por una sencilla razón: *el problema ecológico aún no era un*

problema económico, aun no era una crisis para el crecimiento económico. Esto es central en la visión demoliberal, si el problema ecológico no tuviera repercusiones en el mercado industrial de compra y venta, por ningún motivo sería signo de preocupación. Recuérdese que el Club de Roma se formó por invitación del italiano Peccei en 1968, solamente con la intención de discutir acerca de la condición de la humanidad, dada las circunstancias que se estaban dando. Las dos guerras mundiales y sus consecuencias que dejó, como la pobreza, y en especial, la explosión demográfica que “en la 2ª mitad del siglo XX, en la década de 1960, la población se duplicó, pasando de los 1.600 millones de personas a los 3.000 Millones” (Arranz, 2010, p. 3), y en muchos casos avalados por países potencias. Es decir, el Club de Roma, buscó abordar la problemática mundial de ese entonces, pero que se tenía como puntos principales “industrialización acelerada, rápido crecimiento poblacional, malnutrición extendida, agotamiento de los recursos no renovables, y un deterioro ambiental” (Meadows, Meadows, Randers & Behrens III, 1972, p. 21). Temas cruciales dentro de los cuales las sociedades se asientan, y se desarrollan. También, hay que agregar los hechos previos a 1972, como son las catástrofes ecológicas, que motivaron a estos intelectuales del Club de Roma a estudiar dichos temas que a continuación se cita:

Recién a partir de 1950, una serie de catástrofes llevó el tema ambiental a la preocupación pública. Entre ellas estuvo el envenenamiento por mercurio de Minamata (Japón, 1950-60), la muerte de unas cuatro mil personas en Londres por un episodio de contaminación atmosférica (1952) y la muerte masiva de aves por efecto del DDT y otros insecticidas en USA, relatada por Rachel Carson en su libro “La Primavera Silenciosa” (1962). A éstas se unieron varios accidentes de buques petroleros, con los respectivos derrames y sus efectos en la fauna marina y en la contaminación costera (Oyarzún, 2008, p. 4).

Entonces, podemos sostener, avalados sobre estos datos, que la democracia liberal tomó con seriedad el problema ecológico en cuando éste se convirtió en *problema económico*, y la peligrosidad que esto podría acarrear a las economías de los países capitalistas, como Estados Unidos, Inglaterra, Francia. Países que incentivaban el progreso económico, el progreso material, para frenar al comunismo soviético, dada las tensiones por la guerra fría. Ante ese peligro, era obvio que se tenía que tomar al problema ecológico como el primer problema a resolver. Por eso, si en marzo de 1972 se publicó el informe del Club de Roma, paralelamente a ella ya se estaban haciendo los preparativos

desde el 70, para una conferencia institucional, y mundial, entre los países demoliberales. Conferencia que iba a ser dirigida por su máxima organización demoliberal, la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Conferencia que llegó a realizarse en junio del mismo año de 1972, “la primera conferencia mundial sobre el medio ambiente en Estocolmo, en la cual participan jefes de Estado, representantes y ONGs, después de haber realizado un amplio proceso de reflexión teórica previo” (Eschenhagen, 2007, p. 4). Esta Conferencia planteada por la ONU es de suma importancia, resaltarla aquí, dada las consecuencias positivas que se extraerán de aquí durante los años posteriores, y como lo explicaremos en los capítulos siguientes.

Con lo cual, volvemos a ratificar nuestro punto de vista, que una vez que la democracia liberal identificó el problema ecológico desde el punto de vista económico, inmediatamente ha tratado de buscarle también una solución desde la política y la economía. Pues el sistema demoliberal, como cualquier otro sistema, no podía dejar pasar por alto este asunto, sino que todas sus instituciones tenían que enfrentarse a este nuevo problema, dentro de su concepción económica y política; problema que por su naturaleza misma encerraba un severo cuestionamiento a la práctica del mismo sistema de la democracia liberal. *Que el crecimiento económico tenga límites por la contaminación medio ambiental y que los recursos naturales son limitados, era totalmente nuevo en la concepción demoliberal:*

La idea de que podría haber límites ecológicos para el crecimiento económico que no podrían ser superados con una mejor planificación, ni con la inventiva tecnológica humana, no fue sostenida seriamente hasta después del debate de principios de los años setenta sobre los “límites del crecimiento”, que tanta publicidad tuvo (Eckersley, 1992) (Dobson, 1997, p. 58).

Dada estas circunstancias adversas para el crecimiento económico, la democracia liberal buscó los mecanismos necesarios para dar solución al problema ecológico. Mecanismos que necesariamente tenían que tener la misma naturaleza demoliberal.

Sin embargo, este problema no era reducido a una región, sino que era y es sistémico, en cuanto envuelve a toda la comunidad biótica del planeta, pues no era un problema aislado que ya de por sí facilitaría buscar respuestas fuera

del problema. Era la primera vez que nos enfrentábamos a un problema universal, y que ponía en riesgo nuestras vidas sin distinción de clase social. Lo preocupante del problema resaltaba que los causantes no fueran ajenos a la especie humana, sino que éramos nosotros. Nuestro desarrollo industrial y tecnológico, como punto medular de la democracia liberal, había sido uno de los principales causantes de este problema. Era de esperarse aquello, porque como sostiene Polo Santillán (2005) la “crisis ecológica es expresión de una forma de ver la naturaleza” (p. 29), y lo dice porque en nuestro trato con la naturaleza ya existe un tipo relación ética, justamente de la actual forma de ver la naturaleza tenemos una ética antropocéntrica, de dominar y someter a todo lo que está más allá de nuestra frontera humana. Dado que, desde la modernidad se le concibió a la naturaleza bajo el modelo de poder y elasticidad, que dio al hombre la posibilidad de transformar la naturaleza a capricho suyo, más aun con la ayuda de la ciencia mecánica moderna. La acumulación de estos excesos desembocó en lo que hoy se le conoce como la crisis ecológica.

Frente a eso, este sistema político demoliberal se vio en la obligación de encontrar respuestas al problema ecológico, teniendo como única alternativa de respuesta al mismo agente causante del problema, y bajo la misma directriz de sus elementos materiales y culturales de los que disponían, y dispone, hasta el momento. Más claro, entablar batalla contra el problema ecológico desde su actual “paradigma” demoliberal de mantener libertad para el crecimiento económico. Dicha tarea titánica, piensa llevarla realizando un equilibrio entre el *crecimiento económico* y el cuidado del medio ambiente. En ese camino de búsqueda ha llegado a crear un nuevo concepto político que es el *desarrollo sostenible*.

2.4.- Dos propuestas frente a la crisis ecológica: medioambientalismo y ecología profunda.

Mucho se ha dicho que el problema ecológico tuvo su dimensión política a inicios de la década del 70 del siglo pasado. A raíz de varios factores que ya estaban vislumbrándose a nivel social. Uno de ellos es gracias a Rachel Carson con su libro *La primavera silenciosa* donde ponía en denuncia pública la contaminación de las insecticidas; sumado a ello la contaminación que la Segunda Guerra Mundial había dejado desperdicios por todas partes del mundo. A lo que se agregó un detonante de alarmismo sobre la explosión demográfica. Frente a esto, la Organización de las Naciones Unidas empezó a trabajar sobre esta problemática de la contaminación, solo que se hacía un poco dificultoso trabajar coordinadamente con su par de las repúblicas socialistas, por los problemas de la Guerra Fría entre la Unión Soviética (URSS) y Norte América. Ambos querían llevarse la primicia de cualquier trabajo que involucrara la atención de todo el mundo.

Mientras que en la política mundial su preocupación seguía enredada en sus intereses políticos, un grupo de académicos y empresarios lanzaron el famoso informe del Club de Roma (como en los capítulos siguientes se explicará). En dicho informe se ponía en tela de juicio nuestro crecimiento lineal, y se hacía ver que los recursos no eran infinitos para abastecer a una población que cada día sigue en aumento descontrolado, junto a la contaminación ambiental y agotamiento de recursos. Concluían que “los límites al *crecimiento* en este planeta sería alcanzado algún momento dentro de los siguientes cien años” (Meadows, Meadows, Randers & Behrens III, 1972, p. 23). Lo que llenó de alarma al sistema demoliberal, y les llevó a actuar de emergencia.

Ante problemas de contaminación, pobreza y sobrepoblación surgieron diferentes posturas para abordar dicho problema. Posturas que van a surgir casi momentáneamente. La primera estará encabezada por los mismos países industrializados que habían provocado dicha contaminación. Es decir, desde sus instituciones tecnócratas, desde el oficialismo institucionalizado. Esta postura tecnocrática planteará una postura filosófica superficial, a no querer cambiar su

comportar de consumista y manipulador de la naturaleza con fines económicos; es decir, plantearon un medioambientalismo superficial. La segunda postura, saldrá de las esferas de pensadores independientes, de los círculos sociales, y que llegará a tener su máximo exponente a Arne Ness a partir de 1972. Esta última postura filosófica será más radical frente a la crisis ecológica; por ello se le conoce como la *ecología profunda*. Dado que va más allá del mero institucionalismo reformista.

La postura tecnocrática de la democracia liberal se resume a simples programas que se dan desde dentro de las mismas prácticas económicas capitalistas. Consolidando su punto central de reforma en el *desarrollo sostenible*, que consiste en reajustar las medidas de cuidados hacia la naturaleza por parte de la industria, pero el crecimiento económico no debe detenerse. De ahí el nombre mismo de *desarrollo sostenible* sea más un concepto político que la encarnación de un verdadero cambio para el planeta.

En contraste, la postura de la ecología profunda plantea un cambio radical. Sobre todo, a nivel de la persona (en cuanto a cambiar su forma de valorar el mundo) y de organización social. Por eso reclaman que los enfoques usuales en Ecología Científica y en los Movimientos Ambientalistas son superficiales en cuanto tratan a la Naturaleza solo con un fin de uso humano y solo en beneficio humano (Dusek, 2006, p. 187). Por tanto, haciendo honor a lo que dictan, podemos decir que la ecología profunda queda resumida en siete puntos:

1. Considera a los seres vivos como nudos dentro de una red biosférica. Un campus total que disuelve al hombre-en-el-medio ambiente.
2. Igualdad bioesférica entre todas las formas de vida.
3. Principios de diversidad y simbiosis, “vive y deja vivir”
4. Postura anticlasista.
5. Combate la contaminación y el agotamiento de los recursos naturales.
6. Complejidad, no complicación. Como el de una multiplicidad de factores que interactúan en mayor o menor grado de acuerdo a leyes, pueden operar en conjunto para formar una unidad, un sistema.
7. Autonomía local y descentralización.

Estos siete puntos reflejan la parte central del pensamiento de la ecología profunda. Quedó establecido, así como lo planteó Arne Naess en su artículo *Los movimientos de la ecología superficial y la ecología profunda: un resumen* (1973). Naess ya había participado el 3 de setiembre de 1972 en Bucarest (Rumania) en la Tercera Conferencia Mundial para el Futuro de la Investigación, y donde expuso dicho *resumen* que se publicará en 1973. Como se ve, el año de 1972 es un año con coincidencias tanto por el informe del Club de Roma como por la Cumbre de Estocolmo, junto al nacimiento de grupos ecologistas verdes de tendencia más radical que la simple reforma medioambientalista.

Arne Naess desarrolló sus ideas con más profundidad en próximos artículos como *El movimiento de ecología profunda, algunos aspectos filosóficos* (1986), y *La ecología profunda: “ocho puntos” revisados* (1993). Estos, resumen el núcleo central de lo que es la ecología profunda en un plano filosófico, y tiene un rasgo de influencia filosófica oriental. En cuanto movimiento político, ecológico, y de más compromiso social, en lo que se denomina movimiento de ecología profunda, se nutrirá con muchos seguidores que ya habían sido activistas en los movimientos de paz, antes de llegar a ser activistas ambientalistas; por consecuencia, la referencia a la *no-violencia* podría incluirse dentro de los ocho puntos (Naess, 1995b, p. 213). Dando inicio así a la ecología profunda.

Sin embargo, para un estudio más profundo del tema, otros autores sostienen otras fuentes más – aparte de la de Naess – de las cuales se nutrió la ecología profunda, y no solamente de la ciencia ecológica. Pues mencionan cuatro corrientes: la influencia de las tradiciones espirituales del Oriente; la re-evaluación de las tradiciones de los Nativos Americanos; tradiciones minoritarias de religiones occidentales y de algunas tradiciones filosóficas occidentales; y de la influencia de artistas que fueron influenciados por oriente (Devall, 2014, pp. 484-486). No obstante, para la dimensión de esta tesis de licenciatura nos basta con entender la reflexión de Naess sobre lo que es la ecología profunda, y a partir del cual hacer las observaciones críticas a la política ecológica de la democracia liberal. Ya que, la necesidad aquí, de poner de relieve a sus puntos centrales de la ecología profunda, estriba en que el desarrollo de la tesis toma a

dichos puntos, como rasgos generales, como marco de fondo desde el cual hacer observaciones a la política ambiental de la democracia liberal. Es decir, estamos más cerca, en esta tesis, de estar en el terreno de la ecología profunda, desde la cual evaluaremos a la política ecológica de la democracia liberal. Pues, desde la ecología profunda, es más factible ver las debilidades de la política ambiental que nos ofrece la democracia liberal. Sin embargo, no somos partidarios extremos de asumir una postura biocéntrica radical, como ya explicaremos más adelante, pues aún creemos que siempre va existir intermedios entre una y otra postura que va ser siempre de discusión y análisis. Asumiendo que los extremos siempre fueron negativos para la reflexión.

CAPITULO III

RESPUESTA DE LA DEMOCRACIA LIBERAL FRENTE A LA CRISIS ECOLÓGICA

3.1.- Política ecológica de la Democracia Liberal.

Los antecedentes de la *política ecológica* actual, que la democracia liberal está llevando a cabo, lo encontramos en países desarrollados como es el caso de Estados Unidos de Norte América (EE.UU), uno de los países industrializados quien asumió desde muchos años atrás una política *conservacionista del medio*⁵. Sin embargo, esta actitud no fue más allá de ser unos meros programas, jamás lo tomó en cuenta como hoy en día que es uno de los pilares fundamentales que involucra a todo el sistema político y económico de la democracia liberal a nivel mundial, e incluso llegando a entablarse serios debates dentro de las mismas filas de la democracia liberal en cuanto cómo encarar el problema ecológico. No obstante, vale resaltar, esas primeras iniciativas medioambientalistas de los Estados Unidos que como medida conservacionista llevó a cabo.

Tiene su primer antecedente en los comentarios de William Penn sobre la necesidad de que en el proceso de roturación se conservara al menos 1/6 de los bosques autóctonos [...] podría decirse que no se inició oficialmente hasta 1872, con la proclamación, por primera vez, del "día del árbol" [...] también en 1872 se oficializó la idea de los parques nacionales, con la creación del primero de ellos, el de Yellowstone (Tamames, 1977, pp. 173-174)

Como vemos, EE.UU. tomó la iniciativa muy marcada con respecto al tema medioambiental y protección del mismo, a pesar de su cultura de apoderarse y transformar los recursos naturales para la industrialización. Si bien la creación de los parques continuó en EE.UU como el Gran Cañón y Yosemite; también es cierto que los parques se popularizaron por todo los continentes, en especial en África, Asia y América del Sur. En el día de hoy, casi todos los países tienen un parque qué mostrar al mundo. Esto nos muestra que la cuestión medioambiental,

⁵ John Rodman, en su artículo *Four forms ecological conscious reconsidered*, resalta que el movimiento conservacionista empieza a definirse con fuerza de 1890 a 1914. Una de las razones para determinarse dicho movimiento fue oponerse a la desenfrenada explotación de recursos, de ahí que la *Preservación de Parques*, en parte, esté representado por John Muir y Sierra Club, este último, también empezará a emerger como una fuerza social (Sessions, 1995, p. 123).

desde muy antes al siglo XX, ya se manifestaba en algunos círculos políticos y sociales de las potencias industriales.

Sin quedarse atrás, también tenemos el caso de Inglaterra, por ser la primera en industrializarse será también la que empieza a sentir los problemas medioambientales. Surgen motivaciones de personas por preservar su medio, pero más apuntan a un conservacionismo antes que controlar y equilibrar el desarrollo industrial sobre el medio ambiente como lo es hoy en día en el discurso de la democracia liberal. De ese modo, en Inglaterra surgen otras entidades conservacionistas que se fueron creando con el transcurrir de los años, tales como Sociedad Zoológica de Londres (1830). Pero, para 1945 ya surgen entidades gubernamentales en Inglaterra tales como “nature conservancy [...] National Parks Commission” (Tamames, 1977, p. 173). Y estas nuevas entidades gubernamentales y no gubernamentales hicieron presión a escala mundial para crear una agenda abierta al debate sobre el problema medioambiental.

Sin embargo, todas estas iniciativas, antes de 1972, aun no tenían la fuerza suficiente para crear una cultura universal de forjarse un cambio de actitud en el comportar de los humanos hacia su medio que los rodeaba; ni tenía una fuerte incidencia en la cultura educacional de todo occidente y, en lo fundamental, tampoco buscaban delinear una nueva política económica de los países demoliberales en función al cuidado del medioambiente. Por eso se dice que “a principios de 1970 la crisis ambiental se incorporó al ámbito político, en razón a la existencia de unos informes científicos que alertaron sobre el agotamiento de los recursos naturales” (Gracia, 2015, p. 6). A raíz de esto, el problema ecológico toma importancia, a nuestro entender, por la sencilla razón de que el *problema ecológico se convirtió en un problema económico* para la democracia liberal, como se evidenció en la preocupación mundial de la Cumbre de Estocolmo de 1972, y el matiz netamente económico que le dieron las organizaciones internacionales a la crisis ecológica a partir de Río-1992 en adelante. Esto no quita la valorización que hacemos con respecto a estas primeras iniciativas profundas, antes de 1972, que serán de gran enseñanza para fines del siglo XX e inicios del siglo XXI.

Toda esa tradición anterior, proteccionista del medio ambiente, años posteriores alimentará a lo que es la política ecológica demoliberal planteada por la ONU y su Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente – PNUMA. Esto conllevó a consolidar los fundamentos internacionales de la política ecológica de la democracia liberal, mediante los eventos internacionales del medioambiente realizadas en las últimas tres décadas del siglo XX. Fundamentación que podemos encontrarlo y resumirlo a tres hechos internacionales, la Conferencia de Estocolmo de 1972, Conferencia de Río de 1992 y la Cumbre de Johannesburgo en 2002. Dichos eventos fueron impulsados desde la Organización de las Naciones Unidas hacia todos sus estados miembros que participan de los mismos principios políticos de la democracia liberal. Estos encuentros ambientales son de suma importancia en cuanto lograron configurar la forma y relevancia de la política ecológica de la democracia liberal; pues a raíz de estas cumbres los gobiernos que asistieron a estos eventos adecuaron sus agendas de política económica, desarrollo social, y su marco legal.

Lo más importante será que estas cumbres “representan el resultado institucional formal de las exigencias del público para que los gobiernos e instituciones internacionales se enfrenten a las crecientes crisis ambientales” (Rojas, 2003, p. 117). Efectivamente la presión social jugó un papel importantísimo, y estas respuestas institucionalizadas de la democracia liberal esconden un trasfondo de presión social sobre sus propias instituciones, que les obligó a buscar soluciones a su propio problema creado por su progreso económico.

Esta presión no era más que de un público de países industrializados que veían al planeta que estaba siendo destruido en el plano ambiental, causada por la colosal industria; motivaciones que ya habían sido avivadas por la publicación de *La primavera silenciosa* por Rachel Carson (1962), *Los límites del crecimiento* (informe del Club de Roma) por Meadows (1972), y *La bomba demográfica* por Paul Erhlich (1968). Publicaciones que describían escenarios catastróficos que estaban acaeciendo, y que, de seguir esa línea de la idea del progreso ilimitado de las sociedades, pronto el planeta terminaría devastado frente a una explosión

demográfica, agotamiento de recursos naturales y contaminación ambiental. Estas razones – engranadas con la presión de la sociedad industrializada – fueron suficientes para que se preparara la Conferencia de Estocolmo.

Conferencia de Estocolmo (1972), popularmente llamada así por realizarse en la ciudad de Estocolmo. Pero la denominación de dicha conferencia por las Naciones Unidas fue Conferencia de las Naciones Unidas Sobre el Entorno Humano. En resumen, qué nos dice esta Cumbre, o qué resultados positivos nos legó para el futuro. Se podría resumir dos aspectos de dicha cumbre. La primera, simplemente allí se reavivaron luchas anteriores de rivalidades entre países desarrollados y subdesarrollados, así que el consenso de los 113 países asistentes se hacía casi imposible debido a que la agenda sobre el medio ambiente de los países industrializados no se ajustaba a los países en vías de desarrollo. Problema que ya se avizoraba antes del 72, y que América Latina pretendía boicotear dicha Conferencia; por lo cual es necesario mencionar aquí el *Informe de Founex* que jugó un papel importante para que se concretizará esta Conferencia del 72.

El *Informe de Founex* fue el resultado de una reunión que se dio en junio de 1971. En dicho documento por primera vez se conjugaban ideas sobre el medio ambiente y desarrollo, entre países del primer y tercer mundo.

Se señaló que la crisis ambiental, en gran parte se debía al estilo de desarrollo de los países altamente industrializados y que, a diferencia del Primer Mundo, en el Tercer Mundo, la pobreza y la miseria eran la mayor expresión de la crisis ambiental (Estenssoro, 2015, p. 86)

Así quedó limado los desacuerdos de los planteamientos anteriores en que los industrializados querían detener una contaminación que ellos habían generado, y los subdesarrollados que querían desarrollarse como los primeros (solo que ahora les decían que sí podían desarrollarse, pero sin contaminar). Esto, les parecía absurdo a los países subdesarrollados, viviendo en pobreza, ahora se les imponga una carga de ser más cuidadosos en la explotación de sus recursos, con nuevas tecnologías (que obvio no la tenían ni la tienen). Pero el *Informe de Founex* del 71 dejaba zanjado ese asunto de diferencias, puesto que se dejaba en claro que también se lucharía contra la pobreza, y es más, dicho Informe se usó como un informe base en la Conferencia de Estocolmo, y que

gracias a todos esos debates previos se llegó con normalidad a dicha Conferencia.

Segundo aspecto que rescatamos de esta Conferencia, a pesar de las contradicciones ya mencionadas, fue el logro de llegar a un somero consenso en cuanto a priorizar solucionar la pobreza, como ya advertimos.

Los países en desarrollo identificaron el problema del alivio de la pobreza como su desafío más urgente para detener la degradación del ambiente, y así llamaron la atención sobre la relación existente entre el empobrecimiento y la degradación de los recursos naturales a través de la erosión del suelo, la deforestación, desertificación y disminución de las fuentes de agua (Rojas, 2003, p. 118)

Lo que implica que a partir de allí la pobreza entró a tomar otra dimensión, como la causante de la contaminación ambiental. Postura que en su momento no fue cuestionada – más adelante será criticada en cuanto que con este juego de cambiar el planteamiento de la contaminación ambiental de culpar a la pobreza de los países subdesarrollados y no a los países desarrollados – sino más bien coincidieron, puesto que los países desarrollados se mostraban benévolo a disminuir su contaminación paulatinamente, y a la vez ayudar a los países subdesarrollados a salir de su pobreza porque veían a la pobreza que tenía una implicancia con la degradación ambiental. Dicha conferencia tuvo como hito histórico, la decisión de la ONU de crear el Programa de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente (PNUMA).

Sin embargo, hay que dejar en claro, que sus resultados de esta cumbre de 1972 no fueron aceptados unívocamente, sino que por las mismas fechas ya había un ala disidente; nos referimos a los partidarios de la *Deep Ecology* (ecología profunda) que “estaba representada en todos los actos paralelos celebrados en Estocolmo en las mismas fechas y que proponía dotar a la naturaleza de un valor en sí misma” (Bellver, 2014, p. 259). Pues ellos no querían ver a la naturaleza como algo instrumental, como lo entenderá, después, el PNUMA; sino como fin en sí misma (estos detalles lo veremos a fondo en capítulos posteriores).

Conferencia de Río de 1992, celebrada en junio de 1992 en Río de Janeiro-Brasil. Dicha conferencia se tituló Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y Desarrollo, pero a la postre también se ha llegado a

denominar *Cumbre de la Tierra*. Asistieron más de 100 jefes de estado, y otros representantes de menor rango de más de 170 países. Esta Conferencia también lo dividimos en dos aspectos. El primero, como se esperaba – igual a la primera Conferencia – se empezaron a reprocharse entre países desarrollados y subdesarrollados. La acusación fue mutua, pues afloraron rencillas antiguas de las visiones diferentes que tenían sobre el desarrollo (porque no decir sobre el crecimiento económico ilimitado como lo entienden los países industrializados). E incluso se pidió que Estados Unidos dejara de liderar esta lucha contra la contaminación ambiental cuando era el responsable de la mayor contaminación en el mundo.

Segundo, vale resaltar que en esta Conferencia se dará el sustento ideológico central para fundamentar la *política ecológica de la democracia liberal*, podemos decir que los logros son amplios, de gran alcance, y fundamentales para lo que se vino después como la reformulación de las políticas de estados. En esta Conferencia de Río aparecerá el “paradigma” de *desarrollo sostenible*, dándole así una aceptación Mundial a lo ya planteado en 1987 por el Informe de la Comisión Mundial Sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (más conocido como *Informe Brundtland*). Se tocaron temas de biodiversidad, calentamiento global, y lo más importante es que los gobiernos – que asistieron allí – acordaron un paquete de “principios denominados Carta de la Tierra, los cuales habrían de ser respetados por los gobiernos y la población, se adoptó un programa de acciones para promover la sustentabilidad, el cual se denominó Agenda 21” (Rojas, 2003, p. 119). Además de ello se creó la Comisión para el Desarrollo Sustentable dentro de la ONU.

Tanto la Carta de la Tierra y el instrumento de la Agenda 21 convierten a la Conferencia de Río como la más importante para la política ecológica de la democracia liberal. Pues la Agenda 21 es un instrumento para lograr implementar el *desarrollo sostenible* en cada país de la democracia liberal, por eso dicha agenda contiene los objetivos del desarrollo sostenible (ODS): el factor ecológico, económico y social. Esta agenda, que muestra las formas de aplicar los principios de la Conferencia de Río, se le define “como un conjunto de políticas y programas relacionados con el concepto del desarrollo sostenible

cuyo ámbito de aplicación es la esfera local” (Aguado & Echebarria, 2003), citado por (Bustos & Chacon, 2009, p. 173).

Pero esta Conferencia dejó un vacío, una variable, la dimensión social; razón por la cual, para suplir estos límites del desarrollo sostenible se vinieron una serie de cumbres mundiales: Como la de Viena (1994), Beijing sobre la Mujer (1995), entre otras. Aunque no viene al caso detallar dichos eventos porque su estructura y el marco legal dentro del cual se desarrollaran estarán dentro de los lineamientos de la Conferencia de Río; pues solo son encuentros para completar ciertos vacíos que se habían dejado en Estocolmo y Río, y a la vez son previas reuniones para ordenar agendas de temáticas diversas sobre medioambiente que desembocarían en la Cumbre de Johannesburgo.

Cumbre de Johannesburgo (2002), o Río + 10, celebrada en Sudáfrica, y cuya denominación fue Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sustentable; Pero se le conoce como la de Johannesburgo por la ciudad donde se llevó a cabo. El 2002 eran 10 años que se cumplían de la segunda Conferencia celebrada en 1992 en Río. Esta cumbre será básicamente para evaluar que tanto se avanzó a raíz de los acuerdos firmados en la segunda Conferencia. Giró el debate en torno a tópicos como agua, biodiversidad, energía, agricultura, pobreza, entre otros. Al parecer, el resultado de dicha cumbre fue un poco de autocrítica, ya que los resultados – en el transcurso de esos 10 años – no eran como se esperaba, como lo confirma en la actualidad los desgarradores hechos del aumento de la contaminación.

Al final, fueron vagos e imprecisos esos acuerdos como salió a traslucir en la opinión mundial y en las ONGS de aquel entonces como lo resaltaron. Lo que vale poner de relieve es que en esta cumbre “ya no parece interesar el medio ambiente como tema primordial, sino el *desarrollo sostenible*, haciendo apenas unas menciones muy marginales a lo específicamente ambiental” (Eschenhagen, 2007, p. 57). Resaltándose que la dimensión ambiental que ponía en cuestionamiento a este modo de vida demoliberal – como quizá llegó a acertar en algo el Informe de Brundtland – de a pocos se le fue ahogando al llevarlo a otro plano, la de un desarrollo sostenible recortado a medida del mercado, donde conjuga el cuidado del ambiente y el crecimiento económico

capitalista ilimitado. Como se observará en el desarrollo de esta tesis. En otras palabras, aquí en esta cumbre se deja ver perfectamente la tergiversación del *desarrollo sostenible* que fue planteado de buena fe por el Informe Brundtland.

Como vemos, estas tres acciones internacionales patrocinadas por la ONU y el PNUMA construyeron la política ambiental de la democracia liberal que tiene como paradigma al *desarrollo sostenible*⁶. Este “concepto” del *desarrollo sostenible*, fue acuñado por primera vez en el Informe Brundtland⁷ (1987), bajo el título *Nuestro Futuro Común*; y luego – como ya se mencionó – se acuñaría como un “paradigma” en los lineamientos de trabajo de la Conferencia de Río de 1992, pero ya de una forma tergiversada. Y quedó resumido en acciones bajo el instrumento de implementación de la Agenda 21 que se suscribió en esa misma Conferencia de Río. Pero ¿qué es el *desarrollo sostenible* según el Informe Brundtland? Es lo que nos permite satisfacer nuestras necesidades con los recursos del presente sin desequilibrar la capacidad de las mismas en el mundo para las futuras generaciones:

Está en manos de la humanidad hacer que el desarrollo sea sostenible, duradero, o sea, asegurar que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias (Brundtland, 1987, p. 23).

Sin embargo, este *desarrollo sostenible promocionado en Johannesburgo* no plantea detener el progreso, después de que el Informe de Brundtland sea distorsionado se pasó a entender el mismo desarrollo sostenible como el crecimiento verde ilimitado; al parecer nadie desea retroceder o detenerse por temor a ir en contra de la Idea de Progreso que mantuvo viva la llama de acción

⁶ El concepto *desarrollo sostenible*, tal como se lo entiende en el presente como la política ambiental/ecológica de la democracia liberal, encuentra su fundamento en el informe *Brundtland* de 1987. Sin embargo, los orígenes del *desarrollo sostenible*, desde una perspectiva general, está en la Alemania del siglo XVIII, ante la escasez de la leña, que por aquel entonces era materia energética para las fundiciones de plata, y para la construcción de barcos. allí surgió el concepto de *Sostenibilidad* que se basaron en Francia, Suiza, Gran Bretaña. Cfr. María Novo, *Desarrollo Sostenible* (pp. 152-153). Además la autora deja en claro que como resultado de aquel esfuerzo por remediar la crisis de leña surgió un libro titulado *Sylvicultura Oeconomica* (1713) de Carl Von Carlowitz, donde quedó acuñado el término “nachhaltendes wirtschaften” (producción sostenible).

⁷ Este informe es el resultado de las investigaciones de la *Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y Desarrollo*, órgano creado por la ONU en 1983. Además, como órgano independiente su tarea fue netamente investigar nuestro desarrollo y nuestros problemas de contaminación ambiental con una perspectiva al 2000. A la posteridad se le conoce a este informe simplemente como el informe *Brundtland*, en honor a la presidenta de dicho órgano, que por aquel entonces fue la Primera Ministra Noruega Gro Harlem Brundtland.

del industrialismo. Solo recuérdese que “en el siglo XX se llamó 'desarrollo' al progreso” (Abugattas, 2005, p. 125). Por eso, el ingenio de los defensores de la idea del progreso, de la democracia liberal, optó por no usar el nombre de *idea del progreso* sino usar otro concepto que encierre el mismo sentido de *progreso*, y muy saludablemente lo encontraron en el concepto de *Desarrollo Sostenible*.

Dentro de esta nueva corriente de buscar cambiar al primer sentido del desarrollo sostenible de lo que es el Informe Brundtland, está el interés de solo ver al desarrollo sostenible como un referente mas no como un programa de acción (como era el pedido de Brundtland a la Asamblea de la ONU al finalizar el Capítulo 12 de dicho informe). Dentro de estos nuevos enfoques de entender el desarrollo sostenible podemos ubicar al economista Jeffrey Sachs con su libro *La Era del Desarrollo Sostenible* (2015), quien entiende al desarrollo sostenible en los términos que “pretende comprender las interacciones entre tres sistemas complejos: la economía mundial, la sociedad global y el medio ambiente físico de la Tierra” (p. 19); complejidad de sistemas que están en completa interacción. Lo que evidencia que el concepto de desarrollo sostenible cada día sigue recibiendo revisiones, dejando de ser el mismo de 1987 hasta ahora, tal como fue planteado en el informe Brundtland desde una óptica más intergeneracional (en el plano social, económico y ambiental bajo el mismo enfoque del desarrollo sostenible, mas no separándolas). Sin embargo, desde la cumbre de Johannesburgo (2002), el desarrollo sostenible “evolució hacia un enfoque más práctico, menos centrado en las necesidades intergeneracionales y más holístico, que enlazaba el desarrollo económico, la inclusión social y la sostenibilidad ambiental” (ibídem., pp. 22-23). Este giro no ha sido en vano, pues hablar directamente de medio ambiente, era oponerse al crecimiento económico. Así que la mejor forma de no oponerse al capital era centrarse en el paquete completo de desarrollo sostenible, lo que convirtió al desarrollo sostenible en un enfoque más domesticado a la voluntad de los países desarrollados industrialmente, hasta llegar en la actualidad a hablar de economía verde en vez de desarrollo sostenible.

Esto conllevó a que el 25 de setiembre de 2015, al finalizar la Asamblea de las Naciones Unidas, se aprobara la *Agenda 2030 para el Desarrollo*

Sostenible. Esto incluye 17 Objetivos del Desarrollo Sostenible (ODS), y 169 metas, expuestas de una forma más refinada y completa de lo que se concibió al inicio del desarrollo Sostenible. Pero siempre resaltando en que se comprometen “a lograr el desarrollo sostenible en sus tres dimensiones – económica, social y ambiental –, de forma equilibrada e integrada” (ONU, 2015, p. 3), lo que se conoce como la teoría de las tres sostenibilidades, la sostenibilidad económica, social y ambiental, en vez de conformar un solo cuerpo dentro de lo que es el desarrollo sostenible planteado en 1987 (donde se entendía que la sostenibilidad se ajusta netamente a lo ambiental y no a lo económico). Esta agenda 2030 aún sigue vigente, y los retos son mayores a los que se tienen que enfrentar los estados demoliberales, al asumir responsabilidades y lograr que se concreten dichos objetivos planteados desde la institucionalidad central de la ONU.

Por tanto, la ONU como el PNUMA, y otros organismos regionales, en sus programas ambientales, promocionan el *desarrollo sostenible* a nivel planetario porque este nuevo concepto representa la medula principal de dicha *política ambiental* de los países industrializados. Y que hoy cómodamente se habla de economía verde en vez de desarrollo sostenible, más bien a este último lo entienden como un concepto que encierra la implicancia de que el progreso de nuestra civilización no puede detenerse, ni por cuestiones de orden técnico de los humanos mismos, ni por cuestiones de falta de recursos naturales; solamente es cuestión de acomodarse a las circunstancias con reajustes al medioambiente para que el éxito material continúe.

Si bien es cierto, con esta política de *desarrollo sostenible*, se buscó equilibrar las cosas entre el desarrollo industrial y el medio ambiente; sin embargo, en lo fundamental, jamás se intentó cambiar el comportamiento del hombre mismo en su relación de dominio hacia la naturaleza. Sino más bien, desde nuestra óptica, con este nuevo planteamiento de desarrollo, se le dio a entender a la nueva generación, que el hombre puede *controlar su colapso o acelerarlo*, es decir el hombre jamás quiso aceptar que la naturaleza aún se manifiesta reacia a ser manipulada en exceso de depredación. Por el contrario, con el nuevo concepto distorsionado de *desarrollo sostenible* se sigue poniendo

de relieve que es Él (el hombre) quien aún tiene el control de aquella naturaleza que lo cobija. Acercándonos a dar cumplimiento a aquel aforismo de Spengler (1963) que nos dice que el hombre “quiere ser señor desde que existe” (p. 31).

Razón por la cual, desde la Conferencia de Río siempre nos están diciendo que “el problema del desarrollo sostenible es uno de los desafíos posibles de toda política, según defienden sus fundadores. Escoger la vida en el planeta y la sobrevivencia de los humanos significa elegir el desarrollo sostenible” (Giardina, 2009, p. 47). Este mensaje, desde las esferas de poder, de los Organismos Internacionales como la ONU y su programa del PNUMA, ha ido imponiéndose en diversos estados del mundo. Pues ha llevado a consolidar las políticas ambientales, no solamente en Estados Unidos, y los países industrializados, sino en casi todos los países del planeta. Por eso, hoy en día, los países demoliberales van adoptando políticas más verdes al crear sus propios *ministerios del Medio Ambiente*, como el caso de nuestro Perú que se creó el ministerio del Medio Ambiente en el año 2008; y a raíz de la cual cada proyecto minero, como es el caso peruano, se pide un estudio de impacto ambiental, o para cualquier cosa que involucre espacios de áreas verdes lo primero que se pide es un estudio de impacto ambiental. La moda de hoy, para hacer mea culpa moral, es tener un *desarrollo sostenible* a la hora de delinear una política económica de un país demoliberal. Pero en el fondo, y detrás de las políticas ambientales de los países demoliberales, es continuar sosteniendo el mismo crecimiento económico de siempre, teniendo como base el accionar del industrialismo, pues el progreso no puede detenerse.

Por lo tanto, la política ecológica de la democracia liberal, sin renunciar a la idea de progreso, queda resumida en el concepto político del *desarrollo sostenible*. Con esto, el sistema demoliberal sigue resaltando la idea en que, si el actual desarrollo industrial de corte económico ha dado bienestar, a un sector de la población, pues siguen creyendo que este mismo “método” tecnista también servirá para afrontar, y dar solución, al problema ecológico de nuestro planeta. Y dentro de este “paradigma” siguen manteniendo a un individuo consumista, e inmerso en el mundo del mercado bajo la fe del progreso.

3.2.- Postura ecológica compatible con la política ecológica de la Democracia Liberal.

Estoy totalmente de acuerdo en cuanto a la división de las posturas ecológicas que hace Andrew Dobson, basándose en la división que hizo Arne Naess en la conferencia de Bucarest 1972. Conferencia publicada en 1973 con el título *Los movimientos de la ecología superficial y la ecología profunda*⁸; y complementada con otro artículo de 1986 *El movimiento la ecología profunda, algunos aspectos filosóficos*. En dichas conferencias resaltó las diferencias de dos movimientos ambientalistas, la antropocéntrica (que representaría a la política ambiental de la ONU con su famoso *desarrollo sostenible*), y la ecocéntrica (que representa a los ecologistas). La primera de principios superficiales, y la segunda de principios más profundos. Basándose en estas diferencias, Dobson toma a la ecología profunda como una nueva corriente política en el sentido de una nueva “ideología” política que irrumpe en la segunda mitad del siglo XX. Para él existen dos posturas muy marcadas dentro del debate ecológico, a pesar que ambas apuntan a cuidar el medio ambiente:

Me propongo sostener que hay que mantener separados medioambientalismo y ecologismo [...] ambos difieren en grado, sino también en especie [...] el ecologismo cuenta [o se manifiesta] como ideología política, mientras que el medioambientalismo ciertamente no [solo se manifiesta como una cuestión administrativa dentro de la democracia liberal de hoy] (Dobson, 1997, p. 22-23).

Por tanto, basándonos en dicha división, podemos decir muy acertadamente que la política ecológica de la Democracia Liberal no puede estar alejada de las posturas ecológicas superficiales o *medioambientalistas*. Es decir, estas mismas posturas superficiales se circunscriben dentro de la misma democracia liberal, es decir van a compatibilizar con sus posturas e investigaciones de ecologistas reformadores y activistas como Al Gore y Murray Bookchin. El mismo Naess (1995) – en su artículo *Los movimientos de la ecología superficial y la ecología profunda* –, un poco incómodo, sostiene que actualmente “los ecólogos sirven algunas veces a amos que deliberadamente ignoran las perspectivas más amplias” (pp. 152-153). Razón por la cual, esta

⁸ Todos los artículos principales de Arne Naess los puede encontrar en su versión original en el libro: *Deep ecology for the twenty - first century*, compilación de artículos variados sobre la ecología profunda realizado por George Sessions (1995).

política ambiental superficial estará radicalmente opuesta a la ecología profunda o *ecologismo*. Ésta última por su naturaleza misma atenta contra todos los principios del industrialismo actual. En cambio, la primera postura superficial medioambientalista sigue defendiendo al hombre como la criatura superior en la vida, en cuanto sigue pensando en el progreso humano; en cambio la ecología profunda quiere transformar el comportar humano en nuestra relación de la vida diaria con la naturaleza, y a la vez quitarle el privilegio del hombre de considerarse un ser domador de la naturaleza.

De allí que la postura ecológica compatible con su política ambiental de la democracia liberal será la *ecología superficial*; o más llanamente conocido como el medioambientalismo, porque está más asociada al industrialismo, su crítica contra este consumismo y contaminación siempre será a regañadientes, pues solo busca el reformismo. Sostienen que el problema ecológico puede ser resuelto desde la administración, sin llevar a cabo cambios profundos, ya que su objetivo central es “la salud y prosperidad de personas en los países desarrollados” (Naess, 1995, p. 151). Olvidan que esa salud, y esa prosperidad, muchas veces obedecen al ambiente de qué tan favorable es para la persona, un ambiente destruido redundará en un malestar para todas las personas.

Lo que refleja la ecología superficial (o medioambientalismo) es que tiene al hombre como ser principal de este mundo, sujetado a la producción económica de corte capitalista. Por eso, el medio ambientalismo busca un *desarrollo sostenible* de las actuales sociedades del siglo XXI, más no sociedades eco-sustentables, que replanteen a nuestro modo de vida actual. Esto convierte al medio ambientalismo simplemente como una aproximación administrativa al medio ambiente, “más aún, está al servicio del *statu quo* y sirve a las industrias y modelos políticos y económicos imperantes, que además la financian” (Rozzi, 2007, p. 102). Siguen sujetos a seguir bajo el paraguas de una ciencia de producción industrial que solo sirva a dar frutos económicos; peor aun cuando son financiados por la industria misma.

Olvidan que “Mientras más «problemas» genera la tecnología, más tecnología se necesita [para remediarla]” (Bauman, 2009, p. 213). Por eso, se

dice que el medioambientalismo solamente llega a esos límites de dar soluciones tecno-administrativas al problema ecológico en el planeta dentro del actual sistema demoliberal; asumiendo así una postura de lo que comúnmente se dice *tecnócrata*. Es decir, plantear soluciones a la contaminación desde un enfoque *tecnista*, apelar a la ciencia mecánica para solucionar consecuencias de la misma industria. Esta actitud prohíbe a la política medioambientalista asumir la tesis de que hay límites para el crecimiento infinito dentro de un planeta con recursos finitos. De modo que el medioambientalismo es la postura ecológica que la democracia liberal ha llegado a cooptar como su brazo filosófico de defensa a la hora de plantear soluciones a la crisis ecológica.

Los diversos tipos de medio ambientalismo (conservación, control de la contaminación, reciclado de desechos, etc.) se pueden encajar con relativa facilidad en paradigmas ideológicos más conocidos [como es la democracia liberal] y que el modo en que éstas han sido asumidas de buena gana en todo el espectro político demuestra la presencia activa de esta cooptación (Dobson, 1997, p. 238)

Lo profundo de este caso es que la democracia liberal, en ese cooptar de la postura medioambiental en su programa político, jamás abandonará su visión postindustrial que ha interiorizado en los individuos. Ese sueño peligroso que se ha “universalizado y globalizado las expectativas para alcanzar las formas de vida producidas por el industrialismo [como en los países ricos]” (Abugattas, 2005b, p. 47-48), y que todos los individuos, de cualquier parte del planeta, pueden alcanzar un nivel de vida como gozan los del primer mundo. Un mensaje que está haciendo mucho daño a nuestro planeta. Un mensaje que para seguir vivo necesariamente tiene que continuar con la producción e industrialización indefinida de productos; tanto por la necesidad subjetiva del empresariado de querer ganar más, como por la necesidad de sentido común en cuanto que cada día somos más personas en el mundo y exigimos una necesidad mayor de la producción para satisfacer nuestras necesidades.

Por esta misma razón, algunos han llegado a sostener que existe una nueva convivencia que se está generando entre el capitalismo liberal y el medioambientalismo (mas no con el *ecologismo*). Esa convivencia es la de acomodar el medioambientalismo dentro del “paradigma demoliberal”. Que en las prácticas cotidianas es lo más frecuente y más visible, tal es el caso que hoy en día las empresas están cambiando de estrategia para sus ventas, en cuanto

muestran, en algunos puntos específicos de sus productos, los beneficios ecológicos que han respetado en la elaboración de los mismos. Sin embargo, en el marco general de la elaboración de sus productos, las empresas manufactureras siguen aportando mucha contaminación en desmedro de este planeta, y a la vez, ocultándonos mucha información sobre lo dañino de algunos de sus productos para nuestra salud y el medio ambiente. Es decir, el medioambientalismo, como corriente ecológica superficial, está ayudando al industrialismo a pintarse de verde como estrategia de mercado, más no a criticar el quehacer actual del comportar del individuo en su relación con su ecosistema. De modo que la democracia liberal, sigue aferrándose a sus mismas categorías de mercado, y la cuestión ecológica solamente lo muestra como un "*chic ecológico*" o un "*lavado verde*":

El "lavado verde" no hace más que crear la ilusión de que estamos comprando algo virtuoso. Pero lo cierto es que muchos productos, aun pareciendo ecológicamente meritorios, sólo están revestidos de un envoltorio que lo hace "verde". (Goleman, 2009, p. 35)

Ello refuerza nuestra tesis de que la postura ecológica de la democracia liberal, de acuerdo a los criterios del *desarrollo sostenible*, es el *medioambientalismo reformista o ecología superficial*, que avala una economía industrial. Medioambientalismo reformista, que busca las soluciones dentro de la actual estructura política económica, y dentro del actual marco cultural "postindustrial". Llega a detectar el problema ecológico a nivel planetario como producto de nuestro desmedido industrialismo, pero se niega a tomar otro camino por donde conducir nuestro futuro, al persistir en la misma senda a través de reformas incompletas. Este medioambientalismo cree que se puede llegar a la solución del problema ecológico usando los mismos elementos técnicos con los cuales se ha venido desarrollando el actual sistema político-económico. Como plantear la reforestación para no detener la industria maderera; o la industria del reciclaje de los residuos industriales, que implica solucionar la contaminación industrial apelando a la misma industria.

Este pensamiento netamente de valorización económica de la naturaleza, conllevó a que los países industriales compren bonos de carbono a los países con bosques tropicales (a raíz del protocolo de Kioto), con la cual se mantienen

vivas las categorías de mercado (pues se asume que no hay progreso sin crecimiento económico) y a la naturaleza se le sigue entendiendo como un bien económico que se puede categorizar dentro del mercado. Por ejemplo, regular el mercado con leyes más estrictas, y elevar el impuesto con la lógica de que a más recaudación de dinero habrá más gasto en protección del medio ambiente; y para recaudar más dinero, por tanto, hay que fortalecer el mercado, apoyar la industrialización, y nunca detener el progreso del mercado planetario, cayendo en un círculo vicioso de aquella serpiente mordiendo la cola. En pocas palabras, el medioambientalismo:

se inspira en el principio de exclusión y competencia, “tú o yo”, que justifica el aniquilamiento de tribus o culturas tanto como el de focas y ballenas, promoviendo en consecuencia una homogeneización biológica y cultural, donde se expanden unas pocas especies biológicas y culturas favorecidas (Rozzi, 2007, p. 103).

Justamente el medioambientalismo camina hacia la homogenización de las culturas y de las especies, porque todo lo que hace es en función del mercado. Por ejemplo, la reforestación de un solo tipo de madera con fines industriales mata la diversidad de especies, por muy saludable que se vea a simple vista, o por muy loable que se vea el trabajo de la ingeniera ambiental, pues todo se hace en función del mercado. Por tanto, esta filosofía del medioambientalismo nos lleva por la senda de una ética de nulo cuestionamiento por el enriquecimiento ilimitado, aplaude el egoísmo que avala la sana competencia por fines materiales. Esta postura filosófica del medioambientalismo, es su soporte fundamental de la manifestación política del desarrollo sostenible, en cuanto apuntala a la ciega creencia de una idea del progreso material indefinido.

Su razón de ser, radica en que la ecología superficial apunta a cuidar el medio ambiente por la razón de que será útil para el ser humano en el futuro, pues “afirman que los seres humanos deben cuidar del medio ambiente porque ello redundará en su propio interés” (Dobson, 1997, p. 41). Estas ideas sitúan al medioambientalismo en la antípoda de la ecología profunda en cuanto esta última apunta a reconocer que la naturaleza tiene un valor intrínseco, exista o no exista el ser humano. Como sostiene Snyder (1995), “el hombre no es más que una parte de la estructura de la vida que depende de todo el tejido para su propia

existencia” (pp. 141-142). Por tanto, si dependemos de todo ese tejido biótico con mucha más razón el hombre debería cuidar de él, y no tratar como cualquier objeto de uso-beneficio a la naturaleza circundante.

Razón suficiente, para sostener que la democracia liberal se siente muy cómoda al exponer la postura de la ecología superficial. Incluso, dentro del ámbito político, los partidos demócratas liberales en el mundo como estrategia de campaña electoral, llegan a mostrar una postura medioambientalista dentro de su agenda porque saben que dichos principios ambientales no llegan a cuestionar su espiritualidad industrial en su modo de hacer política. Pues la misma flexibilidad tecnócrata de los principios del medioambientalismo les permite jugar con facilidad, sin cambiar su política económica del industrialismo. Pero, jamás asumirán una postura cabal, como el de pintarse de verde todo un partido político de la democracia liberal. En cambio, los partidarios de la ecología radical han tomado muy en serio el problema ecológico, lo que los ha llevado a tomar una postura diferente a los demás. Pues como dice Belshaw (2005) “pretenden cambiar el mundo” (p. 281).

3.3.- Postura ecológica opuesta a la política ecológica de la democracia liberal

Dentro de las posturas ecológicas, que van en contra de las acciones llevada a cabo por la democracia liberal, opuesta a la política medioambiental del *desarrollo sostenible*, hay una que se enfrenta abiertamente en contra del actual *status quo* de poder económico-político. Esta nueva corriente es el *Ecologismo* (en términos de Dobson) o *Ecología profunda* (en términos de Arne Naess).

La ecología política se ha manifestado más radicalmente en la década del 70⁹ del siglo XX, tanto por el informe del Club de Roma de *Los límites del crecimiento* (1972), la Conferencia de Estocolmo (1972) y los movimientos sociales que estaban en contra de las guerras y la contaminación. Esto alentó al surgimiento de nuevas corrientes ambientalistas, activistas que desde la década del 60 ya venían manifestándose en la sociedad norteamericana; solo con decir que “en 1969 se creó lo que se considera la primera organización medioambientalista moderna y de carácter mundial, *Friends of the Earth* [...] para 1970 se estima que existían más de tres mil organizaciones medioambientalistas o ecologistas en el país” (Estenssoro, 2014, p. 90). Una de ellas, la que tiene una profunda filosofía ecológica será la que consolida el filósofo Arne Naess en Bucarest (1972). A raíz de este legado de Naess, se ha llegado a manifestar un movimiento de ecología profunda como un nuevo pensamiento político-económico que irrumpe en la escena contemporánea. Llegando a dar respuestas, alternativas, descripciones y programas que deberíamos llevar a cabo para dar solución al problema ecológico. Con dicho perfil programático de este nuevo pensamiento ecológico, muchos pensadores han dado por denominar – a esta nueva corriente – *pensamiento político ecológico*; incluso

⁹ Por ejemplo, cuando referimos al Impacto Ambiental, que por hoy lo tenemos muy de moda, podemos retroceder en el tiempo y estudiar en EE.U. la ley de Política Nacional de Medio Ambiente (1970). Lo que obligaba, como ahora, que toda inversión estatal – en aquella época – elevara informes del impacto que se podría ocasionar con dicha inversión. Lo que devino en la creación de la Agencia para la Protección del Medio Ambiente.

Dobson va más allá, al tomar a esta corriente como una nueva ideología política denominada *ecologismo*.

Pero ¿cuáles son las razones por la que el ecologismo nace enfrentado con este sistema político-económico de la democracia liberal? Son muchas, si nosotros buscamos entrar en el debate político o filosófico. Sin embargo, el ecologismo tiene un núcleo central de ideas bien intencionadas a mostrar abiertamente, y las cuales quedan bien resaltadas, para versados y no versados, al mostrarnos una visión del mundo muy distintamente a la cual habíamos estado acostumbrados. Pues su núcleo central del ecologismo se resume en el *ecocentrismo*, aunque sin agotarse en ello la totalidad de su manifestación.

Esta política ecocéntrica intenta explícitamente descentrar al ser humano, cuestionar la ciencia mecanicista y sus consecuencias tecnológicas, negarse a creer que el mundo fuera hecho para los seres humanos; y lo hace porque se ve llevada a preguntarse si el proyecto de opulencia material del postindustrialismo dominante es deseable o sustentable. (Dobson, 1997, p. 32).

Lo que nos quiere decir es que la llamada ecología profunda o ecologismo, nos va llevar a cambiar nuestra concepción sobre el mundo. En cuanto se *niega a creer que el mundo fuera hecho solo para los seres humanos*, este simple hecho la convierte en una corriente de pensamiento en contra de todos los valores materialistas, y de toda tradición cultural – netamente antropocéntrica – sobre la cual se ha asentado y desarrollado las actuales sociedades occidentales desde la modernidad. Por eso, Arne Naess (1995) plantea una “igualdad ecológica [que] implica la reinterpretación de la variable 'grado de hacinamiento' en la investigación futura [...] que se considere seriamente el hacinamiento y la pérdida de calidad de vida de los mamíferos en general y no solo de los humanos” (p. 152). Lo que implica dar por muerta a la filosofía antropocéntrica que defiende al hombre como un ser que está sobre todas las cosas en este mundo. Además de ello, el acto mismo del ecologismo de cuestionar a la ciencia moderna es que busca trastocar el pensamiento moderno del individuo, en cuanto éste “plantea su relación con la naturaleza en términos de la oposición sujeto-objeto” (Abugattas, 2005, p. 25). Con este principio econcéntrico de dar valor intrínseco a la naturaleza, la ecología profunda buscaría borrar la línea divisoria entre sujeto-objeto.

Como se sabe dicha división (sujeto-objeto) se dio en la época moderna de nuestra historia, división que permitió transformar el objeto natural a caprichos del hombre; y por eso los ecologistas profundos tienen serias críticas contra ese horizonte cultural que despertó en aquella época. Sostienen que “desde Descartes y su formidable proyecto de dominación, hemos estado señoreando el mundo sin tregua ni descanso [...] la hemos privado de todo misterio al decretarlo manipulable y calculable a voluntad” (Ferry, 1994, p. 122). Para contradecir esa postura de oposición sujeto-objeto, los partidarios de la ecología profunda buscan sustentación de sus puntos de vista recurriendo a la física del siglo XX, y a otras ciencias, como la ecología, para demostrar que en este mundo de la naturaleza nada está dividido, sino que todo está conectado con todo. El mismo Naess (1995) considera a “los organismos como nudos en la red biosférica o campo de relaciones intrínsecas” (p. 151). Con lo cual, – los partidarios de la ecología profunda – llegan a sostener una tesis *Holista* en cuanto que toman “en serio la interconexión sistemática [...] la ecología profunda insiste en que la atención hacia las partes demanda atención hacia el todo” (Belshaw, 2005, p. 284). Dando a entender, metafísicamente, que “la totalidad es superior moralmente a los individuos” (Ferry, 1994, p. 117). Esto, ha conllevado a que la política ecológica de la democracia liberal no tenga una compatibilidad completa con el ecologismo de corte filosófico y político.

Lo que enfrenta al ecologismo con la democracia liberal de hoy en día no es solo la cuestión de vivir en una sociedad netamente *antropocéntrica*, y la necesidad de descentrar al ser humano. Son los principios practicables que se desprenden del ecologismo lo que la lleva a que la ecología profunda se encuentre en la otra orilla de la filosofía medioambientalista demoliberal. Por ejemplo, esta sociedad gobernada por la democracia liberal no puede seguir empecinadamente apuntando a un crecimiento económico-industrial indefinidamente. A este respecto los ecologistas asumen la tesis de que hay límites para el crecimiento económico. Con lo que llega a incomodar a la democracia liberal en su mismo corazón, por ser su motor y sustentación de los demoliberales el crecimiento económico. Pues “la economía juega un papel central en la configuración de las actividades del mundo moderno” (Schumacher,

1983, p. 41), y que sea cuestionada dicha actividad económica no ha sido bien visto por la democracia liberal. Solo basta con observar que uno de sus tres principios (sociedad, economía y medio ambiente) del *desarrollo sostenible* demoliberal es el crecimiento económico. En un trabajo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), fundada en 1961, se sostiene que “el desarrollo sostenible enmarca las posibilidades de progreso: la economía es un vehículo que nos ayuda a lograr la meta general y colectiva de mejorar la calidad de vida en un nivel global” (Strange & Bayley, 2012, p. 39). Progreso que nadie quiere renunciar desde la óptica demoliberal; por el contrario, sí están dispuestos a renunciar dicho progreso los partidarios de la denominada ecología profunda.

Obviamente, aquí los autores demoliberales no hablan de una economía estancada, sino una de pleno progreso (como cataloga uno de los objetivos del desarrollo sostenible tergiversado); bajo el supuesto que se tiene que elevar el poder económico en los sectores pobres porque la pobreza ha venido a ser catalogada como una causa más de la contaminación, en cuanto refiere a deforestación, y otros factores. Olvidando que los problemas de fondo obedecen a las consecuencias de la esfera económica capitalista en sí, que les induce a las personas a creer en un progreso indefinido, lo que les obliga a producir un industrialismo desenfrenado por todo el orbe. A planteamientos como estos es que el ecologismo se opone a la política ambiental demoliberal. Por la cual, la democracia liberal, en los países industrializados, se asusta cuando la ecología profunda,

Desde 1972 [...] advertía que los recursos de la tierra son agotables y perecederos. Esto debería imponer límites a la actividad económica que se incrementó vorazmente a partir de la aceleración de la industrialización, justo después de la segunda guerra mundial (Bustos & Chacón, 2009, p. 5)

No solo el ecologismo lo advertía, sino que el mismo informe del Club de Roma está enfocado en la preocupación mundial sobre el agotamiento de los recursos naturales. De ahí que dicho informe se titule *Los límites del crecimiento*. A raíz de esto, la ecología profunda – en oposición a la tesis de *progreso* de la democracia liberal, y en oposición a la política ambiental demoliberal – apuesta por una sociedad ecocéntrica, de poder descentralizado y limitada en consumo.

Descentralización, en cuanto se debe “fortalecer el autogobierno local, y la autosuficiencia material y mental [...] la mayor autonomía local reduce el consumo de energía, si somos capaces de mantener otros factores constantes” (Naess, 1995, p. 154). Esto es lo que la ecología profunda siempre ha dicho, si hay límites para el crecimiento, implicaría que también hay límites para nuestro acto de consumir; principios practicables que se desprenden de la ecología profunda. Esta postura verde es opuesta a los intereses y aspiraciones de muchos individuos que viven inmersos en una sociedad consumista, donde acumular objetos materiales es su razón de ser de aquellos que se han dejado seducir por el industrialismo, al hacerles ver que carecer de algo es tener necesidad de ellos. Esto conlleva al ecologismo a vivir enfrentado a la política ecológica de la democracia liberal y a todas sus respuestas filosóficas, políticas, del desarrollo sostenible que los Organismos Mundiales vienen planteando ante el problema ecológico de alcance planetario.

Por ello, en una sociedad ecocéntrica, planteada por el ecologismo, será muy diferente a las actuales sociedades, en cuanto va más allá de reducir el consumo. Pues, los ecologistas buscan que una sociedad ecocéntrica debería cambiar el sistema energético por energías limpias y renovables, que las personas viajemos menos, para ahorrar energía. Los críticos del ecologismo han sostenido que para asumir estas posturas ecologistas habría que practicar una cierta dosis de “autoritarismos” y autarquía, casi a nivel planetario, para poder realizar cambios tan profundos que la sociedad de la democracia liberal nunca se imaginó tener que enfrentar.

Este punto, de recurrir a posturas políticas verticales para hacer cambiar nuestra actitud de respeto hacia la naturaleza es lo que se le ha criticado al ecologismo; sin embargo, muchas veces la crítica que se le ha hecho al ecologismo ha venido de personas que han querido tergiversar las principales tesis de la ecología profunda, y solamente para su crítica se han basado en las manifestaciones del partido político verde Earth First!, quienes decían representar al ecologismo ecocéntrico en la era de Reagan (presidente de EE.UU). Pues, “desafortunadamente algunos activistas de Earth First! Hicieron aparentemente comentarios misántropos los cuales son anti-éticos para la

filosofía de la ecología profunda” (Sessions, 1995, p. xiii), comentarios muy alejados de las tesis éticas de la *Deep Ecology* que es el respeto de la vida a todos por igual. De estos comentarios – según Sessions – se colgaron Murray Bookchin, entre otros, para desacreditar a la ecología profunda y, al mismo tiempo, promocionar su Ecología Social (p. xiii). Lo que implica que dichas tergiversaciones han sido malintencionadas con el fin de presentar y fortalecer un medioambientalismo superficial de acuerdo a los intereses de la democracia liberal.

Sin embargo, en problemas como estos de crisis global, y frente a necesidades radicales de orden de existencia, muchos teóricos verdes han llegado a sostener que no habrá necesidad de ponerse verticales para poner orden ante esta crisis, pues las mismas circunstancias obligarán a las personas asumir posturas de cambios de actitud en cuanto a consumir menos, y por ende contaminar menos. Por eso, para no verse como “malos”, y ser creíbles sus planteamientos, es que los verdes buscan dar el primer paso cambiando el sistema energético “por fuentes alternativas de energía, renovables y permanentes, [esto] no sólo conduciría a un parón en el deterioro, sino que propiciaría un tipo de sociedad más descentralizada y autónoma” (Sosa, 1994, p. 84). A lo que la democracia liberal se muestra en contra de esta postura, puesto que le quita el poder centralizado del sistema energético de fuentes no renovables, como lo vienen manejando hoy en día.

Lo polémico es que, si para otros problemas de orden social “la cúpula de la globalización no se encuentra muy interesada en minucias como la pobreza, la explosión demográfica, la inestabilidad social, la mala explotación del mar, del ambiente y de los recursos naturales” (Rojas, p. 122); mucho menos estará dispuesta a soltar de su poder el control de los recursos energéticos. Este hecho de que las ciudades sean más autárquicas al crear sus propias energías renovables, podría llevar a lo que Sosa sostiene “cambiar de energía es cambiar de sociedad” (Ibídem, p. 85). Pero este mismo hecho de cambiar a otra forma de entender la estructura social no acepta la democracia liberal, pues les quita poder a su clase poderosa que pregonar el crecimiento económico ilimitado del

industrialismo. Razón por la cual, el desarrollo sostenible no es compatible a cabalidad con la ecología profunda.

Con estas medidas que planeta la ecología profunda no obliga a sostener que el autoritarismo este en sintonía con el ecologismo a la hora de llevar a la práctica su sociedad ecocéntrica; pues quien entienda así olvida que el ecologismo es emancipador, revolucionario y se sustenta en la interdependencia de los individuos dentro de su especie, y entre especies, sin degradar o ponderar a un ser vivo con otro. Arne Naess (1995a) dice *igualdad biosférica*: “*vive y deja vivir* es un principio ecológico más poderoso que la exclusión *o bien tú o bien yo*” (p. 152); en cuanto todos nos necesitamos, y somos dependientes el uno del otro hasta llegar a formar parte, de una “comunidad biótica” (como lo dijo alguna vez Aldo Leopold); y lo que en palabras resumidas sería que “‘todo está conectado’ es verdad, mientras que ‘todo es uno’ es falso” (Belshaw, 2005, p. 293). De esto se desprende una ética verde de profundo respeto hacia los seres circundantes, sin importar las especificaciones de su especie; la vida es vida sin importar el orden o tamaño de cada ser vivo, reflejándose en el valor intrínseco que le asiste a cada individuo de la red biosférica.

Esta ética de la ecología profunda se enfrenta a la ética moderna que es el soporte de la democracia liberal en cuanto a sus valores morales, ya que los derechos humanos en general se fundamentan en ella. Pues la moral humanista de la época moderna se ha originado entorno a un reduccionismo, en cuanto que “nuestros deberes éticos [están] según el modelo *contractualista* del compromiso con otros individuos, considerados como iguales a nosotros mismos” (Ferry, 1994, p. 113). Más allá de estos límites antropocéntricos pareciera que nuestros deberes morales no pueden extenderse. Lo que se deduce que el *derecho* y la *justicia*, de la democracia liberal, solo es válido para el mundo humano, mas no para los demás animales no-rationales y las plantas en general, ni con los sujetos no sintientes (simplemente el mundo más allá de lo humano son objetos para ser manipulados). Lo que convierte a la ética demoliberal contrapuesta a la ética de la ecología profunda.

Esta moral antropocéntrica conllevó a la democracia liberal – en su industrialización de búsqueda del progreso económico – a inducir al individuo a

manipular a los demás entes como objetos de mercancías, pues al no ser considerados como parte de la comunidad ética del hombre se hacía más fácil trastocar la naturaleza con más vehemencia. Así que dichos objetos había que dominarlos y transformarlos a criterio de las pasiones, bajo la directriz del *método científico*. Lo que llevó a los del ecologismo a sostener una crítica contra este sistema político económico por mostrar una actitud en que sólo los “seres humanos importan en sí mismos, la naturaleza sólo tiene valor instrumental como fuente para promover los intereses de aquellos seres” (Belshaw, 2005, p. 301). Esto hace que la ecología profunda viva enfrentada con la democracia liberal, por la necesidad profunda que en tiempos de contaminación ambiental hay una obligación moral de cambiar o ampliar nuestros horizontes morales, y evitar seguir pensando que la naturaleza solo tiene un valor de uso para el hombre. De ese modo la ecología profunda llega a “poner en tela de juicio la tradición moderna del humanismo jurídico para llegar a la idea de que la naturaleza posee un valor *intrínseco* y que es, en cuanto tal, digna de respeto” (Ferry, 1994, p. 125). Evidenciándose una ruptura total entre la ética del ecologismo frente a la ética moderna de corte antropocéntrica que soporta a la democracia liberal.

Justamente este reconocimiento de valor intrínseco del mundo *natural* es lo que ha hecho más profunda la grieta entre la ecología profunda y la democracia liberal; pues la ecología profunda nos induce a cuidar el mundo *natural* no con fines económicos que podamos extraer de él en el futuro, como piensa la democracia liberal a través de su desarrollo sostenible tergiversado, después del Informe Brundtland, sino, por el simple hecho que la existencia misma de ese mundo *natural* tiene un valor, estemos los humanos en este mundo o no lo estemos, ese mundo siempre tendrá un valor. Por eso, Sessions (1995), al hablar de esta nueva forma de pensar de la ecología profunda, es muy claro al sostener que “los ecosistemas silvestres y las especies sobre la Tierra tienen valor intrínseco y el derecho a existir y prosperar, y son necesarios para la salud ecológica del planeta y en lo primordial del bienestar humano” (p. xxi). Esto conllevó a los ecologistas, a sostener – aparte del valor intrínseco – “la idea de un derecho intrínseco de los seres de la naturaleza [el cual] se opone de forma radical al humanismo jurídico que domina el mundo liberal moderno” (Ferry,

1994, p. 120). Justamente esto redundaba en una durísima crítica contra el accionar de la democracia liberal sobre el medioambiente; en cuanto sus malas acciones hacia el medioambiente generaron esta crisis ecológica.

Por lo que nos vemos obligado a decir, como Sosa (1994), que la ética tradicional entra en cuestionamiento cuando el hombre ha llevado al borde de una crisis a su propio medio (p. 118), y hemos entrado a un estadio de crisis ecológica por tener ese tipo de moral dominadora del mundo natural. Dentro de esa crítica, los ecologistas profundos harían bien en preguntar *¿podrá la democracia liberal solucionar el problema ecológico sin cambiar sus actuales valores éticos-morales hacia el mundo natural?* A la cual, hay que agregar preguntas que deja sueltas Rojas (2003) – citando a Peter J. Pearson – “¿Puede el crecimiento curar los males que él mismo provoca? ¿Es posible compaginar racionalidad económica con racionalidad ecológica?” (p. 53). Estas preguntas se hacen difíciles de responder por los demoliberales, en cuanto ellos quieren solucionar el problema ecológico sin cambiar su actual actitud hacia el medio ambiente.

Más difícil se torna el problema porque a su lucha contra la pobreza ahora se suma la lucha contra la contaminación, y la des-gobernanza de la corrupción que está campeando en los países subdesarrollados, entorpeciendo con dar respuestas acertadas. Si solucionar la pobreza no lo han conseguido durante este tiempo ¿cómo pretenden solucionar ahora dos problemas universales, contaminación y pobreza? Sin embargo, dada las circunstancias adversas, en nuestro planeta, como la extinción progresiva de seres vivos, tanto animales como plantas, junto a la contaminación de ingentes cantidades de agua dulce, es que nos vemos obligados a replantearnos “aquella explicación histórica del origen de la moralidad [entre seres capaces de reciprocidad racional] no nos obliga a fundamentar la ética del siglo XX [solo en la reciprocidad nuestra] y solo en ella” (Sosa, 1994, p. 94). Sino por el contrario plantearnos nuevos valores que nos permitan ser más cultivadores de respeto hacia la naturaleza, primero la vida antes que la valorización económica de las cosas naturales.

Con lo cual queda claro que la ecología profunda es la postura ecológica más visible que se opone enfáticamente a la *política ecológica* de la democracia

liberal, de corte reformista, que está llevando a cabo en los diferentes estados democráticos liberales, que van siendo presionados por las Naciones Unidas y sus programas como el PNUMA (y entro otras). En conclusión, tanto el *ecologismo* (ecología profunda) y el *medioambientalismo* (ecología superficial) apuntan a cuidar el medioambiente, pero el enfoque del cual parten, y el camino a seguir en ese objetivo les convierte en polos totalmente opuestos.

CAPITULO IV

LÍMITES EN LA POLITICA ECOLOGICA DEMOLIBERAL

4.1.- Detección de los límites en la política ecológica demoliberal

La *política ecológica* de la democracia liberal surgió bajo circunstancias de “crisis” ecológica a nivel planetario (inicios de la segunda mitad del siglo XX), y en el momento hegemónico en que los países desarrollados imponían una apertura de mercados sobre países subdesarrollados. Como el sistema político y económico preponderante, a nivel planetario, era (y es) de corte democrático liberal, era obvio que su respuesta a cualquier problema suyo tenía que ser de la misma fundamentación teórico y práctico.

Esto quería decir que buscar solucionar la crisis ecológica iba a ser desde sus actuales valores prácticos de la democracia liberal, pero sin trastocar su paradigma central: crecimiento económico, libre mercado, “libertad” del individuo, y supeditación de la ciencia bajo los lineamientos de la industria por el simple interés político de obtener ganancias. Por lo que su política ecológica se manifiesta como un medioambientalismo reformista, y por qué no decir que se exponga política y económicamente como *desarrollo sostenible*.

Sin embargo, antes de seguir exponiendo más detalles quisiera dejar en claro que el *desarrollo sostenible* tal como lo planteó el Informe Brundtland en 1987 fue tergiversado en Río de 1992, y con más fuerza en Johannesburgo de 2002 – como ya veníamos advirtiendo en las páginas anteriores de esta tesis – y lo tergiversaron porque deseaban los organismos internacionales como ONU - PNUMA, OCDE y otros, seguir desarrollando una economía capitalista de crecimiento ilimitado a expensas de la contaminación. Por ello, estas mismas instituciones no hicieron caso al mismo llamado del Informe Brundtland que en el Capítulo 12, Parte III, sostenía lo siguiente:

Para conseguir el cambio necesario en las actitudes y la reorientación de las políticas e instituciones, la Comisión cree que es urgente una acción complementaria del presente informe. Teniendo esto presente, pedimos a la Asamblea General de las Naciones Unidas que, tras la debida consideración, transforme el presente informe en un Programa de Acción de las Naciones Unidas para el Desarrollo Duradero. Se podrían realizar conferencias complementarias a nivel regional. Dentro de un período adecuado después de la presentación del informe a la Asamblea General, se podría convocar una Conferencia Internacional para examinar el progreso realizado y promover arreglos complementarios que se precisarán con el tiempo para establecer indicadores y mantener el progreso humano conforme a las directrices que sugieren las necesidades humanas y las leyes naturales (Brundtland, 1987, p. 375).

Esto incomodó a los organismos internacionales demoliberales que dicho informe buscara ser *un programa de acción para el mundo*, más aun con el planteamiento que presentaba de encarar tridimensionalmente a la crisis ecológica y transformar el modelo económico imperante del crecimiento ilimitado por uno que empezara por respetar el medioambiente pero sin caer en proteccionismo radical del medioambiente, para luego recién hablar de crecimiento en los Estados atrasados (y cuando habla de *desarrollo* entiende solo a satisfacer las necesidades básicas, y no a satisfacer necesidades que el mercado te hace creer que lo necesitas solo con el fin de seguir alimentando un crecimiento ilimitado en la industria). Por eso el Informe Brundtland (1987) dice que “el desarrollo económico deberá crear oportunidades de trabajo duraderas, en una escala y a un nivel de productividad que permita a las familias pobres tener un mínimo de consumo (p. 73), como se ve, siempre llamando a un mínimo, a satisfacer las necesidades básicas, mas no al consumismo de un modo exponencial según la fe en el crecimiento ilimitado como viene sosteniendo la democracia liberal en el mundo encabezado por los países más industrializados que defienden sus intereses.

Es por ello que los organismos demoliberales mundiales empezaron por tergiversar al desarrollo sostenible de Brundtland en Río de 1992, luego en Río + 20, pues el objetivo central detrás de todo ello es defender el crecimiento económico ilimitado del industrialismo. De razón, se sostiene que:

A pesar de que las instituciones de gobierno suelen comenzar sus informes aceptando el concepto de DS [desarrollo sostenible] del IB [Informe Brundtland], acaban definiendo conceptos que son contradictorios con él y entre sí. Y frecuentemente los utilizan conjuntamente. Todo ello crea una cacofonía barroca de términos que carecen de precisión, pero detrás de ella aparece un propósito central: la defensa del crecimiento ilimitado, aunque sostenible (adjetivo que cada vez se sustituye por el de verde que, como veremos, es más fácil de manipular) (Gómez & Robert, 2014, p. 17).

Esta soterrada defensa del *crecimiento ilimitado*, detrás del distorsionado ropaje del desarrollo sostenible, es una muestra que la política ecológica de la democracia liberal no está cumpliendo con su planteamiento de solucionar la crisis ecológica a nivel mundial, dado que se sigue defendiendo el crecimiento ilimitado a pesar que este mismo accionar ha sido el causante de la contaminación ambiental. Esta aclaración sirva de muestra que nuestra observación crítica es sobre aquel desarrollo sostenible tergiversado que tratan de vendernos como novedad de solución a la crisis ecológica.

En razón de ello, sostenemos que la causante de esa incapacidad de transformar el modelo económico actual, que da pie a seguir contaminando, obedece a que existen límites en la política ecológica demoliberal, siendo el primero de ellos relacionado con el desarrollo de su ciencia que ve al mundo mecánicamente y que lo manipula como tal a obediencia de las necesidades humanas. Este *primer límite* refleja que la política ecológica demoliberal sigue sujeta a la filosofía mecánica que nos hizo ver metódicamente que “el mundo objetivo es otro y nos resulta ajeno [...] en consecuencia, nosotros mismos parecemos haber sido dejados de lado por la ciencia como si fuéramos forasteros que no pertenecemos a este mundo 'objetivo'” (Barrett, 2001, p. 107). Efectivamente, al convertirlo en “objeto” a la naturaleza, como separado de nosotros, conllevó a reducirla a un simple objeto que puede ser transformado, usado y desechado solo en beneficio humano.

Esto desembocó en un reduccionismo en el quehacer científico al dar prioridad a una parte de la investigación, hace un recorte de la naturaleza a estudiar, esto conllevó en los albores de la época moderna a forjar un método científico diseccionador de la naturaleza y que no hemos podido superar hasta el día de hoy. María Novo (2006) – haciendo referencia a las palabras de Toulmin – sostiene que esos cambios se dieron en “el paso de lo local a lo general, o el abandono del interés por lo particular [...] para poner el énfasis en cuestiones de teoría abstracta y universal” (p. 6); evidenciando que con el método científico moderno de una vez por todas se enterró todas esas particularidades al apostar por la universalidad. Basta leer el *Discurso del método* de Descartes para entender su proceso de depuración de casos particulares, cambiantes, para

llegar a un principio abstracto y universal a la cual alcanzaría solo el “hombre”. Esa visión antropocéntrica, y visión mecánica de la naturaleza, ha conllevado a destruir a la naturaleza al objetivarla en extremo, más aun cuando se tiene que satisfacer a un mercado capitalista que reclama más recursos naturales.

Por lo que concordamos en que “la reducción de la ciencia a poder y de la naturaleza a objeto de manipulación han propiciado un tipo de relaciones hombre-naturaleza cuyas desastrosas consecuencias ecológicas estamos padeciendo toda la humanidad” (Bellver, 2014, p. 27). Esta concepción nacida en la modernidad de entender mecánicamente nuestra relación con la naturaleza es lo que nos arrastró a este problema ecológico; concepción que la democracia liberal no quiere romper, sino más bien busca maquillarla con su desarrollo sostenible tergiversado, lo que se traduce en una limitación de la misma a la hora de enfrentarse al problema ecológico mundial. Esto tiene su lógica y sentido en cómo ha sido enfocada la ciencia, como se sostiene que:

el viejo paradigma que nos ha conducido a la explotación incontrolada de la naturaleza [...] es [...] tomar como referencia el *modelo científico dominante en Occidente* [...] y [...] el uso de tales principios [científicos] fuera del ámbito para el que han sido pensados, donde se pretende legitimar, desde el supuesto rigor de 'lo científico' políticas de desarrollo y explotación de los recursos que han llegado hasta nuestros días revestidas de esas supuestas racionalidad que enmascara su carácter dominador (Novo, 2006, p. 4).

He ahí la gran limitación de la política ecológica de la democracia liberal, en cuanto sigue haciendo válido el *uso de principios científicos fuera del ámbito para el que han sido pensados*, y con los que se sigue dándole vida al viejo proyecto moderno de felicidad material para todos bajo la directriz de la idea del progreso que se ampara en la tecno-industria. Se sigue mostrando una actitud económica a la hora de dar soluciones al problema ecológico, reflejándose en que si ya no nos abastecemos con la agricultura en tierra, cambiemos a la hidroponía, pues el crecimiento no puede detenerse; que nos falta el agua dulce, entonces que la científicos investiguen la manera de desalinizar las aguas marinas; que la ingeniería ambiental se encargue de restaurar dichas áreas verdes afectadas, pero con repoblamiento de árboles servibles para fines industriales del papel, pues cualquier árbol no se puede sembrar, o si se los acepta es a regaña dientes y a baja escala. Sencillamente la política ecológica demoliberal sigue sujeto a la

valorización económica de la naturaleza, con el apoyo de su filosofía mecanicista.

Esto lleva a extremos molestos como el normar algunas actividades, tal es el caso que los ecólogos hagan sus investigaciones lo que puede financiar los gobiernos y/o instituciones privadas, pero sin salirse de lo que las leyes les prohíban, o atente contra sus intereses, tal fuera el caso oponerse a un proyecto de inversión minera que atente contra el medioambiente sino más bien lo que se buscaría es adecuarlo dicho proyecto para no frenar el crecimiento. Frente a eso, un poco molesto, Arne Naess (1995) sostiene que “una ética de la responsabilidad implica que los ecólogos no sirvan al movimiento de la ecología superficial [medioambientalismo], sino al de la ecología profunda [ecologismo]” (p. 153). Pero la democracia liberal no puede aceptar investigaciones que merme con cuestionamientos a su *desarrollo sostenible*; y esa es su peor limitación, el seguir pensando que sin cambiar su concepción mecanicista, y de progreso, pueda detener el problema ecológico.

Por lo que siempre estará presente esa añeja visión en que la ciencia y su método puede salvarnos, como lo fue al inicio de la época moderna en que la ciencia liberó al hombre de concepciones de cadenas mágicas, divinas, y justamente aquella ciencia encumbró al individuo llevándole a un antropocentrismo radical. Esa ciencia moderna hizo ver al hombre que su destino corría por sus propias manos, y no estaba sujeto a divinidad alguna. Esto ha hecho creer a la democracia liberal que esta misma ciencia, liberadora en su inicio, pueda salvarnos de esta reacción de la naturaleza manifestada en la crisis ecológica, al pretender reconstruir el orden natural por medios técnicos. Olvidando que este mismo desarrollo científico y tecnológico mal encaminado ha convertido al individuo en un ser no tan libre sino en un prisionero de sus propias acciones mal planificadas.

Esta concepción mecánica del mundo, que bajo su sombra aun camina la ciencia y tecnología actual que desarrollamos, pareciera que nos está poniendo límites a nuestra existencia, en cuanto ha puesto en riesgo a todos nosotros en

un planeta que es contaminado permanentemente por la tecno-industria. Suficiente con ver la isla de plástico de 1,6 millones de km², en el Océano Pacífico entre Hawai y California, para hacernos una idea de las consecuencias nefastas del tipo de relación de vida que estamos llevando con la naturaleza. Frente a dicha colosal contaminación nos vemos en la obligación de interrogarnos si la política ecológica demoliberal, encaminada desde la ONU, está funcionando o no, al parecer no hay respuesta positiva para esto frente a los hechos alarmantes de extinción de especies, calentamiento global, y contaminación ambiental en lo que se observó durante el 2019.

Lo que acabamos de decir no debe de llevarnos a caer en el pesimismo de negar totalmente nuestros logros en el campo de la ciencia; lo que se busca es dar un giro en esta visión de ciencia que tenemos al no ser usada para otros fines que no sea para mejorarnos como personas y las condiciones de posibilidades de vida en los que va el siglo XXI. Lo que está fallando somos nosotros mismos en nuestro modo de comprender y comportar, que la ciencia más se haya usado sometida a nuestras pasiones en vez de llevarla a la razón crítica, e integradora con otras áreas de conocimientos, es lo que está haciendo ver ciertas limitaciones en la ciencia y tecnología misma por comportarse muy mecánicamente frente al “mundo”. Desde esta óptica de una ciencia sometida, transmutada en un científicismo dogmático, como lo viene manifestando la democracia liberal bajo la tesis de *desarrollo sostenible*, se hace difícil dar solución integradora a la crisis ecológica.

Esta concepción mecánica está llevando a paradojas y divergencias a la hora de estudiar los efectos de la contaminación con la ayuda de la tecnología, el resultado es que se está afectando a otras especies de seres vivos. No se mide implicancias negativas en la naturaleza viva, como sostiene Sessions (1995) en su prefacio las *paradojas e inconsistencias en la presente política ecológica*, como la de enviar ondas de sonido a miles de metros de profundidad en el océano para estudiar el *calentamiento global*, pero a la vez, esta práctica pone en peligro a los mamíferos marinos; la paradoja se traduce en que se hace daño a otra especie del medio ambiente para estudiar otro problema ambiental

(p. xvi). El otro caso, dentro de estas inconsistencias está el de las personas, inmersas en este sistema, quienes tienen una visión simplemente de sentido común; desean detener la contaminación asumiendo costes extras lo cual los lleva a pensar “[que se necesita] un ritmo de crecimiento económico más rápido para estar en condiciones de afrontarlo” (Schumacher, 1983, p. 17). Olvidando que a más crecimiento más contaminación. Por eso, para recibir aplausos ahora prefieren hablar de economía verde con el fin de buscar seguir fortaleciendo el crecimiento ilimitado. Estas paradojas son el resultado del tipo de paradigma moderno dentro del cual la democracia liberal se sustenta.

Lo que implica que seguir teniendo fe en esta ciencia y tecnología, dominada por nuestras pasiones e intereses económicos, para encarar el problema ecológico como es limpieza de áreas naturales de desechos contaminantes, o reciclamiento indefinido de los desechos industriales, sería caer en un error de incomprensión y calculo frente a un problema que obedece netamente a un factor humano. Pero, cuando hablamos del factor humano hay que ser claros en esto, ya que

No es la especie humana en términos genéricos la que creó el problema ambiental, sino un particular grupos de nosotros, que [...] desarrolló una forma particular de relacionarse con el resto de sus congéneres y con el medio físico, y será esa forma particular de relación la que creó la crisis ambiental global poniendo en riesgo a todos (Estenssoro, 2014, p. 23)

Cuando hablamos de un *pequeño grupo* con ello hacemos referencia a la élite pequeña que tiene el control político y económico de la industria en el mundo. Pues fue un grupo pequeño el que nos llevó a entender el mundo y la vida como la estamos entendiendo desde esta concepción mecánica; y es este mismo grupo pequeño que ahora políticamente pretenden superar industrialmente las consecuencias que ha producido y produce el industrialismo ¿esto no parece ser paradójico? Pues refleja limitaciones en cuanto recurrir al mismo “método” por el que se contaminó y ahora con el mismo proceso se piensa dar solución a la crisis ecológica sin poner en cuestionamiento a ese pilar ideológico principal de su “paradigma” que es el *crecimiento económico desmedido*.

Lo que acabamos de decir tiene relación con el mismo hecho de hacer tecnología, tanto por caprichos económicos como por la fe en que el artilugio tecnológico reconstruirá la naturaleza. Olvidan que la producción de entes tecnológicos siempre tiene sus consecuencias negativas en el planeta, llevándonos al laberinto de crear otros entes tecnológicos para solucionar esas primeras consecuencias que producimos. Como aludiendo a esto, dice Bauman (2009) “este es, probablemente, el único problema «suscitado por los avances tecnológicos» que son verdaderamente «irresolubles»: no hay salida del sistema cerrado” (p. 213), y así no podremos nunca salirse de este enredo solo por no dar otro sentido a la actual forma de vida, menos despilfarro, menos consumo, practicando más autarquía y dejando atrás la competencia material.

Seguiremos inmerso en esta crisis ecológica mientras sigamos usando la ciencia y su método sometida a nuestras pasiones, y mientras se siga considerando a la naturaleza como ese objeto pasivo que no puede reaccionar sobre nosotros al ser diseccionada en partes como a un motor mecánico, fiel al estilo de la concepción cartesiana. Siguiendo esos lineamientos, es no poder entender, que todo proceso industrial que implique desarrollo tecnológico – medido por las pasiones – siempre tendrá un impacto negativo sobre los ecosistemas naturales. No aceptar esto, es seguir creyendo que el desarrollo tecnológico e industrial llevado a cabo con cuidado nos salvará del problema ecológico, y esto es engañarnos. Lo que implica, que la *política ecológica* de la democracia liberal llevada a cabo bajo este paradigma moderno debería ser revisada a fondo sin caer en unilateralismos de corte partidario e intereses económicos; y de no hacerlo, solo muestra uno de sus peores límites en su pretensión de querer solucionar la crisis ecológica con las mismas herramientas que han contaminado y con el mismo enfoque del seguir creciendo ilimitadamente.

El segundo límite de la política ecológica demoliberal lo abordamos desde la óptica de las prácticas culturales en la cual nos desenvolvemos. El marco cultural de cada tiempo ha influido en el quehacer práctico de los hombres, muchas veces se le concibe a ese marco como un “paradigma”; como sostiene

Morin (2005) que “la oposición naturaleza/cultura ha tomado la forma de un paradigma, es decir, de modelo conceptual que dirige todo su pensamiento” (p. 21), y casi toda la modernidad ha estado guiada por esa dualidad a la hora de pensar en la naturaleza. Por lo que hablar de marco cultural nos lleva a resaltar el quehacer práctico del hombre, en este caso sobre el cómo es su relación con la naturaleza, y bajo qué ideas primigenias las adoptaron del marco cultural que son con las que se desenvuelve a diario, llegando asumirlas y reproducirlas como válidas en el desarrollo de su vida. Ese marco cultural de la democracia liberal vendría a ser la “filosofía” de su época, en este caso la filosofía mecánica y antropocéntrica. Por lo que nos preguntamos:

¿Qué es lo que hizo que el desarrollo de la física, de las matemáticas, y de las ciencias experimentales que se apoyan en sí mismas, suscitara un entusiasmo tal que condujera a la negación de todo lo que no era objeto de aquello? A nuestro entender, la razón fundamental no está en la ciencia ni en su método sino en la filosofía. (Bellver, 2014, p. 28).

Lo citado nos quiere dar luces de que la ciencia moderna se desarrolló en un paradigma dominador de la naturaleza, influenciada por la filosofía cartesiana que jugó un papel importantísimo en desmitificar y mostrar como manipulable a la naturaleza de acuerdo a criterios humanos. En esto la ciencia despojada de todo misticismo jugó un papel colosal, que enfocada en la industria terminó enrumbando el crecimiento económico en la formación capitalista de los estados modernos.

Esto no se hubiese logrado si en la modernidad de occidente no se concebía la idea de individuo, junto al papel de la filosofía cartesiana que ayudó a reforzar el antropocentrismo europeo. Por tanto, esta ciencia moderna le prestó herramientas suficientes para que ese individuo desplegara toda su creatividad imaginaria de manipulación sobre esa naturaleza desmitificada por la filosofía cartesiana. La ciencia y tecnología afianzó esa “individualidad” más de lo que pudo haber sido sin ella, dando como resultado este orden civilizatorio en el cual nos realizamos cada día aun con aquella misma idea primigenia de individuo.

Mecanicismo que aun todavía sigue alimentando nuestro pensar, por lo que aún seguimos en la actualidad siendo tan mecánicos que aceptamos como válida seguir haciendo comparaciones metafóricas a lo cartesiano, ya que desde la

aparición de la computadora la ciencia sigue usando expresiones como “inteligencia”, “memoria” o “lenguaje” para describir computadoras; este mal entendido es de porqué la tecnología de la computadora moderna “ha perpetuado e incluso reforzado la imagen cartesiana de los seres humanos como maquinas” (Capra, 1995, p. 22). Razones suficientes para entender que todas nuestras prácticas ético-morales han estado regidas por ese paradigma moderno de ver y entender el mundo mecánicamente, por ese marco cultural (mecánico-antropocéntrico) de dominar todo lo que pueda el individuo someter a sus pasiones, siendo el único límite otro individuo de la especie humana.

Como era de esperarse, en un mundo donde se ve todo mecánicamente, en el siglo XX, esta ciencia y tecnología llegó a la cúspide negativa de perder sus fines y se le dio un mal manejo político y económico, al poner al servicio la investigación de la ciencia para la producción de armas que iban a ser usadas contra nuestra misma especie. Esto quizá obedezca a que el mismo quehacer científico de los primeros pensadores solo buscaron en la ciencia el *cómo* funciona tal cosa, desechando – como inservible – la pregunta fundamental de los fines del *para qué*.

Esta es una de las razones de porqué la *política ecológica* de la democracia liberal muestra sus limitaciones en cuanto a dar respuestas integrales al problema ecológico, porque para ser efectiva justamente tendría que despojarse de este marco cultural moderno, en su principio dominador, manipulador, bajo la bifurcación sujeto-objeto de la naturaleza. También se debería abandonar el concepto moderno de individuo que tiene un arraigo profundamente antropocéntrico. Lo que implicaría dar otro sentido a estos dos aspectos (el marco cultural moderno y el concepto de individuo) para que así conlleve al “individuo” asumir otra actitud moral hacia la naturaleza, y su ciencia no se desvanezca en sus caprichos personales. Sino que obligue a este “individuo” a pensarse no como autosuficiente, sino como un carente de todo, y conectado con todo.

Por tanto, de continuar así, la democracia liberal está condenada a que todo su quehacer científico, político y económico, todo su programa ecológico del *desarrollo sostenible*, y todo su comportar ético y moral, que realiza dentro

de este marco cultural moderno, seguirá reproduciendo problemas semejantes a lo que estamos pasando, acarreando consecuencias nefastas para nuestro medioambiente, y para nuestro desarrollo civilizatorio. Pues la vana creencia en la *idea del progreso*, reproducida universalmente como válida para todo el mundo, conllevó a la democracia liberal a querer tecnificar todas las áreas del conocimiento, todas las realizaciones de la vida cotidiana, creyendo erróneamente que con un buen *método apropiado de técnica* solucionarían nuestros problemas de la vida, incluida la crisis ecológica, como se refleja en toda la producción literaria lo siguiente:

[...] Abrigamos una secreta fascinación por la técnica misma. El mercado editorial está inundado de todo tipo de manuales sobre “cómo hacer”. Recurrimos a libros para aprender a hacer el amor, y en consecuencia, el sexo se llega a considerar principalmente como una técnica [...] adorar la técnica es más infantil que adorar las máquinas. Basta con encontrar el método apropiado, el procedimiento preciso, e inevitablemente se solucionarán todos los problemas de la vida (Barrett, 2001, p. 21)

Toda esa crítica de Barrett contra la tecnificación de la vida refleja la manifestación de fe que se tiene en el progreso, como muy bien Bury lo explicaba en su libro *La Idea del Progreso*, una fe que – a nuestro entender – tiene como respaldo al desarrollo tecnológico de corte industrial. Y que el marco cultural ha llevado a las personas amar a la técnica, y a creer ciegamente en que la técnica nos puede salvar, y bajo esa premisa la democracia liberal construye su política ecológica. Sin embargo, aquella opulencia de los países del primer mundo, erigida sobre ese método tecnista y cientificista al servicio del mercado, ya generó un problema ecológico planetario, antes que se lograra ese disfrute material en todos los individuos del planeta, y de seguir empeñados por ese camino es agigantar el problema, en aras de un caprichoso bienestar pasajero, envenenando los elementos fundamentales para la existencia de las generaciones futuras.

Debido a ese marco cultural de naturaleza antropocéntrica y mecanicista es que el Informe Brundtland de 1987 – donde tomó vida el concepto de *desarrollo sostenible* en un sentido aceptable – fue desechado de las mesas mundiales sobre medioambiente. Dado que en el capítulo 12 del mismo informe se pide a la Asamblea de Naciones Unidas que dicho informe se convierta en un programa de acción para frenar la crisis ecológica; pero la Asamblea de

Naciones Unidas no la aceptó. Esta negativa trajo su consecuencia, la tergiversación del *desarrollo sostenible* por todos los organismos internacionales adscritos a la ONU. Llegando con esto a confundir el progreso humano con la temática del *desarrollo sostenible*. Esto obedece a que el marco cultural, desde el cual enfocan el problema ecológico, sigue siendo la moderna concepción antropocéntrica, en cuanto sigue dando pie al crecimiento económico bajo la expansión de capitales, con la ayuda de la ciencia y tecnología enfocada a crear industria. Y por ello, desde que empezó a confundirse crecimiento económico con desarrollo sostenible ya no existió vuelta atrás, todo lo que se predique después de esto bajo el argumento de desarrollo sostenible no es más que una defensa de la industria que busca en teñirse de verde.

Estas limitaciones de la política ecológica – que estamos explicando – llegan a ser límites como tal en cuanto recaen dentro de un marco cultural moderno de valorar la naturaleza desde el punto de vista netamente económico, y una ética antropocéntrica que valora solo a lo que recae dentro de la categoría de personas. Esto sería una de las razones de porqué la ambigüedad misma del desarrollo sostenible arrastra a la política ecológica de la democracia liberal a tener límites en la práctica, y a la larga en su fundamento. Algunos han querido ver que dichos límites de la política ecológica obedecen a que el desarrollo sostenible “se explica porque no se trata de un concepto científico, sino que, de un concepto político, producto de más de 16 años de intensas y conflictivas negociaciones, iniciadas en 1971 en Founex” (Estenssoro, 2014, p. 182). Lo que convierte en polémico al concepto es porque sintetiza las contradicciones entre los movimientos verdes y el poder económico demoliberal. Por lo tanto, las relaciones éticas y morales que seguirá reproduciendo la política ecológica demoliberal serán relaciones netamente de valorización económica hacia la naturaleza según el marco cultural que la sustenta. En razón de ello, ahora se habla de economía verde, crecimiento verde, para hacer referencia a una economía de crecimiento ilimitado de la democracia liberal; pero le han puesto el adjetivo verde al crecimiento ilimitado con la finalidad de desvirtuar las buenas intenciones del desarrollo sostenible de 1987, y es justamente esta capa verde la que no nos deja avanzar en solucionar la crisis ecológica.

El tercer límite de la política ecológica demoliberal, lo encontramos en la parte espiritual de la naturaleza innata del ser humano. Desde que el hombre fue consciente de su existencia como individuo que formaba parte de un clan, y que se diferenciaba de las demás especies, éste siempre buscó con todas las formas de ingenio por “artificializar” su medio. No podemos negar que nuestro “carácter artificializador de la cultura humana es un rasgo innato y no puede ser arbitrariamente cambiado. Esto significa que toda pretensión de alcanzar una armonía efectiva con la naturaleza debe ser abandonada” (Abugattas, 2005a, p. 53). Como subraya nuestro extinto filósofo sanmarquino, nosotros tenemos un impulso por artificializar nuestro medio, esto sería la razón principal que hace difícil – no imposible – de enfrentar al problema ecológico mundial, dado que la *política ecológica* de la democracia liberal es sustentada con esta espiritualidad de seguir artificializando nuestro medio bajo el lema de que la tecnología puede salvarnos. Por eso, el *desarrollo sostenible* de 1987 se ha tergiversado para convertirlo más que en una crítica en una defensa del industrialismo de hoy, solo lima sus asperezas de la industria que pueda lastimar escandalosamente al medioambiente, pero si el daño es menor, entonces sigamos aplaudiendo el crecimiento económico bajo la protección de la capa verde.

Esta limitación de la *política ecológica* que nace en nuestra naturaleza y cultura artificializadora de transformar nuestro medio conlleva a que se tendría que encontrar ciertos mecanismos en los cuales el ser humano entretenga su ingenio artificializador sin dañar a la naturaleza. Buscar otros fines donde dirigir esa fuerza artificializadora, de lo contrario la *política ecológica* de la democracia liberal deja de ser un proyecto efectivo para solucionar en su totalidad al problema ecológico, en cuanto no puede luchar contra la naturaleza misma del ser humano, contra nuestra cultura artificializadora. A no ser que ese ingenio artificializador del hombre sea volcado a realizar el cuidado del medioambiente, dejando el fin destructor para pasar al estado constructor, lo que implica un duro trabajo educacional con base filosófica. Dado que nuestra cultura artificializadora no se detiene, solo cambia de objeto sobre el cual artificializar. Esto obliga a mirar más allá de la propuesta demoliberal de enfocar el problema solo desde la perspectiva económica. Y nos lleva a sostener que cuando un “paradigma” tiene

muchas fallas, no puede corregirse así mismo sin ser trastocado en la mayoría de los elementos que le componen el cuerpo de ideas de dicho “paradigma”; por eso, Bellver (2014), citando a Toulmin, sostiene que “el caso es que la crisis ecológica ha sido el contraexperimento que ha falsado la hipótesis del cientificismo. Esto nos lleva a reiniciar la búsqueda de un nuevo paradigma que ocupe el lugar del anterior” (p.47).

A nuestro entender este nuevo paradigma, que busca Bellver, sería el ecológico que disuelve método, sujeto y objeto en una intercomunicación de sus elementos como tal. Con lo que reafirmaríamos que el “paradigma” moderno no puede corregirse así mismo, en su totalidad, sin llegar a un punto crítico de convertirse en insostenible, y dar pie a un nuevo “paradigma” – como sostiene Bellver – que dé respuestas más sólidas y creíbles a este problema ecológico. De lo contrario estamos condenados a seguir construyendo soluciones que empeoran el problema, al buscar refugio en la artificialización irracional que aviva el crecimiento económico ilimitado.

Solo basta ver que en la época primitiva la vulnerabilidad del hombre estaba en las amenazas imprevistas que la naturaleza le imponía a cada paso, por la sencilla razón que el hombre aun no controlaba con el método tecnista a su medio natural que le rodeaba; es decir, el hombre todavía no tenía las categorías de vida moderna. Por el contrario, a inicios del siglo XXI la vulnerabilidad del hombre llega como consecuencia del excesivo control sobre su medio natural en el cual habita, y no de la naturaleza como lo fue en un inicio primigenio. Es decir, la artificialización de nuestro medio nos está poniendo problemas, más aún para el hombre del siglo XXI se le está por cerrar un camino que fue iniciado por la excesiva confianza en la ciencia mecánica, ciencia que poco a poco fue sometida a nuestras pasiones enfocada al dominio de la naturaleza. Sin embargo, a pesar de esta gravedad evidente de degradación ambiental y contaminación, quieren mostrarnos que esta ciencia mecánica será nuestra salvadora.

Una vez más, hay que recalcar que nuestra artificialización ha creado así – alguna vez sostuvo Gasset en su ensayo *La meditación de la técnica* – una segunda naturaleza tecnológica o maquinista entre nosotros y la naturaleza. De ahí la necesidad de cambiar cualitativamente el sentido del “paradigma”

moderno, y del concepto de individuo moderno, para que la *política ecológica* de la democracia liberal pueda encarar integralmente el problema ecológico. De no ser así, la lucha sería vana y eso demostraría una de sus peores limitaciones de la *política ecológica* demoliberal; pues luchar contra nuestra naturaleza artificializadora es como luchar a atarse las manos. En ese sentido la democracia liberal tendrá que buscar mecanismos más completos que un simple *desarrollo sostenible* de corte político y económico, sino buscar enfocar esa naturaleza artificializadora hacia otro objetivo que no sea dañar nuestro medio más allá de su recuperación; y el primer paso para ello es entender que estamos en el punto crítico rumbo a contraer una nueva concepción del mundo, que obliga volver a entender a la vida ligada a la naturaleza formando un todo.

4.2.- Consecuencia de los límites de la Política Ecológica demoliberal

Se mostró que la política ecológica de la democracia liberal tiene límites en sus tres aspectos antes mencionados. En cuanto a la concepción mecanicista moderna que produjo una ciencia y tecnología de corte industrial; en las practicas que rigen la concepción de una ética y moral del individuo de respeto solo con sus semejantes, pero en su relación con la naturaleza estrictamente manipulador y diseccionador de la naturaleza; y en la espiritualidad del individuo como un ser de rasgo innato que busca artificializar su medio de acuerdo a su marco cultural de cada época. Estos tres límites detectados y explicados anteriormente, nos dan a entender que la política ecológica de la democracia liberal, a través de su *desarrollo sostenible*, no da una solución totalizadora al problema ecológico globalizado.

Cuando hablamos de que la política ecológica de la democracia liberal no presta solución integral al problema ecológico, lo decimos en referencia a la totalidad de su proyecto ecológico desplegado bajo la política de *desarrollo sostenible*, a través de sus instituciones internacionales; reflejado en sus incumplimientos de sus objetivos trazados por ellos mismos, y si es que logran algunos de sus objetivos siempre será en partes aisladas en el mundo. La sustentación de ello está en los límites de la política ecológica, estos hacen difícil que se cumplan las reformas ambientales de la democracia liberal. Predicar una política verde, una economía verde, un crecimiento verde, a modo de tergiversación del desarrollo sostenible, solo desemboca en un fracaso de sus propios acuerdos. Esto se demuestra en la existente incertidumbre dentro de los mismos actores de la ONU, en cuanto si van a cumplir o no su agenda 2030 que implica tres pilares: *atender a la pobreza, sustentabilidad ambiental y justicia social*. Kevin Rudd (2016), en aquel entonces presidente de la Comisión Independiente sobre el Multilateralismo, se preguntaba “¿cómo se debe hacer el financiamiento para volver a los Objetivos de Desarrollo Sostenible una realidad? ¿Quién dentro del sistema multilateral se hará responsable de su implementación?” (p. 51), y se interrogaba con sustento de causa, dado que, si bien la agenda 2030 es un estatuto para todos, él veía que la ONU no proponía

un mecanismo de implementación para financiar el seguimiento y cumplimiento de dichos objetivos a nivel mundial. Eso refleja, una vez más, la débil estructuración de la política ecológica demoliberal.

Esa debilidad, lleva a serias contradicciones dado que la tarea de dicha implementación, según la ONU, deja que sea tarea de cada estado demoliberal. Sin embargo, todos los estados demoliberales no están fortalecidos económicamente para enfrentar gastos en temas medioambientales. Por tanto, los objetivos del desarrollo sostenible seguirán tambaleando en los países pobres, y por ende seguirá la contaminación, y seguirá reflejándose lo pobre que es la política ecológica de la democracia liberal por el simple hecho de pensar que desde el mercado se puede enfrentar a la crisis ecológica. Esto obedece a razones de fondo.

A pesar que de los avisos de la comunidad científica, la civilización industrial se muestra incapaz de transformarse [...] la causa de fondo es su paradigma: las visiones y creencias dominantes en la civilización industrial [...] que determinan una visión del sentido de la vida y de la relación de la especie humana con el resto de las especies. (Gómez & Roberto, 2014, p. 12)

Este *paradigma moderno*, que desde un inicio pusimos de relieve en esta tesis, está conllevando a generar retrocesos y limitantes en la política ecológica demoliberal, mostrando que el mismo sistema político económico de la democracia liberal está diseñado solo para dar soluciones parciales, y no a nivel macro. Estas contradicciones de soluciones generales, en principio, pero que consiguen solo resultados locales, hacen que la democracia liberal no logre solucionar la crisis ecológica. Errores que se paga por no aceptar que el problema ecológico es una consecuencia del proyecto moderno, proyecto que aún sigue siendo defendido por las economías de los países desarrollados. Mucha razón tiene Escobar (1995) que – citando a Norgaard – llega a la misma conclusión que nosotros, al decirnos que “esta articulación de ecología y economía está encaminada a crear la impresión de que solo se necesitan pequeños ajustes en el sistema de mercados para inaugurar una época de desarrollo ecológicamente respetuoso” (pp. 11-12). Justamente esto es lo que el *desarrollo sostenible* tergiversado esconde bajo su ropaje, y que los límites detectados y expuestos por nosotros saca a relucir esas limitaciones que la política ecológica demoliberal tenía escondido, lo que lleva a pensar que dar una

solución completa a la crisis ecológica con planteamientos superficiales solo prolongará la crisis ecológica.

Razones suficientes para entender que aquel proyecto político moderno tal como fue concebido en la modernidad, ya no tiene la fuerza espiritual de seguir transformando el mundo a imagen de los individuos, sino por el contrario sus propias fuerzas desplegadas sobre este mundo están repercutiendo sobre dicho proyecto, y está frenándolo y restándole fuerzas por doquier. Como consecuencia de su visión unilateralista de *crecimiento* que ha universalizado la democracia liberal.

El proyecto político-social que ha sustentado hasta ahora a la modernidad, como la ciencia y la tecnología que le han servido de instrumentos resultan ya totalmente inapropiados e insuficientes. Adolecen de eso que los hegelianos y marxistas llaman unilateralidad. (Abugattas, 2005a, p. 54).

Esa unilateralidad de entender al mundo mecánicamente, recae en la élite gobernante que todavía no llega a despojarse de la *idea de progreso*, de los valores éticos y morales modernos que solo respeta lo que cae dentro de la esfera humana. Y sobre todo no reconocen que ya existen nuevos elementos en nuestra cultura que reclaman ser sistematizados en una nueva concepción del mundo, una nueva “metafísica” como lo reclama Schummacher, en su libro *Lo pequeño es hermoso*, o simplemente una nueva forma de comportar (sin caer en una metafísica seca y abstracta) que irradie las principales directrices para una nueva forma de vivir en los siglos venideros, empezando por el siglo XXI. Es decir, despojarse de la idea de progreso, y de muchos valores modernos no implica que nuestra existencia quede *in vacuo*, pues por el contrario nuestra existencia reclama ciertos códigos de conducta social para la convivencia, que nuestra generación se verá obligada a cultivar valores “verdes” de respeto hacia la naturaleza.

De tal modo, los límites de la política ecológica demoliberal, que no permiten solucionar la crisis ecológica, obedecen a que esta política ecológica, materializada en un *desarrollo sostenible* tergiversado y retocado en cada cumbre medioambiental a medida del mercado, no es otra cosa que la *idea de progreso sostenible o capitalismo sostenible (por seguir teniendo fe en el crecimiento económico ilimitado)*, con lo cual niega a sí misma sus buenas

intenciones de la democracia liberal. A ese mismo respecto, Pilar Aznar¹⁰ nos dice que “la Idea de Progreso basada en el crecimiento económico sigue vigente en la práctica y el discurso político” (Murga-Menoyo, 2015, p. 424). Y concordamos con la opinión de Pilar Aznar, en que el discurso es netamente de progreso, y eso mismo imposibilita que el deterioro ecológico se frene cuando un discurso aviva el crecimiento ilimitado y desmedido de las personas, y por otro lado llama a la no contaminación, cuando sabemos que todo crecimiento material por ende deja rastros colosales de basura por todo el orbe. El doble discurso político y moral está haciendo mucho daño al esfuerzo de solución a la crisis ecológica.

No solamente Pilar Aznar tiene sus reparos al desarrollo sostenible tergiversado, a pesar que es un intento del sistema demoliberal por querer solucionar la crisis ecológica, sino que otros autores también coinciden. Tal es el caso reflejado en el artículo *¿es posible un capitalismo sostenible?* Donde – el autor – inicia criticando la ambigüedad misma del término *capitalismo sostenible*, y del *desarrollo sostenible*, pues para el autor (que maneja una postura eco-socialista), no puede darse una armonía entre crecimiento de capital en expansión con equilibrio ecológico, a menos que cambiemos la forma de entender a la economía actual, ya que “desde un punto de vista económico, el capitalismo sostenible debe ser necesariamente un capitalismo en expansión, y como tal debe ser representado” (O’Connor, 2000, p. 9). Con la visión de O’Connor, que no está alejada con la mía, sostengo que seguir apostando por un capital en expansión hace que la política ecológica demoliberal, tal como se presenta, sea insostenible. Y para eso está nuestra exposición, para prestar atención a los límites que hemos detectado en la política ecológica de la democracia liberal que nos ayude a meditar sobre otras alternativas más allá del mero formalismo tecnócrata.

¹⁰ Cita tomada de una charla que se dio entre dos educadoras españolas sobre el *desarrollo sostenible*: María Novo y Pilar Aznar. Ambas eruditas y reconocidas a nivel mundial en sus investigaciones sobre el *desarrollo sostenible*. Esta charla fue publicada en forma de dialogo, donde se resalta que ambas si bien defienden el desarrollo sostenible también muestran sus diferencias entre ellas respecto al mismo tema.

Esto evidencia que la democracia liberal en el mundo aún sigue enrumbándose por un progreso indefinido a nivel teórico y práctico, a pesar que en los hechos se revelan muchos elementos que niegan dicha euforia optimista del crecimiento económico ilimitado, haciendo imposible a este sistema político-económico en dar felicidad material a todo el mundo como lo ha logrado, en cierta medida, en un puñado de países desarrollados. Como se sostiene a continuación que:

El inmenso desarrollo de la calidad de vida dentro de los países ricos no se ha logrado sino con base en la explotación de los recursos de los países pobres y de la subordinación de sus culturas. Por esta razón los problemas ambientales de unos y otros son interdependientes (Ángel, 2003, p. 33).

Explotación que se ha dado a través de la industria tecnológica, incrementando los capitales, y que ha uniformizado a las diferentes culturas que han quedado sumidas a la nueva directriz del dominio industrial. A diferencia de la revolución agrícola, en la época sedentaria, que sí se universalizó, no ha sido el caso de la industrialización. Lo único que se ha *globalizado* es la expectativa de alcanzar un confort material como gozan, en los países ricos, algunos grupos de personas. Un ejemplo es que “los resultados económicos y sociales [...] que la economía capitalista, en 250 años, ha sido favorable para pocos países (20 más o menos) y desfavorable para el resto (180 aproximadamente)” (Aznarán, 2003, p. 31). 250 años de historia capitalista, en sus diferentes manifestaciones, solo ha mostrado en la práctica la existencia de las mismas categorías de vida material de siempre: estados ricos, estados pobres, y estados emergentes que tratan de surgir a toda costa, no importa si es agravando el problema ecológico, pues lo que se trata es de alcanzar una industrialización que de bienestar material a las personas a semejanza de las sociedades opulentas. Justamente eso vende el *desarrollo sostenible tergiversado*, en que puedes salir de tu atraso económico industrializándote en equilibrio con la naturaleza. Pero, esto niega las posibilidades de éxitos que el desarrollo sostenible frene el deterioro ambiental.

Esto nos muestra que lo que busca fortalecer la democracia liberal mediante su política ecológica es una economía liberal globalizada, como ya se dijo reiteradas veces, como resultado de la tecnología industrial y otros factores, inspirada en el proyecto moderno. Este crecimiento económico lleva a la política

ecológica demoliberal, a que se tope con una serie de problemas, y que cuestionan al mismo *desarrollo sostenible*, a pesar que sus defensores se excusan diciendo que las instituciones económicas han tergiversado al concepto, de las buenas intenciones de lo que encierra en sí el *desarrollo sostenible*, al hablar de “crecimiento sostenible”¹¹. Defensa muy superficial de poner la culpa en otros factores y actores. Lo que sí está claro – y que no desean reconocer los demoliberales – es que la *política ecológica* de la democracia liberal, enfocada bajo los principios y valores modernos, hace inestable su papel de ser la protagonista de encarar el problema ecológico, e incluso llegando a un estado de fracasos y retrocesos que son producto de sus límites explicados en esta tesis.

Como ejemplo - ya mencionado el caso de EE.UU – es que las mismas potencias económicas, que postulan por un *desarrollo sostenible*, se revelan reacias ante los acuerdos de las cumbres ambientales, llegando muchas veces a criticar sus propios acuerdos, y a abandonar dichas cumbres internacionales del medio ambiente. Solo recordar de cómo Bush hijo consideraba como muerto al Protocolo de Kioto*, un protocolo que solo tenía una firma de Al Gore (vicepresidente de Clinton en aquel entonces), pero esta firma fue invalidada “en 1997 (el mismo año) por una votación unánime en contra (95 a 0) en el senado de Washington” (Sartori & Mazzoleni, 2003, p. 31). E incluso muy recientemente, con el ascenso al poder de Donald Trump en Estados Unidos de Norte América (EE.UU), éste eliminó muchos acuerdos ambientales de su país, y fue más lejos aún al retirarse de los Acuerdos de París¹² sobre Cambio Climático, a mediados del 2017. El acuerdo de París incluye: Mantener la temperatura global por debajo de los 2°C; limitar los gases de efecto invernadero para no sobrepasar la capacidad del medio ambiente que no pueda absorber; revisar la contribución de cada país a reducir la emisión de dichos gases cada cinco años; que los países ricos ayuden a los pobres bajo un *financiamiento climático* para que puedan

¹¹ Esta observación la hace María Novo, en el artículo que ya citamos de María A. Murga-Menoyo: 2009, p. 413

* El Protocolo de Kioto, firmado en Japón en 1997, tenía como meta reducir los niveles de contaminación atmosférica.

¹² El Acuerdo de París, se aprobó el 12 de diciembre de 2015 y recién entrará en vigencia el 1 de enero de 2020. En la práctica el nuevo acuerdo reemplazará al Protocolo de Kioto que se adoptó en 1997.

adoptar nuevas tecnologías de energías renovables. Todos esos acuerdos, Donald Trump los tiró a la basura.

Lo que se mencionó, es importante resaltarlo aquí porque sencillamente EE.EE. es el primer país en el mundo en poder económico, y un comportar de esa naturaleza llevaría a contagiar a otros países de rango menor de la democracia liberal a comportarse de la misma manera. Con lo cual queda reflejado que la democracia liberal, como sistema político económico, está perdiendo la fuerza espiritual de poder corregirse y reinventarse para poder dar solución al problema ecológico que generó este mismo sistema político económico demoliberal. Su propio marco legal medioambiental es demasiado débil para atrapar al poder del capital mal encaminado que está destruyéndolo todo. Pero no es solo cosas de legalidad, sino que es nuestra cultura occidental la que nos lleva a destruir la naturaleza más allá de su capacidad regenerativa, haciendo casi imposible plasmar una efectiva política ecológica desde la misma naturaleza cultural que hoy la practicamos.

Como resultado de ese discurso ambivalente es que los avances son poquísimos, “avances en algunos indicadores ambientales en los países más desarrollados [...] lo peor, es el avance en la desigualdad social” (Foladori, 2006, p. 17). Creo que dentro de un contexto capitalista que vorazmente busca el incremento del capital sin límites, se hace difícil plasmar una política ecológica como nos viene vendiendo los organismos internacionales de la democracia liberal. Solo basta mirar a EE.UU., que ya mencionamos, y también a China¹³ y a la India con el uso de carbón mineral como energía, llegando a emitir millones de toneladas de CO₂ en nuestra atmosfera, y todo por la competencia de ser más industriales, conseguir más ganancias, más confort, y ser reconocidos como potencias. Pues “predicamos el desarrollo; pero olvidamos que, a más desarrollo, más contaminación [...] mientras sigamos sin admitir que un mayor desarrollo tiene que neutralizarse con una menor población” (Sartori & Mazzoleni, 2003, p.

¹³ Aunque últimamente el trabajo que ha venido realizando China para disminuir el uso de carbón ya es considerable, sin embargo la presencia de su uso como energía aún sigue siendo un alto índice en dicho país asiático.

30). Discurso que nos está matando, que predicamos no contaminar, pero aplaudimos el crecimiento económico.

Si no aprendemos a ponernos límites a nosotros mismos frente a la nefasta inclinación de solo manipular la naturaleza con fines de suplir necesidades inventadas por nuestra sociedad del mercado, y además sin poner atención a la explosión demográfica, estamos condenados al fracaso. Justamente, esto es lo que pone en tela de juicio a toda la *política ecológica* de la democracia liberal, en cuanto a la práctica está llevando un doble discurso en todos sus frentes, en especial el político y económico, y la estrategia para apaciguar la crítica es el *desarrollo sostenible*. Por un lado, se lucha contra la contaminación, y por otro se aviva la industrialización globalizada en busca del crecimiento económico (pues nadie quiere detenerse, y el discurso de la democracia liberal está plagado del lema *tenemos que crecer*). Pero esto obedece a que dichos propagadores de la idea del crecimiento ilimitado es que siguen atrapados dentro del paradigma moderno que aspira a conquistar todos los deseos mediante el desarrollo de su ciencia mecánica con intereses industriales desmedidos.

Quisiera agregar una explicación – tal vez sea una de las razones de nuestra miopía frente a la crisis ecológica –, aunque estas razones se manifiesten de un modo subterráneo, y que solo se clarifiquen en nuestras prácticas cotidianas de la vida, es digno de mencionarlo aquí. Me refiero a elementos de carácter etológico e instintivo, que en nuestra existencia como seres vivos llegamos a desarrollar estrategias simplemente por el solo hecho de la necesidad de existir, y al parecer nosotros los humanos no hemos desarrollado todavía una que tenga que prever las consecuencias de nuestros actos como grupo. Saber reconocer a tiempo los peligros evidentes es lo que nos ha hecho sobrevivir hasta el día de hoy como especie, pero lo que se reclama es que no aprendimos a reconocer peligros invisibles, lentos y silenciosos como la contaminación mundial.

Un ejemplo de ese instinto a evitar el peligro pareciera que es más claro cuando se da aisladamente en un individuo, y más aún cuando ese peligro viene del exterior, cercano, y *evidente*. Mas no es el caso cuando el peligro viene como consecuencia de nuestras propias acciones culturales que hemos compartido

como especie, en dicho caso sufrimos de *ceguera*; pues, nuestra “incapacidad de reconocer intuitivamente la relación que existe entre nuestras acciones y sus consecuencias es la que acaba intensificando los problemas de los que tanto nos quejamos [...] padecemos una especie de ceguera cultural compartida” (Goleman, 2009, p. 41). Esta *incapacidad de reconocer intuitivamente la relación que existe entre nuestras acciones y sus consecuencias* es otra de las razones que daña a la *política ecológica* de la democracia liberal a nivel mundial, pues a la contaminación ambiental macro se lo está tomando como un mero problema de tercera que aún se sigue dudando si nos puede afectar en el futuro.

Como consecuencia de nuestra ambivalencia y ceguera, hemos llegado a un punto en que existen más desacuerdos que acuerdos sobre el problema ecológico, sencillamente porque nuestro instinto no reconoce peligros invisibles de magnitud macro, silencioso y por etapas. Peligros que no entran al umbral de nuestra preocupación. En razón de ello se logra acuerdos internacionales demasiado débiles, que no se les cumple porque la mayoría de nosotros aún estamos absorbidos por los valores modernos encarnados en la idea de progreso; ni qué decir de nuestra élite gobernante que vive espoloneada por los intereses económicos, bajo los principios de hacer riqueza sin importar los medios o los grados de contaminación que podamos generar en dicha competencia.

Un ejemplo claro de esa ceguera cultural, y juego de interés económico, fue el caso chino. Donde se puso en tela de juicio todas las investigaciones que abordaban el problema ecológico, llegando a catalogar a la crisis ecológica como una arremetida del imperialismo por evitar que países atrasados lleguen a industrializarse. Esta idea aún impera en algunos círculos de la élite gobernante de países en vía de desarrollo, y por eso desoyen las alarmas de la crisis ambiental en la que ha entrado todo nuestro planeta. Otro ejemplo claro de esta poca prestancia de atención a la crisis ecológica se vio en las reuniones previas a la Conferencia de Estocolmo de 1972, donde los países subdesarrollados del Sur veían en el discurso de los países desarrollados del Norte una postura anti-desarrollista y neo-malthusiano (Estenssoro, 2014, p. 111).

El tener más desacuerdos sobre un problema tan grave, quizá obedece, a esa *ceguera cultural compartida* – de la que nos habla Goleman –; pues pareciera que cuando el problema es sistemático y abarcador en todo el horizonte de nuestra existencia se hace difícil poder extraerse de dicho “sistema” y ver el problema desde afuera. Pues,

El desastre del petróleo que contamina las islas Galápagos nos impresiona; el desastre del planeta Tierra, no. Nos impresionan las cosas (pequeñas) que podemos ver concretamente en imágenes; pero sin cosas visibles y para cosas demasiado grandes [...] los ojos de la mente se entornan y el pensar en serio se sustituye por el pensar alegre. (Sartori & Mazzoleni, 2003, p. 27)

Lo que significa que no estamos adaptados instintivamente para detectar peligros gigantescos, pues nuestro cerebro detecta peligros específicos, como ya dijimos líneas arriba, mas no lentos e invisibles como la contaminación atmosférica; allí nuestro cerebro “resulta inadecuado para advertir aquellos otros procedentes del frente ecológico [...] los peligros que se presentan de manera gradual o que lo hacen a un nivel microscópico o global” (Goleman, 2009, p. 43). Es decir, la miopía nuestra, que posibilitaría nuestra autodestrucción, está en que muchos problemas ecológicos solamente se llegan a saber a través de los estudios científicos, generando así solo una reacción momentánea, y por ello mismo no se lo toma mucha importancia porque dichos peligros no lo percibimos – en primera instancia y de golpe, sino que el proceso es lento – a través de la sensibilidad de nuestros sentidos en la vida cotidiana.

Esta ceguera nuestra es un elemento más que obstaculiza a la política ecológica de la democracia liberal. Aunque esta miopía se puede corregir con una educación férrea de concientización del problema ambiental, sin embargo, pareciera que de esta misma miopía se está aprovechando la democracia liberal para seguir manipulándonos a seguir aceptando su tesis principal del retocado *desarrollo sostenible*, enfocada desde la óptica del capital económico en expansión, y así dando fe en que el *progreso* no debe detenerse. Mostrando con ello que la política ecológica está destinada a no cumplir con la totalidad de sus objetivos establecidos en su agenda 2030 de la ONU.

4.3.- Cambios que la democracia liberal podría tomar en cuenta para superar los límites de su política ecológica

Después de haber expuesto las limitaciones de la democracia liberal en cuanto refiere a su política ecológica, y que por las mismas limitaciones fehacientes conlleva a no solucionar el problema ambiental en el mundo de un modo integral, tal como sus metas de la ONU son planteadas para el 2030. Me he visto en la necesidad de escribir sobre algunos cambios que la democracia liberal podría tomar en cuenta dentro de su política ecológica.

Decimos aquello en razón que no compartimos cambios radicales que busquen llevarnos a una convivencia de antaño, en busca de un retorno a la comunidad primitiva, pre-tecnológica. La solución no está negando todo lo creado por esta civilización, y empezando de nuevo todo, pues ya existe una estructura creada de conocimiento materializado, de ciencia y tecnología, dentro de nuestra cultura, y que no puede ser tirada al vertedero así por así. Sabido es que nada se empieza desde cero en lo que refiere al ser humano, siempre habrá un punto selectivo que retomar del pasado para poder reafirmar el futuro. Solo falta dar otro sentido a dicho conocimiento materializado que se ha logrado hasta el día de hoy.

En tal sentido, no estamos de acuerdo, en su totalidad, con tesis misántropas que ven a los humanos como plaga destructora sobre la Tierra, según la política de partidos verdes como *Earth First*, que buscan derrumbar toda la simiente que la modernidad, y postmodernidad, ha construido hasta aquí. Por el contrario, compartimos con la *ecología profunda* algunas tesis – aunque no todas – como la de ver que el mundo civilizado actual no va destruirse si su construcción cultural deja de ser netamente antropocéntrica, lo que implica repensar nuestra relación biótica con la naturaleza dentro de la cual nos circunscribimos como seres vivos formando parte de un todo natural.

El hecho de no compartir todas las tesis de la *ecología profunda*, que algunas veces han sido llevadas a extremos por un sector, como la de un biocentrismo radical o la apelación de ciertas restricciones en la convivencia social, no implica que estemos a favor, en su totalidad, con lo que la *democracia*

liberal trata de llevar a cabo con su *política ecológica* desde el paradigma moderno, sin apelar a buscar cambios en su relación del hombre con la naturaleza. Sobre todo, sin reconocer críticamente que la actual crisis ecológica es producto de este sistema de vida imperante que la modernidad nos condujo hasta aquí bajo la directriz del crecimiento económico.

Ante lo cual, podemos sostener tres cosas básicas que la *democracia liberal* de hoy, inscrita dentro de una modernidad tardía, podría tomar en cuenta para renovar su programa ambiental como tal. Uno de ellos sería volver a reconocer las limitaciones del hombre ante el mundo que lo rodea; dos, ampliar los valores morales hacia otros seres vivos y/o no vivos, lo que implica dejar de valorar económicamente y antropocéntricamente al mundo que nos rodea; tres, la actividad científica debería de retomar la pregunta perdida en los albores de la modernidad del ¿por qué? Y ¿para qué? Preguntas que connotan carga moral a la hora de producir tecnología.

Con respecto al primer punto, podría decirse que el hombre desde la antigüedad siempre vio sus limitaciones frente a la naturaleza, y respeto que guardaba hacia ella. Polo Santillán (2006) – siguiendo la clasificación de los modelos de cómo se entendía a la naturaleza a través de la historia según Léo Pessini: *modelo sagrado, modelo teleológico y el modelo de poder y elasticidad* – sostiene que esta primera forma de ver a la naturaleza con respeto es el *modelo sagrado*, donde las antiguas culturas divinizaron y vieron como animados algunos elementos de la naturaleza (p. 30). Andando en el tiempo sería lo que se vivió en la Antigua Grecia, que ya estaría dentro del *modelo teleológico*, donde solo se hacía ciencia en una forma especulativa, mas no se buscaba manipular la naturaleza, lo sagrado. Lo que no implica que, en casos aislados, e individuales, sí se practicara a manipular y controlar la naturaleza mas no era una concepción generalizada como modo de vida en dicha sociedad. Estas limitaciones frente al mundo, se fueron acentuando de una manera más fuerte con el advenimiento del cristianismo y su interpretación occidental que se hizo de ella con los presupuestos básicos de la filosofía platónica y aristotélica. Como ocurrió durante la edad media.

Pero no debemos dejar de lado un asunto relevante, en que toda la religiosidad europea no estuvo adormecida por tener dentro de su pensamiento rezagos del platonismo y aristotelismo, una caso atípico pero muy esclarecedora es lo que se dio entorno a los monjes benedictinos, “que no solo conservaron un importante caudal del patrimonio cultural de la humanidad, sino que fueron decididos impulsores del desarrollo tecnológico [...] el reloj mecánico, molinos de agua y de viento, aparatos para la forja de metales” (Doig, 2000, p.17).

Siguiendo esa pequeña línea de los benedictinos, es que se quebró las limitaciones del ser humano ante la naturaleza con más fuerza en el Renacimiento, y más aun con la Revolución Industrial en la segunda mitad del siglo XVIII. Aunque algunos rastrean que ese quiebre ya era desde mucho antes, ya se veía a inicios del segundo milenio, pues autores como Mumford y Colon (1992) dicen que “la sociedad europea occidental vio los albores del maquinismo desde el comienzo del segundo milenio de nuestra era” (p. 72). Ellos refieren en cuanto a las condiciones sociales y orientaciones ideológicas que permitieron ese quiebre reflejado posteriormente en el renacimiento.

Para sostener esa tesis – de Mumford y Colon – se puede decir que ya en el siglo XIII el proto-científico inglés Roger Bacon (1214-1294) “fantaseaba con espléndidas máquinas hasta entonces inimaginables” (Ihde, 2004, p. 15). Sin embargo, eso no es suficiente para sostener que el quiebre se dio en el siglo XIII, la cumbre más elevada de ese quiebre seguirá siendo en el Renacimiento, viéndose con más fuerza en la Ilustración, al salir a relucir aquel antropocentrismo que dejó atrás a un teocentrismo medieval. He ahí las palabras de Kant ¡*SAPERE AUDE!* Sentenciando de que te valgas de tu propio entendimiento.

Aclarando que en el renacimiento aun dicho antropocentrismo era débil, debido a que todavía el individuo como tal no sentía ese poder de libertad, o dominio, correr por sus manos; todavía era un antropocentrismo que se le reconocía, mas no se lo practicaba con desmesura como lo será en los siglos siguientes a nivel de toda la sociedad. Ya con la llegada de la Revolución Francesa y la Revolución Industrial, la perfección de las armas, el poder económico, y la irrupción del liberalismo, sujetadas al *método científico*, volcó al

hombre a mirarse a sí mismo como poderoso. Fue el momento en que el hombre se sintió con pleno derecho, y con las herramientas necesarias, de poder transformar la naturaleza a gran escala. Como se esperaba – dada la filosofía de su época –, eso fue alabado, y tomado como bueno toda manipulación y transformación desmedida del orden natural.

No obstante, este espectáculo de dominador pareciera que se está apagando, y empieza a aflorar nuevamente las limitaciones del ser humano. Es ahí lo que planteamos que el hombre debe volver a reconocer sus limitaciones ante su objeto manipulado, la naturaleza. Volver aceptar que somos limitados frente al mundo, es convencerse que la tecnología misma es incapaz de llevarnos a dominar a toda la naturaleza indefinidamente. Por lo cual, volver a reconocerse como seres limitados quizá sería el logro más grande del hombre pos-moderno en lo que va del último siglo.

Este volver a reconocer nuestra limitación estaría muy emparentada a la limitación propuesta por Jacques Ellul (1983) de una “ética del no poder – la raíz del problema –, es evidentemente que los seres humanos acepten no hacer todo lo que son capaces. O no habrá más [...] leyes divinas más que oponer, desde afuera a la técnica” (Mitcham, 1989, p. 81). Estas limitaciones llevarían a poner freno a la *técnica compleja* o tecnología, pero lamentablemente estamos en una ética del poder, pedir esto por el simple albedrío es demasiado. Pero este volver a ser limitados frente a la naturaleza, no te invita a mostrar una postura conformista o pesimista, ni a mistificar la naturaleza de nuevo, sino al contrario nos mostraría la cordura de seres racionales que buscan en su madurez seguir viviendo en un planeta que ya ha sido desestabilizado por el capricho de *poder* y *querer* manipular todo lo que nos rodea. A raíz de la cual siempre se ha dicho que la competencia es saludable cuando no implica autodestrucción, sino superación en todos los niveles del ser humano, tanto en el bienestar de su salud física y cultural, en su integridad moral, su integridad social, y en su relación biótica con su medio natural. Habría que agregar a esta ética del *no poder* la ética de la *responsabilidad* como plantea Hans Jonas (1995):

La ética de la responsabilidad, que hoy, tras varios siglos de euforia posbaconiana, prometeica (en la que también el marxismo tiene su origen), ha de poner freno al

desbocado impulso hacia adelante. Dado que de otro modo sería la propia naturaleza la que lo hiciera poco más tarde y de una manera terriblemente más dura (p. 354)

Una responsabilidad que no se vea como una obligación moral por fuerzas coercitivas que nosotros vayamos a crear desde el marco político, no. Sino que esta responsabilidad se muestre como un deber nuestro, que el mismo conocimiento de la gravedad de los hechos nos lleve a cuidar nuestro medio, como dice Jonas. Es como si el respeto perdido hacia la naturaleza volviéramos a recuperarlo con justificación de causa. Agrega – el mismo autor – que “el temor se convertirá, pues, en el primer deber, en el deber preliminar de una ética de responsabilidad histórica [...] [pues dentro de su lógica] evitar el miedo donde corresponde tenerlo sería angustia” (Jonas, 1995, p. 358). Este miedo no es al vacío que llama a la inacción, sino un miedo que llamaría a recuperar el respeto a la naturaleza y que ese deseo de querer *recuperar* se convierta en acción. Entonces, el volver a reconocerse como seres limitados, no sería un estancamiento sino un actuar a salvaguardar lo que todavía nos queda, y salvaguardar nuestro medio conlleva a eliminar esos miedos de autodestruirse.

El segundo punto, obedecería a que las soluciones al problema ecológico no necesariamente tienen que ser homogenizadas para todos por igual. Resulta que cada comunidad, o región, dentro del planeta vive bajo diferencias culturales, y diferencias económicas. Querer plantear la solución del problema ecológico hacia una forma totalizadora y/o homogeneizadora, sería caer dentro del mismo juego demoliberal que atenta contra la pluralidad cultural. Ello no quiere decir que no existan pautas concordantes en cuanto a acciones que se deben de tomar en cuenta como personas vivientes de un solo mundo. Lo subrayamos en el sentido que no podemos decir, a todos por igual, baja tu consumo excesivo, cuando en realidad en los países pobres se están muriendo de hambre, eso aplicaría a países ricos. Lo más importante aquí es dar *otro sentido diferente de valoración al mundo que nos rodea*, salirse de ese reduccionismo científico moderno de querer homogeneizar hacia un único conocimiento, y en cuanto que solo es conocimiento lo que recae dentro del método científico occidental, olvidando las pluralidades y modos de vida de ancestrales culturas. Por ejemplo,

de tradiciones culturales que muchas veces dentro de su espacio han sabido convivir en armonía con una naturaleza adversa.

Para evitar homogeneizar a todas las culturas mecánicamente bajo el yugo de la visión occidental, nos inspiramos en un punto básico de la ecología profunda en que favorece “la diversidad de modos de vida humana, de culturas, de ocupaciones, de economías [...] y se oponen al aniquilamiento de focas y ballenas, tanto como el de tribus o culturas humanas” (Naess, 1995, p. 152). Esto no implica que debemos eliminar el método científico, sino más bien saber reconocer dentro de qué modalidades de la realidad circundante se puede aplicar ciertos estudios científicos, una investigación libre, evitando una investigación que esté supeditada solamente a lo que da frutos económicos de un solo tipo de sociedades. Lo que se tiene que buscar es las diferencias culturales, respeto hacia ellas, y el respeto a otras organizaciones de vida, eso debería marcar la pauta en este enfrentamiento contra la contaminación ambiental. Esto implica que la economía demoliberal debe remodelarse, no por caprichos, esta vez será por necesidad de sobrevivencia; apuntar a entender que hay otras particularidades de *desarrollo*¹⁴ *social*, y *desarrollo económico*. Por ende, otras formas de plantear el desarrollo sostenible, apuntando a no enfrentar la crisis ecológica solo desde la valoración económica demoliberal.

Por lo cual, no es posible hablar de una auténtica política ecológica, como lo plantea la democracia liberal, si “los países industrializados, sin querer disminuir sus propios niveles de consumo, aconsejan prudentemente a los países pobres que limiten sus aspiraciones, de acuerdo con los límites señalados por la crisis ambiental” (Ángel, 2003, p. 190). Esto suena paradójico y absurdo las contradicciones en el discurso político y ecológico de los países industrializados. Para no caer en estos enredos deberíamos, de una vez por todas, cambiar nuestra forma de valorar el mundo, es decir, des-aprehenderse

¹⁴ Dejar en claro, que a lo largo de la tesis se ha venido usando el término de *crecimiento económico* cuando hacemos referencia al discurso demoliberal, más no el de *desarrollo económico*. Pues los defensores del desarrollo sostenible tratan de diferenciar dicho concepto crecimiento/ desarrollo. María Novo dice: “seguimos tropezando con instituciones que hablan de “crecimiento sostenible”, una expresión contradictoria, pues, en estos momentos, lo esencial de la sostenibilidad es justamente parar la lógica del crecimiento indefinido”. Cfr. Murga-Menoyo, 2015, p.413. Al parecer le dan una connotación más integradora al concepto de *desarrollo*, más superior, que el concepto *crecimiento*.

del crecimiento netamente económico de corte capitalista, y voltear a mirarse a uno mismo, volver a entender las particularidades de desarrollo y pluralidades de conocimiento sobre la vida. Planteando que el único camino para salirse de este problema es la educación con una nueva visión en nuestra relación con la naturaleza, pero saliéndose del esquema demoliberal que peca de reduccionismo económico y científico.

Esto implica dejar de ser antropocéntricos en nuestra valoración del mundo, y para ello “requiere no solo cuestionar los fundamentos que lo permiten, sino cambiar o ampliar nuestros marcos interpretativos” (Polo, 2009. P. 126). Esto lleva a que ampliemos nuestros valores morales hacia otros seres vivos, dentro del cual entendernos que todos somos parte de esa red biosférica que mencionaba Naess, y que todos nos necesitamos a todos por el mismo hecho de ser seres interdependientes los unos de los otros. Por tanto, esta ampliación de nuestros valores morales con otros seres vivos sería el reflejo más sincero de que se ha logrado conseguir una nueva valoración del mundo, lejos de la valoración netamente económica que realiza hoy en día la democracia liberal.

El tercer punto, es un volverse por las mismas huellas del avance de la ciencia misma para rescatar preguntas dejadas de lado en la pre-modernidad, y aplicarlas dentro del quehacer científico mismo. Dado que la matematización de la naturaleza culminada con Newton obedeció a responder solo una pregunta fundamental el *¿cómo?* Explicar cómo funciona un aspecto de la naturaleza, en este caso newtoniano fue la gravedad. Mas Newton mismo no pudo responder por qué es que funciona la gravedad así, o por qué la naturaleza se manifiesta de tal forma. Ligada a estas preguntas se dejó una pregunta de fundamental importancia dentro del quehacer científico el *¿para qué?*, y con más fuerza recae – esta última pregunta – sobre el diseño y desarrollo de la tecnología.

Esta pregunta del *para qué*, de carácter moral que implica a otros, nos trae a memoria el mito de Pasifae donde el artista o creador, que en nuestro tiempo sería el investigador de ciencia aplicada o más exacto el tecnólogo, no puede aceptar realizar cualquier trabajo a capricho de quien lo pida, o les financie su trabajo, sin hacer preguntas del *para qué* lo necesita quien hace dicho pedido. Pues previamente al *hacer*, anteponer el *para qué*, debería evaluarse las

implicancias del trabajo técnico, e intelectual, a realizar sobre el mundo. De no hacerlo caemos en el mismo error de implicancia del Mito de Pasifae como aquí lo exponemos a continuación:

Minos se había casado con Pasifae, hija de Helio y la ninfa Creta [...] pero Poseidón, para vengarse de la afrenta que le había hecho Minos, hizo que Pasifae se enamorase del toro blanco que se había librado del sacrificio. [Pasifae] confió su pasión no natural a Dédalo, el famoso artífice ateniense que vivía desterrado en Cnosos deleitando a Minos y su familia [en la corte] con las muñecas de madera animadas que tallaba para ellos. Dédalo prometió ayudarla y construyó una vaca de madera hueca que cubrió con un cuero de vaca [donde Pasifae entraría] [...] y la llevó a la pradera de las cercanías de Cortina donde el toro de Poseidón pacía bajo las encinas entre las vacas de Minos. [Dédalo, después de enseñar a Pasifae de cómo entrar a la vaca de madera se retiró] El toro blanco no tardó en acercarse y montar a la vaca, de modo que Pasifae vio satisfecho su deseo y a su tiempo dio a luz al Minotauro, monstruo con cabeza de toro y cuerpo humano [monstruo que pedía vidas humanas para apaciguar su furia]¹⁵ (Graves, 1985, p. 332).

Este mito refleja muy bien lo que hoy estamos atravesando, que muchas veces los científicos solamente llevan adelante toda su intuición investigadora en el desarrollo científico soslayando preguntas de relevancia sobre dicho conocimiento nuevo ¿en qué será utilizado? ¿Cuál es el beneficio para los demás actores de la comunidad que no participan de la construcción de dicho artilugio tecnológico? No hacen evaluaciones de los pro y contra de su producción, pues están cegados por lo inmediato y por la ganancia económica que puedan recibir, lo que les convierte casi en unos *Dédalos*, o hijos de Dédalo,

¹⁵ La interpretación que aquí doy sobre el mito de Pasifae, es una actualización particular de relacionar su interpretación con lo que está acaeciendo en nuestro mundo circundante de hoy en día, donde cada día lo artificial nos va sumiendo a su propio mundo, a su propia lógica de actividad. Mi uso del mito aquí es solo por una cuestión metodológica de hacer más entendible las implicancias que pueden generar el resultado de un quehacer científico y técnico que no se pregunta por el *para qué* de la finalidad de sus trabajos, pues viven absorbidos por el cómo crear un *ente* frente a la necesidad inmediata; es decir, lo inmediato vence a lo mediato, a lo pensado y meditado. No es descabellado esta interpretación mía, quizá haya interpretaciones similares a la mía en este aspecto, pero debo confesar que no he tenido la oportunidad de haber tenido a la mano alguna de ellas, salvo el libro de Doig *El desafío de la tecnología. Más allá de Ícaro y Dédalo*. Aunque su reflexión de Doig está afectada con su religiosidad católica, lo que no ayuda mucho a clarificar esta relación del tecnólogo con el mito de Ícaro, o de Pasifae. Debo decir que la relación de este mito de Pasifae con la técnica-científica en general y sus implicancias del artista (tecnólogo) que actúa sin preguntar por las consecuencias, es riquísima para la reflexión. Lo que me dio pie a que llevara a relacionar este mito con el quehacer de la técnica científica y sus implicancias; y bien, este punto podría ser tema de algún otro ensayo particular, o alguna tesis de más profundidad dedicada solo a este mito y su relación con la técnica científica de corte industrial en el presente. Sin embargo, interpretaciones más alejadas que la mía sobre este mito de Pasifae existen muchas – quizá obedeciendo al tiempo en que es leída y actualizado –, como el de ver aquí representada el casamiento del Sol y la Luna, donde el rey y la reina vestían máscara de toro, el primero, y cuernos de vaca la reina; muchas de estas son interpretaciones de escritores latinos que trataban de ver qué representaba esos mitos (con respecto a estas últimas interpretaciones revisar el libro: *Los mitos griegos I* de Robert Graves).

llegando así a producir un monstruo tal como el Minotauro. Por qué no decir, que nuestro Minotauro, o nuestro monstruo, de aquella magnitud destructora de vidas se llama *crecimiento industrial de la tecnología para producir cosas en exceso*, y una de sus furias silenciosas de dicho monstruo del exceso industrial es el problema de la crisis ambiental (junto a la pobreza) como resultado.

En el error colosal que está cayendo la democracia liberal es que busca salirse de este laberinto haciendo más artificial su medio. En vez de construir el laberinto para nuestro “Minotauro”, nosotros estamos construyendo nuestro propio laberinto con la artificialización, como resultado de la creencia moderna en que toda la naturaleza se puede reconstruir, remodelar, y acondicionar, a capricho del sujeto.

Esto nos lleva a reflexionar – usando como hilo conductor – la segunda parte del mito de Ícaro y Dédalo, en que ambos son encerrados en su propio laberinto que para escapar de ello se fabrican alas de cera donde pegan plumas y logrando así poder volar. Lamentablemente, Ícaro, el hijo, no obedeciendo a su padre se elevó más de la cuenta y sus alas se derritieron con el sol, precipitándose a la tierra. Tanto en Dédalo, su padre, como en Ícaro, el hijo, existe una ambigüedad frente a la creación y uso de la tecnología, en cuanto ésta puede ser usada para bien o para mal. Por eso, un aspecto del mito dice que:

Dédalo ofrece medios técnicos sin ninguna pregunta por sus implicancias éticas, por la dimensión ontológica o por la dignidad del ser humano. El mito no plantea si acaso los fines de Dédalo se ajustan al bien o a la verdad, simplemente se ve cómo busca que sus medios técnicos funcionen y “resuelvan” – aunque fuera de momento – los problemas que se le presenten (Doig, 2000, p. 7).

Esto muestra que en la figura de Dédalo encarna esa despreocupación por la implicancia de los entes fabricados sobre los demás seres, los valores éticos del respeto por los demás no se mide en este actuar del fabricar entes para satisfacer caprichos de terceros. Solo está enceguecido por lo que le lleva hacia adelante, viendo las formas de cómo conseguir éxito en la construcción de lo que se ha propuesto para una solución del momento. Dejando de lado preguntas del para qué. Preguntas de las particularidades, que en el renacimiento ya se vio eliminadas las particularidades al darle peso a lo universal como forma válida de

la ciencia. Allí está las razones de porqué se impuso el método científico, gracias al gran legado de Descartes, de su esfuerzo por querer reunir la ciencia bajo un solo método, y haciendo ver que ese método era el único que nos conducía a la verdad. Eliminando de un solo plumazo a todas las particularidades, que en cierto modo también acarreaba en eliminar otras tradiciones de sabiduría que no encajaban dentro de dicho método.

Por lo tanto, en estos tiempos, la educación debe de estar encaminada no solo a soslayar ese problema de la ciencia mecánica, de reducir a un solo método científico el estudio de todas las cosas de la naturaleza, sino hay que atender – también – a las particularidades culturales que encierran otros saberes. Y a la vez rescatar aquella interrogante del *para qué* de las cosas técnicas a la hora de producirlas, buscarle sentido a la tecnología más allá del beneficio propio, sino analizar sus implicancias con otros seres sintientes de nuestra comunidad biótica.

Como diría Vernadsky¹⁶ (1997) que “si el hombre comprende todo esto y no usa su cerebro y su trabajo para autodestruirse, se abre delante de él un inmenso futuro en la historia geológica de la biosfera” (p. 215). Y este mismo peligro de auto destruirse con la crisis ecológica, que ya avizoraba Vernadsky, obliga a retomar dicha pregunta del *¿para qué?*, que sin estas interrogantes le quedaría muy poca esperanza a nuestra civilización. Como ya se decía que estamos a punto de cubrir el océano pacífico con materiales de plásticos desechables que cada año se ha ido tirando a la basura. Es hora de entender a los problemas macro, y es hora también de entendernos no como individuos, sino como un todo. En suma, en palabras de Foladori (2006), “es hora de repensar todo el discurso sobre sostenibilidad y ambientalismo” (p. 17), para que de esa forma poder buscar otras alternativas más completas que frene nuestro

¹⁶ Vladimir I. Vernadsky, de nacionalidad rusa, en su libro *La Biosfera* (1929), deja planteado una visión planetaria de la vida, viendo a nuestro planeta como un ente unitario, adelantándose a la visión de muchas organizaciones ecológicas que hoy en día plantean una visión unitaria y universal a la hora de proteger la tierra. Como también, hay que dejar en claro que se “anticipa a la visión global de la biosfera como una entidad funcional unificada, con las propiedades y capacidades sintéticas que ahora se propugnan y compendian bajo la indicada imagen de Gaia, en una forma divulgada principalmente por J. E. Lovelock (1982)”; con lo cual se adelantó en muchas décadas a Lovelock. Cfr. con la introducción de Ramón Margalef, realizada al mismo libro *La Biosfera* (1997, p. 11)

consumo, nuestra contaminación del medioambiente, pero que sea por iniciativa propia mas no por imposición de algún marco legal desde las instituciones demoliberales. Y para ello se necesita muchísima educación *profunda*, muchísima filosofía *profunda*, que tenga el valor de cuestionar nuestras certezas engañosas que se hacen pasar por soluciones reales de la crisis ecológica.

CONCLUSIONES

La democracia liberal, que tomó forma a mediados del siglo XIX, ha tenido una fuerte inclinación en la defensa de la libertad individual. Como la de patrocinar la libertad individual en el terreno económico y político. Recordemos que el concepto liberal nace en el terreno económico, y al relacionarse con el quehacer político – la democracia – llevó a estructurar una nueva forma de gobierno que hoy lo conocemos como *democracia liberal*, un tipo de sistema político representativo aún vigente al día de hoy en casi todos los países del mundo.

Sin embargo, el sistema económico tecno-industrial que sustenta a la mencionada democracia liberal generó una crisis ecológica a nivel planetario, frente a dicho problema la misma democracia liberal se ha planteado en dar soluciones administrativas mediante el planteamiento de su denominada política ecológica, fundamentada en los tres encuentros mundiales a finales del siglo XX e inicios del XXI. La cual está fundamentada y resumida en un medioambientalismo tecnócrata y reformista, buscando salir de la crisis ecológica solo con hacer ajustes administrativos de la actual estructura política económica demoliberal. Pero no cuestiona en *sí* el crecimiento ilimitado de su economía basada en el desmedido usufructo de la naturaleza. De ahí, que su manifestación política y económica de cómo se lo expone abiertamente a la *política ecológica* sea un *desarrollo sostenible* tergiversado y recortado a medida del mercado. Tratando de mediar la crisis ecológica con el progreso económico, generando contradicción antes que solución.

En pocas palabras, la política ecológica de la democracia liberal no ha renunciado a la idea de progreso que alimentó la modernidad. Esto conlleva a pensar, que el *desarrollo sostenible* no vendría a ser más que la *idea de progreso sostenible*, en cuanto sigue sustentando políticamente que el desarrollo industrial no puede detenerse por factores de medio ambiente. Como se muestra en todo su discurso de la democracia liberal enfocada a seguir defendiendo el crecimiento económico, la competencia económica, y la valoración económica *de la* naturaleza. Defensa que está alimentada por una ciencia mecánica de producción tecno-industrial, y que ésta se conjuga con una ética antropocéntrica

tardomoderna de dominio sobre la naturaleza que compartimos casi todas las sociedades demoliberales adscritas a la ONU, y que patrocinan el libre mercado.

Este mismo hecho que la *idea de progreso* esté mimetizada como *desarrollo sostenible* en la política ecológica demoliberal, y que ha sido cuestionada por la ecología profunda, genera serios problemas a las mismas acciones de la democracia liberal, reflejándose en limitaciones de su política ecológica a la hora de enfrentar la crisis ecológica a nivel planetario. El resultado, aumento de contaminación ambiental por todo el mundo, y cada año estamos entrando a un estadio más grave de crisis ambiental. Por lo cual, concluimos que la política ecológica demoliberal tiene tres límites:

1. Cuando hablamos del *primer límite* de la política ecológica, nos referimos a que la solución de nuestra crisis ecológica pasa por echar mano de una ciencia y tecnología mecánica que objetiviza a la naturaleza. Visión no integradora, sino que particulariza a la hora de hacer estudios, encontrándose con serios problemas como el caso en que se manda ondas de sonido a profundidades del mar, para estudiar cuestiones del calentamiento global, pero resulta que estas ondas están dañando seriamente a la fauna acuática. La esperanza despertada en una ciencia y tecnología mecánica que ha dado resultados en la investigación del campo de la medicina, en la producción de aparatos tecnológicos, y en otros asuntos prácticos, nos conduce a añorar que acudir a ese mismo “método” puede sacarnos de la crisis ecológica. Seguir empeñados en este último sería olvidar que la crisis ecológica es el resultado de esa misma ciencia mecánica devenida en tecnología en el siglo XX que, a través de ella, el hombre ha trastocado la naturaleza más allá de su nivel de recuperación. Olvidando que la naturaleza tiene sus propios valores intrínsecos, su propio equilibrio, el cual sirve para mantener la vida. Por lo que, recurrir al mismo accionar tecnista para salvarnos, es una limitación grave de la política ecológica de la democracia liberal.
2. Cuando hablamos del *segundo límite*, nos referimos a que nuestra relación ético y moral de respeto hacia los demás seres vivos solo se da entorno a nuestros semejantes, es decir, antropocéntricamente excluyendo a los demás

seres sintientes. Y como los demás seres son excluidos de nuestra carga moral de respeto hacia ellos es que se termina por manipularlos y usarlos al antojo del sentir “humano” en aras de un progreso pasajero que alimenta el mismo sistema demoliberal bajo el eslogan ¡todos tienen que progresar! A este respecto, el desarrollo sostenible es ambivalente en su discurso, llama a cuidar el medioambiente, pero aplaude el crecimiento económico en base de hacer industria sostenible para soportar el crecimiento del mercado. Mostrando con ello que la política ecológica demoliberal sigue encasillada en el paradigma moderno de la idea de progreso. De tal modo, cualquier solución a la crisis ecológica, planteada desde dentro del paradigma moderno, de concepción antropocéntrica, solo reproducirá el mismo problema. Esto implica que mientras nuestra relación con la naturaleza siga siendo el papel de querer dominarla por parte nuestra para sostener un mercado centralista, y el seguir pensando en el progreso, la crisis ecológica solo tenderá a aumentar antes que disminuir. Esta limitante desenmascara la ambivalencia de la política ecológica de la democracia liberal en su discurso, y a la vez muestra lo difícil que se hace en cuestionar a su propio marco cultural a la hora de hacer política económica en los países demoliberales, solo tienen una consigna: crecer económicamente a costa de cualquier medio, a si se trate de destruir el medioambiente.

3. Cuando hablamos del *tercer límite*, nos referimos a que la naturaleza del ser humano es artificializar su entorno, y pase lo que pase el “individuo” va querer seguir trastocando su entorno, ya sea bajo contaminación ambiental o sin ella. El individuo nunca va detener su afán de hacer construcción constante de su entorno, de modo que las propuestas de solución a la crisis ambiental deberían de tomar en cuenta este comportar y tratar de canalizar ese innato impulso artificializador del “individuo” hacia otros objetivos, que no sea destrucción y manipulación de la naturaleza solo por caprichos humanos de placeres pasajeros. Domesticar a las pasiones humanas bajo la razón de equilibrio con la naturaleza, frente a amenazas de autoextinción de la vida, será la próxima tarea titánica de la nueva educación para afrontar la crisis ecológica, a pesar que una parte de la presente civilización ha caminado con

ese objetivo de educar a los instintos del hombre, pero lo hizo con el fin de lograr artificializar el mundo en su beneficio, mas descuidó educar al hombre en su forma de mantener el equilibrio con su medioambiente. Por eso, sostenemos que hasta ahora no se ha planteado esa nueva educación como política de solución a la crisis ecológica, lo que se tiene es una educación al servicio de la industria que solo se ha pintado de verde, mas no en la búsqueda de frenar a la crisis ecológica desde sus fundamentos causantes (un fundamento al que deberíamos cuestionar en la educación es a la Idea de Progreso, que combinada con el comportar artificializador del hombre se llega a destrucción constante del medioambiente). Por lo que ese impulso nuestro de artificializar todo a nuestro paso es una limitante profunda de cualquier política ecológica, a no ser que ese ingenio artificializador sea volcado a cuidar el medio ambiente a fuerza de educación, lo que sería *invertir* el ingenio artificializador al cuidado del medio ambiente. Sin embargo, hasta ahora no se ha trabajado mucho sobre este último, por lo que aun seguimos considerando como limitante el comportar artificializador del hombre.

A parte de las tres conclusiones expuestas sobre los tres límites de la política ecológica demoliberal, donde se evidencia la debilidad de la misma para enfrentar a la crisis ecológica. También podemos llegar a otras conclusiones como las siguientes:

- a)** Que la democracia liberal, siempre tendrá problemas en su tarea de luchar contra la crisis ecológica desde su paradigma antropocéntrico, más aún cuando sus fundamentos sobre los cuales se ha construido son totalmente contradictorios al cuidado del medio ambiente. Por ejemplo, siempre conciben al capital económico en progreso (en expansión), lo que lleva a las personas alimentar más su fe en el progreso, y no les importará destruir el medio ambiente con el fin de alcanzar un progreso material. De tal modo, construir una política ecológica desde dicha concepción siempre será a medias; cayendo en un discurso político y moral contradictorio, como es el de condenar a la crisis ecológica, pero a la vez aplaudir el crecimiento económico. De ahí la necesidad de explicitar los límites de la política

ecológica demoliberal, para luego tomar decisiones más acertadas en la lucha contra la crisis ecológica.

- b)** Que la democracia liberal, en pleno siglo XXI, necesariamente tiene que reconocer sus limitaciones para poder volver a replantear su política ecológica. De no hacerlo, estaría condenando la existencia de todos los seres vivos de este mundo con una política ecológica que arroja a la idea de progreso, llevando a competencias económicas y destrucción del medio ambiente.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Abugattas, J. (2005a). *Indagaciones filosóficas sobre nuestro futuro*. Lima-Perú, UNMSM.
- Abugattas, J. (2005b). *La búsqueda de una alternativa civilizatoria*. Lima-Perú, Ministerio de Educación.
- Angel-Menaya, A. (2003). *Desarrollo sostenible o cambio cultural*. Colombia, Universidad Autónoma de Occidente.
- Arias, M. A. (1999). Democracia verde versus democracia liberal: ¿hacia un nuevo modelo democrático? *Revista de Estudios Políticos*, (Nro. 105), pp. 175-209. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/27569.pdf>
- Arranz, I. (2010). *La población mundial. Características generales. Problemática derivada del envejecimiento demográfico en los países ricos*. Recuperado de: <http://clio.rediris.es/n36/oposicones/tema05.pdf>
- Aznarán, G. (2003). *La competitividad global agrícola*. Lima, Fondo Editorial UNMSM.
- Barrett, W. (2001). *La ilusión de la técnica: la búsqueda de sentido dentro de una civilización tecnológica*. Trad. Por M. Elena Silva y Héctor Orrego. Chile, Editorial Cuatro Vientos.
- Bauman, Z. (2009). *Ética posmoderna*. Trad. Bertha Ruiz de la Concha. España, Siglo XXI Editores.
- Belshaw, Ch. (2005). *Filosofía del medio ambiente*. Madrid, Tecnos.
- Bellver, V. (2014). *Paradigma ecológico y nuevo derecho humano al medio ambiente* (Tesis Doctoral-Universidad de Valencia). Recuperado de: <http://roderic.uv.es/handle/10550/38584>

- Bertrand, R. (1968). *Ideales políticos*. Trad. por Juan Novella Domingo. Madrid-España, Ediciones Aguilar.
- Bobbio, D. (2002). *Liberalismo y democracia*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Bugallo, A., I. (2011). *La filosofía ambiental en Arne Naess; sus propuestas del Movimiento Ecología Profunda y las influencias de Baruch Spinoza y William James* (Tesis doctoral). Río Cuarto, Ediciones del ICALA. Recuperado de: www.unav.es/gep/TesisDoctorales/TesisDoctoralBugallo.pdf
- Bunge, M. (2012). *Filosofía de la tecnología y otros ensayos*. Lima, Fondo Editorial de la UIGV.
- Bury, J. (2009). *La idea del progreso*. Madrid, Alianza Editorial.
- Bustos, C., & Chacón, G. B. (2009). El desarrollo sostenible y la agenda 21. *Telos*, 11(2), pp. 164-181. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/html/993/99312517003/>
- Brundtland, G. H. (1987). *Informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo*. ONU - Pnuma. Recuperado de: <https://es.scribd.com/doc/105305734/ONU-Informe-Brundtland-Ago-1987-Informe-de-la-Comision-Mundial-sobre-Medio-Ambiente-y-Desarrollo>
- Capra, F. (1995). Deep ecology, a new paradigm. En George Sessions (ed.), *Deep ecology for the twenty – first century*, (pp. 19-25). USA, Shambhala.
- Colon, A. (1992). *Filosofía de la técnica*. Puerto Rico, Editorial Universidad de Puerto Rico.
- Constant, B. (1995). Discurso sobre la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos. En Oscar Godoy (compl.), *Revista de estudios públicos*, no 59, invierno de 1995. Recuperado de:

https://www.cepchile.cl/cep/site/artic/20160303/asocfile/20160303183535/rev59_godoy.pdf

- Devall, B. (2014). The Deep Ecology Movement. En Robert C. Scharff & Val Dusek (Eds), *Philosophy of Technology: the technological condition. An anthology*. Second Edition, (pp. 482-490). UK, Wiley Blackwell
- Dobson, A. (1997). *Pensamiento político verde*. Barcelona-España, Ediciones Paidós.
- Doig, G. (2000). *El desafío de la tecnología. Más allá de Ícaro y Dédalo*. Lima, Asociación Vida y Espiritualidad.
- Eschenhagen, M. L. (2007). *Las cumbres ambientales internacionales y la educación ambiental*. Recuperado de: <http://www.pensamientoambiental.de/images/cumbres.pdf>
- Escobar, A. (1995). El desarrollo sostenible: dialogo de discursos. *Ecología Política*, N°. 9 (1º semestre), pp. 7-25. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4289770>
- Estenssoro, S., F. (2014). *Historia del debate ambiental en la política mundial 1945-1992, La Perspectiva Latinoamericana*. Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados.
- Estenssoro, S., F. (2015). El ecodesarrollo como concepto precursor del desarrollo sustentable y su influencia en América Latina. *Universum (Talca)*, 30(1), pp. 81-99. Recuperado de: https://scielo.conicyt.cl/pdf/universum/v30n1/art_06.pdf
- Fernandez, S., J. (2006). *Filosofía política de la democracia*. México, Distribuciones Fontamara S.A.
- Ferry, L. (1994). *El nuevo orden ecológico*. Barcelona, Tusquets.
- Ferry, L. (1992). La ecología profunda. *Revista vuelta*, 16(192), pp. 31-43
Recuperado de: <https://www.uv.mx/mie/files/2012/10/SEION4-9Sept-Ecologia-Profunda-Ferry.pdf>

- Foladori, G. (2006). La insostenibilidad social del desarrollo sostenible. *Portularia*, 6 (2), pp. 7-20. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=161017317001>
- Giardine, M. (2009). *Prolegómenos para una fundamentación filosófica de la ecología* (Tesis doctoral). Recuperado de: <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/tesisuned:Filosofia-Mngiardina/Documento.pdf>
- Goleman, D. (2009). *Inteligencia ecológica*. Barcelona-España, Editorial kairós.
- Gómez, S., & Robert, B. (2014). *Del Desarrollo Sostenible Según Brundtland a la Sostenibilidad como biomimesis*. (Universidad del país Vasco), recuperado de: <https://www.upv.es/contenidos/CAMUNISO/info/U0686956.pdf>
- Gracia-Rojas, J. P. (2015). Desarrollo sostenible: origen, evolución y enfoques. *Documentos de docencia*, Nro. 3. Bogota: Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia. doi: <http://dx.doi.org/10.16925/greylit.1074>
- Graves, R. (1985). *Los mitos griegos I*. trad. Luis Echavárri. Primera edición. Madrid, Alianza Editorial.
- Ihde, D. (2004). *Los cuerpos en la tecnología. Nuevas tecnologías: nuevas ideas acerca de nuestro cuerpo*. Barcelona, Editorial UOC.
- Jonas, H. (1995). *El principio de responsabilidad ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona, Editorial Herder.
- Mitcham, C. (1989). *¿Qué es la filosofía de la tecnología?* España, Editorial Anthropos.
- Meadows, D.; Meadows, D; Randers, J. & Behrens III, W. (1972). *The limits to growth: a report for THE CLUB FO ROME'S Project on the Predicament of Mankind*. New York, Universe Books.

- Morin, E. (2005). *El paradigma perdido, ensayo de bioantropología*. Barcelona, Editorial Kairos.
- Muñoz, M. (2010). *Modelo Económico Mundial y la conservación del medio ambiente*. Edición electrónica. Recuperado de: <http://eumed.net/cursecon/librería/index.htm>
- Murga-Menoyo, M. A. (2015). La utopía de la sostenibilidad: realidades, mitos y controversias. Charla con María Novo y Pilar Aznar. *Foro de Educación*, 13(19), pp. 409-426. doi: <http://dx.doi.org/10.14516/fde.2015.013.019.018>
- Naess, A. (1995a). The Shallow and the Deep, long – range ecology movements: a summary. En George Sessions (ed.), *Deep ecology for the twenty – first century*, pp. 151-155. USA, Shambhala.
- Naess, A. (1995b). The deep ecology: “eight points revisited”. En George Sessions (ed.), *Deep ecology for the twenty – first century*, pp. 213-221. USA, Shambhala.
- Nisbet, R. (1996). *Historia de la idea de progreso*. Barcelona, Gedisa.
- Novo, M. (2006). *El desarrollo sostenible. Su dimensión ambiental y educativa*. Madrid-España, Editorial Pearson Educación S.A.
- O'Connor, J. (2000). ¿Es posible el capitalismo sostenible? *Papeles de POBLACION* 6(24), (pp. 9-35). Recuperado de: <http://www.scielo.org.mx/pdf/pp/v6n24/v6n24a2.pdf>
- Organización Naciones Unidas (ONU), (2015). Resolución aprobada por la Asamblea General el 25 de setiembre de 2015. Resolución 70/1. *Transformar nuestro mundo: la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible*. Recuperado de http://unctad.org/meetings/es/SessionalDocuments/ares70d1_es.pdf
- Ortega y Gasset, J. (1968). *Meditación de la técnica*. 6ta. Edición. Madrid, Revista de Occidente.

- Oyarzún, J. (2008). *Evaluación de Impactos Ambientales*. Recuperado de: http://www.aulados.net/Temas_ambientales/EIA/EIA_Jorge_Oyarzun.pdf
- Polo, M.A. (2009). Seis Reflexiones en torno a la naturaleza. *Letras*, 80 (115), pp. 117-129. Lima.
- Polo, M.A. (2005). Los grandes problemas de la ética ecológica. *Solar*, N^o 1, año 1, pp. 29-45. Lima.
- Quintanilla, M. A. (1991). *Problemas filosóficos de la tecnología*. Recuperado de: <http://es.scribd.com/doc/80585416/PROBLEMAS-FILOSOFICOS-DE-LA-TECNOLOGIA-Miguel-Angel-Quintanilla>
- Quintanilla, M. A. (1999). *Tecnología y sociedad*. Lima, UIGV
- Rojas, C. (2003). *El desarrollo sustentable: nuevo paradigma para la administración pública*. México, Instituto Nacional de Administración Pública, A.C.
- Rozzi, R. (2007). Ecología superficial y profunda: Filosofía ecológica. *Revista ambiente y desarrollo*, 23(1), pp. 102-105. Recuperado de: https://www.researchgate.net/profile/Ricardo_Rozzi/publication/228362502_Ecologia_superficial_y_profunda_Filosofia_ecologica/links/0dee c53a3ba57b264e000000/Ecologia-superficial-y-profunda-Filosofia-ecologica.pdf
- Rudd, K. (2016). *ONU: Reconstrucción del Orden en un Mundo Fragmentado, Informa del Presidente Comisión Independiente Sobre el Multilateralismo*. www.ipinst.org
- Sachs, J. D. (2015). *La era del desarrollo sostenible. Nuestro futuro está en juego: incorporemos el desarrollo sostenible a la agenda política mundial*. España, Ediciones Deusto.
- Sartori, G. (1993). *¿Qué es democracia?* México, Editorial Patria

- Sartori, G. & Mazzoleni, G. (2003). *La tierra explota: superpoblación y desarrollo*. Buenos Aires, Taurus.
- Schumacher, E., F. (1983). *Lo pequeño es hermoso*. Trad. de Oscar Margenet. Barcelona-España, Ediciones Orbis.
- Sessions, G. (Ed.) (1995). *Deep ecology for the twenty-first century (collection of articles)*. USA, Shambhala.
- Snyder, G. (1995). Four Changes. En George Sessions (ed.), *Deep ecology for the twenty – first century*, pp. 141-150. USA, Shambhala.
- Sombart, W. (2005). *El burgués. Contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno*. Madrid. Alianza Editorial.
- Strange, T. & Bayley, A. (2012). *Desarrollo sostenible: Integrar la economía, la sociedad y el medio ambiente*, Esenciales OCDE, OECD Publishing-Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1787/9789264175617-es>
- Tamames, R. (1977). *Ecología y desarrollo. La polémica sobre los límites al crecimiento*. Madrid, Alianza Editorial.
- Vernadsky, V., I. (1997). *La Biosfera*. Madrid, Fundación Argentina.